JUNTA PARA AMPLIACION DE ESTUDIOS
INSTITUTO ESCUELA

BIBLIOTECA LITERARIA DEL ESTUDIANTE XX

LIBROS DE CABALLERIAS

LIBROS
DE CABALLERÍAS

T3127K

BIBLIOTECA LITERARIA DEL ESTUDIANTE
DIRIGIDA POR RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL
TOMO XX

LIBROS DE CABALLERÍAS

SELECCION HECHA POR
RAMON M.ª TENREIRO

207165
17.11.26

MADRID, MCMXXIV
INSTITUTO—ESCUELA
JUNTA PARA AMPLIACIÓN DE ESTUDIOS

Va impreso en letra cursiva, igual a la de esta advertencia, todo lo que el editor ha tenido que añadir, por razones de claridad, a los pasajes de los libros de caballerías, y en los usuales caracteres de imprenta los textos antiguos.

Los títulos de los cuatro libros de AMADÍS, *así como los de los capítulos en todo el volumen, son obra del editor.*

Las ilustraciones de AMADÍS *están tomadas de la magnífica edición de Venecia del año 1533. También es antigua la portada de* PALMERÍN. *El resto de los grabados son obra del señor Marco.*

AMADIS DE GAULA

AQUÍ COMIENZA

EL PRIMER LIBRO

DEL ESFORZADO ET VIRTUOSO CABALLERO AMADÍS, HIJO DEL REY PERIÓN DE GAULA Y DE LA REINA ELISENA; EL CUAL FUÉ CORREGIDO Y EMENDADO POR EL HONRADO E VIRTUOSO CABALLERO GARCI-ORDÓÑEZ DE MONTALBO, REGIDOR DE LA NOBLE VILLA DE MEDINA DEL CAMPO, E CORREGIÓLE DE LOS ANTIGUOS ORIGINALES, QUE ESTABAN CORRUPTOS E COMPUESTOS EN ANTIGUO ESTILO, POR FALTA DE LOS DIFERENTES ESCRIPTORES; QUITANDO MUCHAS PALABRAS SUPÉRFLUAS, E PONIENDO OTRAS DE MÁS POLIDO Y ELEGANTE ESTILO, TOCANTES A LA CABALLERÍA E ACTOS DE ELLA; ANIMANDO LOS CORAZONES GENTILES DE MANCEBOS BELICOSOS, QUE CON GRANDÍSIMO AFETO ABRAZAN EL ARTE DE LA MILICIA CORPORAL, ANIMANDO LA INMORTAL MEMORIA DEL ARTE DE CABALLERÍA, NO MENOS HONESTÍSIMO QUE GLORIOSO.

LIBRO PRIMERO

LA CORTE DE LISUARTE

CAPITULO PRIMERO

EL DONCEL DEL MAR

De la Pequeña Bretaña a Escocia, su patria, iba por el mar en una barca un caballero que había nombre Gandales. Llevaba consigo su mujer y un hijo, llamado Gandalín, nacido poco antes. Siendo ya mañana clara, vieron *un* arca que por el agua nadando iba, e llamando cuatro marineros, les mandó *el caballero* que presto echasen un batel e aquello le trajesen: lo cual prestamente se hizo. *Vió entonces que el arca era larga como una espada y estaba hecha de tablas muy bien calafateadas para que en ella no pudiera entrar el agua. El* caballero tomó el arca e tiró la cobertura, e vió *dentro un hermoso* doncel *recién-nacido,* que en sus brazos tomó, e dijo:

—Este de algún buen lugar es—; y esto decía

él por los ricos paños *en que venía envuelto* y *por un* anillo *que junto con una bola de cera traía en un cordón al cuello* e *por una* espada, que muy hermosa le pareció *y que venía puesta a su lado en el arca.* E guardando aquellas cosas, rogó a su mujer que lo hiciese criar, la cual hizo darle la teta de aquella ama que a Gandalín, su hijo, criaba, e tomóla con gran gana de mamar, de que el caballero e la dueña mucho alegres fueron. Pues así caminaron por la mar con buen tiempo enderezado, hasta que aportados fueron a una villa de Escocia que Antalia había nombre, y de allí partiendo, llegaron a un castillo suyo, de los buenos de aquella tierra, donde hizo criar el doncel como si su fijo proprio fuese; e así lo creían todos que lo fuese; que de los marineros no se pudo saber su hacienda, porque en la barca, que era suya, a otras partes navegaron.

Fué corriendo el tiempo y el doncel que Gandales criaba, el cual el Doncel del Mar se llamaba, que así le pusieron nombre, criábase con mucho cuidado de aquel caballero don Gandales e de su mujer, e hacíase tan hermoso, que todos los que lo veían se maravillaban.

Un día cabalgó Gandales armado, que en gran manera era buen caballero e muy esforzado, e halló una doncella, que le dijo:

—¡Ay, Gandales! Si supiesen muchos altos hombres lo que yo agora, cortar-te-ían la cabeza.

—¿Por qué? —dijo él.

—Porque tú guardas la su muerte —dijo ella.

Gandales, que lo no entendía, dijo:

—Doncella, por Dios os ruego que me digáis qué es eso.

—No te lo diré —dijo ella—; mas todavía así averná.

E partiéndose dél, se fué su vía. Gandales quedó cuidando en lo que dijera *y sin poderlo entender. Pero momentos después tuvo ocasión de salvar la vida a la doncella y como recompensa de ello le pidió que le explicara sus misteriosas palabras. Ella le dijo*:

—Tú me harás pleito, como leal caballero, que otro por ti nunca lo sabrá fasta que te lo yo mande.

El así lo otorgó. Díjole:

—Dígote de aquel que hallaste en la mar, que será flor de los caballeros de su tiempo; éste hará estremecer los fuertes, éste comenzará todas las cosas e acabará a su honra, en que los otros fallescieron: éste hará tales cosas, que ninguno cuidaría que pudiesen ser comenzadas ni acabadas por cuerpo de hombre; éste hará los soberbios ser de buen talante; éste habrá crueza de corazón contra aquellos que se lo merecieren; e aun más te digo, que éste será el caballero del mundo que más lealmente manterná amor e amará en tal lugar cual conviene a la su alta proeza; e sabe que viene de reyes de ambas partes. Agora te ve e cree firmemente que todo acaecerá como te lo digo.

—Ay, señora —dijo Gandales—; ruégovos por Dios que me digáis donde vos fallaré para hablar con vos en su hacienda.

—Esto no sabrás tú por mí ni por otro —dijo ella.

—Pues decidme vuestro nombre por la fe que debéis a la cosa del mundo que más amáis.

—Tú me conjuras tanto, que te lo diré; sabe que mi nombre es Urganda la Desconocida. Agora me cata bien e conósceme si pudieres.

Y él, que la vió doncella de primero, que a su parecer no pasaba de diez y ocho años, vióla tan vieja e tan lasa, que se maravilló cómo en el palafrén se podía tener, e comenzóse a santiguar de aquella maravilla. Cuando ella así lo vió, por sí tornó como de primero, e dijo:

—¿Parécete que me hallarías aunque me buscases? Pues yo te digo que no tomes por ello afán; que si todos los del mundo me demandasen, no me hallarían si yo no quisiese.

—Así Dios me salve, señora —dijo Gandales—, yo así lo creo; mas ruégovos por Dios que vos menbréis del doncel que es desamparado de todos sino de mí.

—No pienses en eso —dijo Urganda—; que ese desamparado será amparo y reparo de muchos; e yo lo amo más que tú piensas.

E así se partieron de en uno. Don Gandales, partido de Urganda, tornóse para su castillo, cuidando

en la facienda de su doncel; e llegando al castillo, ante que se desarmase lo tomó en sus brazos e comenzólo de besar, viniéndole las lágrimas a los ojos, diciendo en su corazón:

—Mi fermoso hijo, ¿si querrá Dios que yo llegue al vuestro buen tiempo?

En esta sazón había el doncel tres años, e su gran fermosura por maravilla era mirada; e como vió a su amo llorar, púsole las manos ante los ojos, como que gelos quería limpiar; de que Gandales fué alegre, considerando que siendo en más edad, más se dolería de su tristeza; e púsole en tierra, e fuése a desarmar, e dende adelante con mejor voluntad curaba dél, tanto, que llegó a los cinco años; entonces le fizo un arco a su medida e otro a su hijo Gandalin, e facíalo tirar ante sí; e así lo fué criando hasta la edad de siete años.

CAPITULO SEGUNDO

LA SIN PAR ORIANA

Pues a esta sazón el rey Languines, pasando por su reino con su mujer e toda la casa, de una villa a otra, vínose al castillo de Gandales, que por ahí era el camino, donde fué muy bien festejado; mas a su Doncel del Mar e a su fijo Gandalín e a otros donceles mandólos meter en un corral por que no

lo viesen; e la Reina, que en lo más alto de la casa posaba, mirando de una finiestra, vió los donceles que con sus arcos tiraban, y al Doncel del Mar entre ellos tan apuesto e tan hermoso, que mucho fué de lo ver maravillada; e violo mejor vestido que todos, así que parescía el señor; e de que no vió ninguno de la compañía de don Gandales a quien preguntase, llamó sus dueñas e doncellas, e dijo:

—Venid, e veréis la mas fermosa criatura que nunca fué vista.

Y admiróse también mucho de oír que sus compañeros le llamaban Doncel del Mar. Así estando, entró el Rey e Gandales, e dijo la Reina:

—Decid, don Gandales, ¿es vuestro hijo aquel hermoso doncel?

—Sí, señora —dijo él.

—Pues ¿por qué —dijo ella— lo llamáis el Doncel del Mar?

—Porque en la mar nació —dijo Gandales— cuando yo de la Pequeña Bretaña venía.

El Rey, que el Doncel miraba e muy hermoso le pareció, dijo:

—Faceldo aquí venir, Gandales, e yo lo quiero criar.

—Señor —dijo él— sí haré, mas aún no es en edad que se deba partir de su madre.

Entonces fué por él e trájolo e díjole:

—Doncel del Mar, ¿queréis ir con el Rey, mi señor?

—Yo iré donde me vos mandardes —dijo él— e vaya mi hermano comigo.

—Ni yo quedaré sin él —dijo Gandalín.

—Creo, señor —dijo Gandales—, que los habréis de llevar ambos, que se no quieren partir.

—Mucho me place —dijo el Rey.

Entonces lo tomó cabe sí y mandó llamar a su fijo Agrajes; e díjole:

—Fijo, estos donceles ama tú mucho; que mucho amo yo a su padre.

Cuando Gandales esto vió, *apenas pudo contener el llanto.* El Rey, que los ojos llenos de agua le vió, dijo:

—Nunca pensé que érades tan loco.

—No lo sé tanto como cuidáis —dijo él—; mas si os pluguiere, oídme un poco ante la Reina.

Entonces mandaron apartar a todos, e Gandales les dijo:

—Señores, sabed la verdad deste Doncel que lleváis, que lo yo fallé en la mar.—Y contóles por cuál guisa, e también dijera lo que de Urganda supo, sino por el pleito que fizo. —Agora faced con él lo que debéis; que así Dios me salve, según el aparato que él traía, yo creo que es de muy gran linaje.

Mucho plugo al Rey en lo saber, y preció al caballero que lo tan bien guardara, e dijo a don Gandales.

—Pues que Dios tanto cuidado tuvo en lo guar-

dar, razón es que lo tengamos nos en lo criar e hacer bien cuando tiempo será.

La Reina dijo:

—Yo quiero que sea mío, si os pluguiere, en tanto que es de edad de servir mujeres; después será vuestro.

El Rey se lo otorgó. Otro día de mañana se partieron de allí, llevando los donceles consigo, e fueron su camino. Pero dígoos de la Reina que facía criar al Doncel del Mar con tanto cuidado e honra como si su fijo propio fuese; mas el trabajo que con él tomaba no era vano, porque su ingenio era tal e condición tan noble, que muy mejor que otro ninguno, e más presto, todas las cosas aprendía. El amaba tanto caza e monte, que si lo dejasen, nunca dello se apartara, tirando con su arco, cebando los canes. La Reina era tan agradada de como él servía, que lo no dejaba quitar delante su presencia.

Ocurrió entonces que yendo el nuevo rey de la Gran Bretaña. Lisuarte, navegando con gran flota para tomar posesión de sus estados, fué aportado en el reino de Escocia, donde con mucha honra del rey Languines recebido fué. Este Lisuarte traía consigo a Brisena, su mujer, e una hija que en ella hobo, que Oriana había nombre, de fasta diez años, la más hermosa criatura que nunca se vió; tanto, que ésta fué la que Sin-par se llamó, porque en su tiempo ninguna hobo que igual le fuese; e porque de la mar enojada andaba, acordó de la dejar allí, rogan-

do al rey Languines e a la Reina que gela guardasen.

Ellos fueron muy alegres dello, e la Reina dijo:

—Creed que yo la guardaré como su madre lo haría.

Y entrando Lisuarte en sus naos con mucha priesa, en la Gran Bretaña arribado fué, e fué el mejor rey que ende hobo ni que mejor mantuviese la caballería en su derecho, fasta que el rey Artur reinó, que pasó a todos los reyes de bondad que ante dél fueron.

El Doncel del Mar, que en esta sazón era de doce años, y en su grandeza e miembros parescía bien de quince, servía ante la Reina, e así della como de todas las dueñas e doncellas era mucho amado; mas desque allí fué Oriana, la hija del rey Lisuarte, dióle la Reina al Doncel del Mar que la sirviese, diciendo:

—Amiga, este es un doncel que os servirá.

Ella dijo que le placía. El Doncel tuvo esta palabra en su corazón, de tal guisa, que después nunca de la memoria la apartó; que sin falta, así como esta historia lo dice, en días de su vida no fué enojado de la servir, y en ella su corazón fué siempre otorgado, y este amor duró cuanto ellos duraron; que, así como la él amaba, así amaba ella a él, en tal guisa, que una hora nunca de amar se dejaron; mas el Doncel del Mar, que no conocía ni sabía nada de cómo ella le amaba, teníase por muy osado

en haber en ella puesto su pensamiento, según la grandeza y fermosura suya, sin cuidar de ser osado a le decir una sola palabra; y ella, que lo amaba de corazón, guardábase de hablar con él más que con otro, porque ninguna cosa sospechasen; mas los ojos habían gran placer de mostrar al corazón la cosa del mundo que más amaba.

Pasando el tiempo, como os digo, entendió el Doncel del Mar en sí que ya podía tomar armas si hobiese quien le ficiese caballero, y esto deseaba él, considerando que él sería tal e haría tales cosas por donde muriese, o viviendo, su señora le preciaría; e con este deseo fué al Rey, que en una huerta estaba, e hincando los hinojos, le dijo:

—Señor, si a vos pluguiese, tiempo sería de ser yo caballero.

El Rey dijo:

—¿Cómo, Doncel del Mar? ¿Ya os esforzáis para mantener caballería? Sabed quo es ligero de haber e grave de mantener; e quien este nombre de caballería ganar quisiere e mantenerlo en su honra, tantas e tan graves son las cosas que ha de facer, que muchas veces se le enoja el corazón, e por ende ternía por bien que por algún tiempo os sufráis.

El Doncel del Mar le dijo:

—Ni por todo eso no dejaré yo de ser caballero; que si en mi pensamiento no toviese de complir eso que habéis dicho, no se esforzaría mi corazón para

lo ser; e pues a la vuestra merced soy criado, complid en esto comigo lo que debéis.

El Rey dijo:

—Doncel del Mar, yo sé cuándo os será menester que lo seáis, e más a vuestra honra, e prométoos que lo faré.

E luego mandó que le aparejasen las cosas a la orden de caballería necesarias; e hizo saber a Gandales todo cuanto con su criado le contesciera, de que Gandales fué muy alegre, y envióle por una doncella la espada y el anillo e la *bola de* cera, como lo hallara en l'arca donde a él falló; y estando un día la hermosa Oriana con otras dueñas e doncellas en el palacio, holgando en tanto que la Reina dormía, era allí con ellas el Doncel del Mar, que sólo mirar no osaba a su señora, y decía entre sí:

—¡Ay, Dios! ¿por qué vos plugo de poner tanta beldad en esta señora, y en mí tan gran cuita e dolor por causa della? En fuerte punto mis ojos la miraron, pues que perdiendo la su lumbre con la muerte, pagarán aquella gran locura en que al corazón han puesto.

E así estando casi sin ningún sentido, entró un doncel e díjole:

—Doncel del Mar, allí fuera está una doncella extraña que os trae donas e os quiere ver.

El quiso salir a ella, mas aquella que lo amaba, cuando lo oyó, estremecióse el corazón y dijo:

—Doncel del Mar, quedad, y entre la doncella y veremos las donas.

El estuvo quedo, e la doncella entró; y ésta era la que enviaba Gandales, e dijo:

—Señor Doncel del Mar, vuestro amo Gandales vos saluda mucho, así como aquel que os ama, y envíaos esta espada y este anillo y esta cera, e ruégaos que trayáis esta espada en cuanto vos durare, por su amor.

El tomó las donas, e puso el anillo e la cera en su regazo, y Oriana tomó la cera, que no creía que en ella otra cosa hobiese, e díjole:

—Esto quiero yo destas donas.

A él pluguiera más que tomara el anillo, que era uno de los hermosos del mundo; e mirando la espada, entró el Rey e dijo:

—Doncel del Mar, ¿qué os paresce de esa espada?

—Señor, parésceme muy hermosa, mas no sé por qué está sin vaina.

—Bien ha quince annos —dijo el Rey— que no la hobo.

E tomándole por la mano, se apartó con él e díjole:

—Vos queréis ser caballero, e no sabéis si de derecho os conviene; e quiero que sepáis vuestra hacienda, como yo la sé.

E contóle cómo fuera en la mar hallado con aquella espada e anillo en el arca metido, así como lo oístes.

Dijo él:

—No me pesa de cuanto me decís, sino por no conocer mi linaje, ni ellos a mí; pero yo me tengo por hidalgo, que mi corazón a ello me esfuerza; e agora, señor, me conviene más que ante caballería, y ser tal que gane honra y prez, como aquel que no sabe parte de donde viene.

Por aquellos días el rey Perión de Gaula, cuñado de Languines, y uno de los más famosos caballeros de aquel tiempo, presentóse en la Corte de Escocia en demanda de guerreros que le ayudaran contra el rey Abíes de Irlanda, que le había invadido el reino con gran fuerza de armas. Agrajes, el hijo de Languines, que ya era armado caballero, rogó a su padre que le dejara ir con Perión a defender a su tía la reina de Gaula, y aquél se lo otorgó.

El Doncel del Mar, que ahí estaba, miraba mucho al rey Perión, por la gran bondad de armas que dél oyera decir, e más deseaba ser caballero de su mano que de otro ninguno que en el mundo fuese, e fuese donde su señora Oriana era; e hincados los hinojos ante ella, dijo:

—Señora Oriana, si a vos pluguiese que yo fuese caballero, sería en ayuda desa hermana de la Reina, otorgándome vos la ida.

—E si la yo no otorgase —dijo ella—, ¿no iríades allá?

—No —dijo él—; porque este mi vencido co-

razón sin el favor de cuyo es, no podría ser sostenido en ninguna afrenta, ni aun sin ella.

Ella se rió con buen semblante e díjole:

—Pues que así os he ganado, otórgoos que seais mi caballero y ayudéis a aquella hermana de la Reina.

El Doncel le besó las manos e dijo:

—Pues que el Rey, mi señor, no me ha querido hacer caballero, más a mi voluntad lo podría agora ser deste rey Perión, a vuestro ruego.

—Yo faré en ello lo que pudiere —dijo ella—; mas menester será de lo decir a la infanta Mabilia, que su ruego mucho valdrá ante el Rey, su tío.

Entonces se fué a ella e díjole cómo el Doncel del Mar quería ser caballero por mano del rey Perión, e que había menester para ello el ruego suyo e dellas. Mabilia, *hija del rey y hermana de Agrajes,* que muy animosa era e al Doncel amaba, dijo:

—Pues fagámoslo por él, que lo merece; e véngase a la capilla de mi madre armado de todas armas, e nós le haremos compañía con otras doncellas; e queriendo el rey Perión cabalgar para se ir, que, según he sabido, será antes del alba, yo le enviaré a rogar que me vea, e allí hará el vuestro ruego, ca mucho es caballero de buenas maneras.

—Bien decís —dijo Oriana.

E llamando entrambas al Doncel, le dijeron cómo lo tenían acordado; él se lo tuvo en merced y llamó a Gandalín e díjole:

—Hermano, lleva mis armas todas a la capilla de la Reina, encubiertamente; que pienso esta noche ser caballero; e porque en la hora me conviene de aquí partir, quiero saber si querrás irte comigo.

—Señor, yo os digo que a mi grado nunca de vos seré partido.

Al Doncel le vinieron las lágrimas a los ojos y besóle en la faz e díjole:

—Amigo, agora haz lo que te dije.

Gandalín puso las armas en la capilla en tanto que la Reina cenaba; e los manteles alzados, fuése el Doncel a la capilla, e armóse de sus armas todas, salvo la cabeza e las manos, e hizo su oración ante el altar, rogando a Dios que, así en las armas como en aquellos mortales deseos que por su señora tenía, le diese vitoria.

Desque la Reina fué a dormir, Oriana e Mabilia con algunas doncellas se fueron a él por le acompañar; e como Mabilia supo que el rey Perión quería cabalgar, envióle a decir que la viese ante; él vino luego, e díjole Mabilia:

—Señor, haced lo que os rogare Oriana, fija del rey Lisuarte.

El Rey dijo que de grado lo haría, que el merecimiento de su padre a ello le obligaba. Oriana vino ante el Rey; e como la vió tan hermosa, bien creía que en el mundo su igual no se podría fallar; e dijo:

—Yo vos quiero pedir un don.

—De grado —dijo el Rey— lo faré.

—Pues facedme ese mi doncel caballero—; e mostróselo, que de rodillas ante el altar estaba.

El Rey vió al Doncel tan fermoso, que mucho fué maravillado; y llegándose a él, dijo:

—¿Queréis recebir orden de caballería?

—Quiero —dijo él.

—En el nombre de Dios, y El mande que tan bien empleada en vos sea e tan crecida en honra como El os creció en fermosura.

E poniéndole la espuela diestra, le dijo:

—Agora sois caballero, e la espada podéis tomar.

El Rey la tomó e diógela, y el Doncel la ciñó muy apuestamente, y el Rey dijo:

—Cierto, este acto de os armar caballero, según vuestro gesto e aparencia, con mayor honra lo quisiera haber hecho; mas yo espero en Dios que vuestra fama será tal, que dará testimonio de lo que con más honra se debía facer.

E Mabilia e Oriana quedaron muy alegres y besaron las manos al Rey; e encomendando el Doncel a Dios, se fué su camino.

Seyendo armado caballero el Doncel del Mar, e queriéndose despedir de Oriana, su señora, e de Mabilia e de las otras doncellas que con él en la capilla velaron, Oriana, que le parecía partírsele el corazón, sin se lo dar a entender, le sacó aparte y le dijo:

—Doncel del Mar, yo os tengo por tan bueno,

que no creo que seáis hijo de Gandales; si al en ello sabéis, decídmelo.

El Doncel le dijo de su hacienda aquello que del rey Languines supiera; y ella, quedando muy alegre en lo saber, lo encomendó a Dios; y él falló a la puerta del palacio a Gandalín, que le tenía la lanza y escudo y el caballo; y cabalgando en él, se fué su vía sin que de ninguno visto fuese, por ser aun de noche.

CAPITULO TERCERO

LA BOLA DE CERA

Todo aquel día anduvo el Doncel del Mar con Gandalin, su escudero, por una floresta, en la cual, siendo ya tarde, vió venir una doncella en un palafrén, *que* traía una lanza, *y otra doncella la acompañaba.* Viniéronse ambas contra él; e como llegaron, la doncella de la lanza le dijo:

—Señor, tomad esta lanza, e dígovos que ante de tercero día faréis con ella tales golpes, porque libraréis la casa donde primero salistes.

El fué maravillado de lo que decía, e dijo:

—Doncella, la casa ¿cómo puede morir ni vivir?

—Así será como yo lo digo —dijo ella—, e la lanza os dó por algunas mercedes que de vos espero.

E dando de las espuelas al palafrén, se fué su vía.

La otra doncella quedó con él e dijo:

—Señor caballero, *sabed como era Urganda la Desconocida quien la lanza os ha dado.* E díjome que después que de vos se partiese, os *lo* hiciese saber, y que mucho vos ama.

—¡Ay, Dios! —dijo él—, cómo soy sin ventura en la no conocer, e si la dejo de buscar, es porque ninguno la hallará sin su grado.

Yendo el Doncel su camino, llegó de allí a tres

días a un castillo, a sazón de que en su patio, un caballero solo, al cual le habían matado ya el caballo, era traidoramente atacado por otros dos caballeros y por más de diez peones, que lo herían por todas partes. A punto estaba de sucumbir, cuando el Doncel del Mar acometió con gran brío a los que le atacaban, y derribó y mató a los más de ellos. Visto lo cual, cobró nuevos ánimos el primer caballero y entre uno y otro dejaron limpio de traidores todo el castillo. El Doncel, que había reconocido al rey Perión de Gaula en el caballero por él socorrido, no quería quitarse el yelmo ante él, pues sólo cuando sus hazañas le hubieran ganado fama digna de la de quien le había dado la orden de caballería, quería dársele a conocer; pero tanto le rogó Perión, que acabó por descubrirse y el rey, abrazándolo, dijo:

—Amigo, gracias doy a Dios por haber hecho en vos lo que hice.

Y muy alegre, oyó de él que le ayudaría en la guerra que tenía empeñada con el rey de Irlanda.

Había ya en la Corte de Languines, con secreta alegría de Oriana, noticia de las primeras hazañas del Doncel del Mar, cuando llegaron tres naos, en que venía *un mensajero del rey Lisuarte,* con cient caballeros e dueñas e doncellas para llevar a Oriana. El rey Languines *los* acogió bien. El *mensajero* le dijo el mandado del Rey su señor, cómo enviaba por su hija, y demás desto, que le rogaba enviase

con Oriana a Mabilia, su fija, que así como ella misma sería tratada e honrada a su voluntad. El Rey fué muy alegre dello, e ataviólas muy bien, e tovo al caballero e a las dueñas e doncellas en su corte algunos días, faciéndoles muchas fiestas y mercedes, e fizo aderezar otras naves, e bastecerlas de las cosas necesarias; e hizo aparejar caballeros e dueñas e doncellas, las que le pareció que convenían para tal viaje.

Oriana, que vió que este camino no se podía excusar, acordó de recoger sus joyas, e andándolas recogiendo, vió la cera que tomara al Doncel del Mar, y membrósele dél, e viniéronle las lágrimas a los ojos, e apretó las manos con cuita de amor que la forzaba, y quebrantó la cera e vió que dentro estaba *una carta escrita en pergamino,* y leyéndola, halló que decía: "Este es Amadís Sin-tiempo, fijo de rey."

Ella, que la carta vió, estuvo pensando un poco, y entendió que el Doncel del Mar había nombre Amadís, e vió que era hijo de rey. Tal alegría nunca en corazón de persona entró como en el suyo, y llamando a la doncella de Denamarca, *en quien confiaba más que en todas sus otras servidoras,* le dijo:

—Amiga, yo vos quiero decir un secreto, que le no diría sino a mi corazón, e guardadle como poridad de tan alta doncella como yo soy, y del mejor caballero del mundo.

—Así lo haré —dijo ella—, y, señora, no dudéis de me decir lo que faga.

—Pues amiga —dijo Oriana—, vos os id al caballero novel que sabéis, y dígovos que le llaman el Doncel del Mar, e fallarlo heis en la guerra de Gaula; y luego que lo vierdes, dadle esta carta, e decilde que ahí fallará su nombre, aquel que le escribieron en ella cuando fué echado en la mar; e sepa que sé yo que es hijo de rey; e que pues él era tan bueno cuando no lo sabía, agora pune de ser mejor; e decilde que mi padre envió por mí e me llevan a él; que le envio yo decir que se parta de la guerra de Gaula, e se vaya luego a la Gran Bretaña, e pune de vivir con mi padre fasta que le yo mande lo que faga.

La doncella, con ese mandado que oís, fué della despedida, y entrada en el camino de Gaula.

Oriana e Mabilia con dueñas e doncellas, encomendándolas el Rey e la Reina a Dios, fueron metidas en las naos; los marineros soltaron las áncoras y tendieron sus velas, e como el tiempo era aderezado, pasaron presto en la Gran Bretaña, donde muy bien recebidas fueron.

CAPITULO CUARTO

LA GUERRA DE GAULA

El Doncel del Mar, con Agrajes y los otros caballeros que el rey de Escocia enviaba en favor de su cuñado Perión, pasada la mar, entraron en Gaula y se fueron a Baladín, un castillo donde el rey Perión era, donde mantenía su guerra, habiendo mucha gente perdido; que con su venida de ellos muy alegre fué, e hízoles dar buenas posadas; e la reina Elisena, *hermana de la Reina de Escocia,* hizo decir a su sobrino Agrajes que la viniese a ver. El llamó al Doncel del Mar e otros dos caballeros para ir allá.

El rey Perión cató el Doncel, e conociólo que aquel era el que él hiciera caballero y el que le acorriera en el castillo; e fué contra él e dijo:

—Amigo, vos seáis muy bien venido, e sabed que en vos he yo grande esfuerzo, tanto, que no dudo ya mi guerra, pues vos he en mi compañía.

—Señor —dijo—, en la vuestra ayuda me habréis vos cuanto mi persona durare e la guerra haya fin.

Así hablando, llegaron a la Reina, e Agrajes le fué a besar las manos, y ella fué con él muy alegre, y el Rey le dijo:

—Dueña, veis aquí el muy buen caballero de que yo os hablé, que me sacó del mayor peligro en que

nunca fué; éste os digo que améis más que a otro caballero.

Ella le vino a abrazar, y él hincó los hinojos ante ella e dijo:

—Señora, yo soy criado de vuestra hermana, e por ella vengo a vos servir, e como ella misma me podéis mandar.

La Reina gelo agradesció con mucho amor, e catábalo, como era tan hermoso; membrándose de *un* hijo, que había perdido, *sin que pudiera saber qué habría sido de él,* viniéronle las lágrimas a los ojos. Y el Doncel del Mar le dijo:

—Señora, no lloréis; que presto seréis tornada en vuestra alegría, con la ayuda de Dios y del Rey e deste caballero vuestro sobrino, e yo, que de grado vos serviré.

Ella dijo:

—Mi buen amigo: vos, que sois caballero de mi hermana, quiero que poséis en mi casa, e allí vos darán las cosas que hobierdes menester.

La mañana venida fueron el rey Perión e su mujer a ver qué hacía el Doncel del Mar, e halláronlo que se levantaba e lavaba las manos, e viéronle los ojos bermejos e las haces mojadas de lágrimas; así que bien parescía que dormiera poco de noche, e sin falta así era, que membrándose de su amiga, considerando la gran cuita que por ella le venía, sin tener ninguna esperanza de remedio, otra cosa no esperaba sino la muerte.

La Reina llamó a Gandalín e díjole:

—Amigo, ¿qué hobo vuestro señor, que me paresce en su semblante ser en gran tristeza? ¿Es por algún descontentamiento que aquí haya habido?

—Señora —dijo él—, aquí recibe él mucha honra y merced; mas él ha así de costumbre que llora dormiendo, así como agora veis que en él parece.

Y en cuanto así estaban, vieron los de la villa muchos enemigos e bien armados cabe sí, e daban voces:

—¡Armas, armas!

El Doncel del Mar fué muy alegre, y el Rey le dijo:

—Buen amigo, nuestros enemigos son aquí.

Y él dijo:

—Armémonos e vayamos los ver.

Y el Rey demandó sus armas y el Doncel las suyas, e desque armados fueron e a caballo, fueron a la puerta de la villa. Como llegaron, dijo el Doncel del Mar:

—Señor, mandadnos abrir la puerta.

Y el Rey, a quien no placía menos de se combatir, mandó que la abriesen, e salieron todos los caballeros. *Los irlandeses,* que contra sí los vieron venir, aparejáronse de recebirlos, así como aquellos que mucho los desamaban. El Doncel del Mar se firió con *un capitán* que delante venía, y encontróle tan fuertemente, que a él e al caballo derribó en tierra, e hobo la una pierna quebrada, e quebró la

lanza e puso luego mano a su espada, e dejóse correr a los otros como león sañudo, faciendo maravillas en dar golpes a todas partes; así que no quedaba cosa ante la su espada; que a la tierra derribar los facía, a unos muertos e a otros feridos. El rey Perión llegó con toda la gente muy esforzadamente, como aquel que con voluntad de ferirlos gana tenía, e Daganel, *jefe de los irlandeses y amigo del rey Abies,* los rescibió con los suyos muy animosamente; así que fueron los unos e los otros mezclados en uno. Allí veríades al Doncel del Mar haciendo cosas extrañas, derribando e matando cuantos ante sí hallaba, que no había hombre que lo osase atender, e metíase en los enemigos, haciendo dellos corro, que parecía un león bravo.

Agrajes cuando le vió estas cosas facer tomó consigo muy más esfuerzo que de ante tenía, e dijo a grandes voces por esforzar su gente:

—Caballeros, mirad al mejor caballero e más esforzado que nunca nasció.

Cuando Daganel vió cómo destruía su gente, fué para el Doncel del Mar, como buen caballero, e quísole ferir el caballo, porque entre los suyos cayese, mas no pudo, e dióle el Doncel tal golpe por cima del yelmo, que por fuerza quebraron los lazos e saltóle de la cabeza. El rey Perión, que en socorro del Doncel del Mar llegaba, dió a Daganel con su espada tal herida, que lo hendió fasta los dientes. E yendo así heriendo en los enemigos el rey Perión e

su compaña, no tardó mucho que paresció el rey Abies de Irlanda con todos los suyos, y venía diciendo:

—Agora a ellos; no quede hombre que no matéis.

El rey Abies no dejó caballero en la silla en cuanto le duró la lanza, y desque la perdió echó mano a su espada e comenzó a herir con ella tan bravamente, que a sus enemigos hacía tomar espanto. De manera que los del rey Perión, no lo pudiendo ya sufrir, retraíanse contra la villa.

Cuando el Doncel del Mar vió que la cosa se paraba mal, comenzó de facer con mucha saña mejor que antes, porque los de su parte no huyesen con desacuerdo, e metíase entre la una gente y la otra; y firiendo e matando en los de Irlanda, daba lugar a los suyos que las espaldas del todo no volviesen. Agrajes y el rey Perión, que lo vieron en tan gran peligro e tanto hacer, quedaron siempre con él; así que todos tres eran amparo de los suyos.

El rey Abies mucho pesar hobo de Daganel *e los demás de su ejército* que supo que eran muertos; y llegó a él un caballero de los suyos e díjole:

—Señor, ¿vedes aquel caballero del caballo blanco? No hace sino maravillas, y él ha muerto vuestros capitanes e otros muchos.

Esto decía por el Doncel del Mar. El rey Abies se llegó más e dijo:

—Caballero, por vuestra venida es muerto el hom-

bre del mundo que yo más amaba; pero yo haré que lo compréis caramente, si os queréis más combatir.

—Si vos queréis vengar como caballero ese que decís —*dijo el Doncel del Mar*— e mostrar la gran valentía de que sois loado, escoged en vuestra gente los que más os contentaren, e yo en la mía, e seyendo iguales, podríades ganar más honra que no con mucha sobra de gente e soberbia demasiada venir a tomar lo ajeno sin causa ninguna.

—Pues agora decid —dijo el rey Abies— de cuántos queréis que sea la batalla.

—Pues que en mí lo dejáis —dijo el Doncel— moveros he otro partido, e podrá ser que más os agrade. Vos tenéis saña de mí por lo que he fecho, e yo de vos por lo que en esta tierra hacéis; pues en nuestra culpa no hay razón por qué ninguno otro padezca, y sea la batalla entre mí e vos, e luego si quisierdes, con tal que vuestra gente asegure, e la nuestra también, de se no mover hasta el fin della.

—Así sea —dijo el rey Abies; e fizo llamar diez caballeros, los mejores de los suyos, e con otros diez que el Doncel del Mar dió, aseguraron el campo, que por mal ni por bien que les aconteciese no se moverían.

Concertada la batalla para el día siguiente, el Doncel del Mar entró por la villa con el rey Perión e Agrajes, y levaba la cabeza desarmada, e todos decían:

—¡Ay, buen caballero, Dios te ayude y dé honra

que puedas acabar lo que has comenzado! ¡Ay, qué hermosura de caballero! En éste es caballería bien empleada, pues que sobre todos la mantiene en la su grande alteza.

Otro día de mañana la Reina se vino a ellos con todas sus damas, e hallólos hablando con el Rey, e comenzóse la misa, e dicha, armóse el Doncel del Mar, no de aquellas armas que en la lid el día ante trajera, que no quedaron tales que pudiesen algo aprovechar, más de otras muy más hermosas y fuertes. E despedido de la Reina e de las dueñas e doncellas, cabalgó en un caballo holgado que a la puerta le tenían, y el rey Perión le llevaba el yelmo e Agrajes el escudo. E saliendo por la puerta de la villa, vieron al rey Abies sobre un caballo negro, todo armado. Los de la villa e los de la hueste todos se ponían donde mejor la batalla ver pudiesen, y el campo era ya señalado, el palenque hecho con muchos cadahalsos en derredor dél. Y desque ambos tomaron sus armas, salieron todos del campo, encomendando a Dios cada uno el suyo, y se fueron acometer sin ninguna detenencia a gran correr de los caballos, como aquellos que eran de gran fuerza e corazón. A las primeras heridas fueron todas sus armas falsadas, y quebrando las lanzas, juntáronse uno con otro, así los caballos como ellos, tan bravamente, que cada uno cayó a su parte, e todos creyeron que eran muertos, e los trozos de las lanzas tenían metidos por los escudos, que los hierros lle-

gaban a las carnes; mas como ambos fuesen muy ligeros e vivos de corazón, levantáronse presto, e quitaron de sí los pedazos de las lanzas, y echando mano a las espadas, se acometieron tan bravamente que los que al derredor estaban habían espanto de los ver. La batalla era entre ellos tan cruel e con tanta priesa, sin se dejar holgar, e los golpes tan grandes, que no parescían sino de veinte caballeros. Ellos cortaban los escudos, haciendo caer en el campo grandes rajas, e abollaban los yelmos y desguarnecían los arneses, de manera que lo más cortaban en sus carnes; e salía dellos tanta sangre, que sostenerse era maravilla; mas tan grande era el ardimento que consigo traían, que cuasi dello no se sentían.

Así duraron en esta primera batalla fasta hora de tercia, que nunca se pudo conocer en ellos flaqueza ni cobardía, sino que con mucho ánimo se combatían. El rey Abies, como muy diestro fuese por el gran uso de las armas, combatíase muy cuerdamente, guardándose de los golpes e hiriendo donde más podía dañar. Las maravillas que el Doncel hacía en andar ligero e acometedor y en dar muy duros golpes, le puso en desconcierto todo su saber, e a mal de su grado, no le pudiendo ya sofrir, perdía el campo. Tanto fué aquejado, que volviendo casi las espaldas, andaba buscando alguna guarida con el temor de la espada, que tan crudamente la sentía; pero como vió que no había sino muerte, volvió, tomando

su espada con ambas las manos, y dejóse ir al Doncel, cuidándolo ferir por cima del yelmo, y él alzó el escudo donde rescibió el golpe, e la espada entró tan dentro por él, que la no pudo sacar; e tirándose afuera, dióle el Doncel del Mar en descubierto en la pierna izquierda tal herida, que la mitad della fué cortada, y el Rey cayó tendido en el campo.

El Doncel fué sobre él, e tirándole el yelmo, díjole:

—Muerto eres, rey Abies, si te no otorgas por vencido.

El dijo:

—Verdaderamente muerto soy, mas no vencido, e bien creo que me mató mi soberbia, e ruégote que me fagas segura mi compaña, sin que daño reciban, y llevarme han a mi tierra, e yo perdono a ti e a los que mal quiero, e mando entregar al rey Perión cuanto le tomé, e ruégote que me hagas haber confisión, que muerto soy.

Muerto el rey y partidos los irlandeses con su cadáver, la Doncella de Dinamarca, enviada por Oriana, y que había visto el final de la pelea, entregó al Doncel del Mar el pergamino en que iba escrito su nombre y le dió el recado de su señora de que lo antes que pudiera se partiera para la Gran Bretaña. E leyendo *el Doncel del Mar* la carta, conoció por ella que el su derecho nombre era Amadís. Acabada la habla, fué tomado el Doncel del Mar por el rey Perión e Agrajes e los otros grandes de su par-

tida, e sacado del campo con aquella gloria que los vencedores en tales autos levar suelen, y entrando por la villa, decían todos:

—Bien venga el caballero bueno, por quien habemos cobrado honra e alegría.

Así fueron hasta el palacio, e hallaron en la cámara del Doncel del Mar a la Reina con todas sus dueñas e doncellas, haciendo muy gran alegría, y en los brazos della fué él tomado de su caballo, y desarmado por la mano de la Reina, e vinieron maestros, que le curaron de las feridas, e aunque muchas eran, no había ninguna que mucho empacho le diese.

CAPITULO QUINTO

LOS ANILLOS DEL REY PERIÓN

Por razones que no son del caso, el hijo mayor de los reyes Perión y Elisena, nacido en ausencia del padre, había sido hecho desaparecer, al tiempo de ver la luz del mundo, por Darioleta, doncella y confidente de la madre. Entre otras cosas había llevado el niño colgado al cuello un anillo que Perión le había dado a Elisena, su mujer, idéntico a otro de que jamás se desprendía el Rey. Pero la Reina nunca le había confesado que, siendo en gran peligro su vida, había tenido que abandonar su hijo, sino que Perión

creía que éste había nacido muerto y que el anillo, por falta de cuidado, era perdido.

Otro hijo de aquel real matrimonio, Galaor, aún muy mancebo, había también desaparecido y, sin que sus padres supieran de él, se criaba en tierra extraña, en el ejercicio de toda suerte de armas.

Días después de su victoria, pasando el Doncel del Mar por una sala, vió a Melicia, hija del Rey, niña, que estaba llorando, y preguntóla qué había. La niña dijo:

—Señor, perdí un anillo que el Rey me dió a guardar en tanto que él duerme.

—Pues yo os daré —dijo él— otro tan bueno o mejor, que le deis.

Entonces sacó de su dedo un anillo e dióselo. Ella dijo:

—Este es el que yo perdí.

—No es —dijo él.

—Pues es el anillo del mundo que más le parece —dijo la niña.

—Por esto está mejor —dijo el Doncel del Mar—, que en lugar del otro le daréis.

Y dejándola, se fué a su cámara, e acostóse en un lecho.

El Rey despertó y demandó a su hija que le diese el anillo, y ella le dió aquel que tenía; él lo metió en su dedo, creyendo que el suyo fuese; mas vió yacer a un cabo de la cámara el otro que su hija perdió, e

tomándolo, juntólo con el otro, e vió que era el que él a la Reina había dado, y dijo a la niña:

—¿Cómo fué esto de este anillo?

Ella, que mucho le temía, dijo:

—Por Dios, señor, el vuestro perdí yo, e pasó por aquí el Doncel del Mar, e como vió que yo lloraba, dióme ese que él traía, e yo pensé que el vuestro era.

El Rey entró en la cámara de la Reina, y cerrada la puerta, dijo:

—Dueña, vos me negastes siempre el anillo que yo os diera, y el Doncel del Mar halo dado agora a Melicia; ¿cómo pudo ser esto? Que veisle aquí. Decidme de qué parte le hobo, e si me mentís, vuestra cabeza lo pagará.

La Reina díjole:

—¡Ay, señor, agora vos diré la mi cuita, que hasta aquí os hobe negado!

Entonces comenzó de llorar muy recio, firiendo con sus manos en el rostro, e dijo cómo echara a su hijo en el río, que llevara consigo el espada e aquel anillo.

—Por cierto —dijo el Rey— yo creo que este es nuestro hijo.

La Reina tendió las manos, diciendo:

—Así pluguiese al Señor del mundo.

—Agora vamos allá vos e yo —dijo el Rey— e preguntémosle de su hacienda.

Luego fueron entrambos solos a la cámara donde

él estaba, e falláronlo durmiendo muy asosegadamente. Mas el Rey tomó en su mano la espada, que a la cabecera de la cama era puesta, e catándola, la conoció luego, como aquel que con ella diera muchos golpes e buenos, e dijo contra la Reina:

—Por Dios, esta espada conozco yo bien, e agora creo más lo que me dejistes.

—Ay, señor —dijo la Reina—, no le dejemos más dormir, que mi corazón se aqueja mucho.

E fué para él, e tomándole por la mano, tiróle un poco contra sí, diciendo:

—Amigo señor, acorredme en esta priesa e congoja en que estoy.

El despertó e vióla muy reciamente llorar, e dijo:

—Señora, ¿qué es eso que habéis? Si mi servicio puede algo remediar, mandádmelo; que fasta la muerte se cumplirá.

—Ay, amigo —dijo la Reina—; pues agora nos acorred con vuestra palabra en decir cúyo hijo sois.

—Así Dios me ayude —dijo él—, no lo sé; que yo fuí hallado en la mar por gran aventura.

La Reina cayó a sus pies toda turbada, y él hincó los hinojos ante ella e dijo:

—¡Ay, Dios! ¿Qué es esto?

Ella dijo llorando:

—Hijo, ves aquí tu padre e madre.

Cuando él esto oyó, dijo:

—¡Santa María! ¿Qué será esto que oyo?

La Reina, teniéndolo entre sus brazos, tornó e dijo:

—Es, hijo, que quiso Dios, por su merced, que

cobrásemos aquel yerro que por gran miedo yo hice; e, mi hijo, yo, como mala madre, os eché en la mar, e veis aquí el Rey, que os engendró.

Entonces hincó los hinojos y les besó las manos con muchas lágrimas de placer, dando gracias a Dios porque así le había sacado de tantos peligros para en la fin le dar tanta honra e buena ventura con tal padre e madre.

La Reina le dijo:

—Hijo, ¿sabéis vos si habéis otro nombre sino éste?

—Señora, sí sé —dijo él— que al partir de la batalla me dió aquella doncella una carta que llevé envuelta en cera cuando en la mar fuí echado; en que dice llamarme Amadís.

Entonces sacándola de su seno, gela dió, e vieron cómo era la mesma que Darioleta por su mano escribiera, e dijo:

—Mi amado hijo, cuando esta carta se escribió era yo en toda cuita e dolor, e agora soy en toda holganza e alegría, ¡bendito sea Dios!, e de aquí adelante por este nombre os llamad.

—Así lo haré —dijo él; e fué llamado Amadís, y en otras muchas partes Amadís de Gaula.

El rey Perión mandó llegar cortes, porque todos viesen a su hijo Amadís; donde se hicieron muchas alegrías e juegos en honor y servicio de aquel señor que Dios les diera, con el cual e con su padre esperaban vivir en mucha honra y descanso; en fin de las cuales Amadís habló con su padre, diciendo que él se quería ir a la Gran Bretaña, y que le diese licencia. Mucho trabajó el Rey e la Reina por lo detener; mas por ninguna vía pudieron; que la gran cuita que por su señora pasaba no le dejaba ni daba lugar a que otra obediencia tuviese sino aquella que su corazón sojuzgaba, e tomando consigo solamente a Gandalín e otras tales armas como las que el rey Abies le despedazara en la batalla, así se partió, e

anduvo tanto fasta que llegó a la mar; y entrando en una fusta, pasó en la Gran Bretaña.

CAPITULO SEXTO

DON GALAOR.

Después de correr diversas aventuras por aquel reino y haber armado caballero a su hermano don Galaor, sin sospechar quien era, llegó Amadís cerca de Vindilisora, donde estaba la corte del rey Lisuarte, y Oriana en ella. Subió a un otero, desde donde le pareció que la villa mejor se podría ver; se asentó al pie de un árbol, e comenzó a mirar la villa, e vió las torres e los muros asaz altos, e dijo en su corazón:

—¡Ay, Dios! ¡Dónde está allí la flor del mundo! ¡Ay, villa! ¡cómo eres agora en gran alteza, por ser en ti aquella señora que entre todas las del mundo no ha par en bondad ni fermosura! E aun digo que es más amada que todas las que amadas son, y esto probaré yo al mejor caballero del mundo, si me della fuese otorgado.

Después que a su señora hobo loado, un tan gran cuidado le vino, que las lágrimas fueron a sus ojos venidas, e falleciéndole el corazón, cayó en un tan gran pensamiento, que todo estaba estordecido, de guisa que de sí ni de otro sabía parte.

Por mandato de su señora, después de haber vencido y muerto en desafío, en defensa de una dueña desamparada, a Dardán el Soberbio, uno de los caballeros más fuertes de aquel reino, presentóse Amadís en la Corte del rey Lisuarte. Mucho se maravillaban todos de la gran fermosura de Amadís, e cómo siendo tan mozo pudo vencer a Dardán, que tan esforzado era, que en toda la Gran Bretaña le temían.

El Rey quería que tan buen caballero no saliera de su Corte; pero Amadís, aunque otra cosa no deseara, no lo otorgó hasta que se lo pidió también la Reina, y Oriana le hizo señas de que accediera a su deseo. Dijo Amadís a la Reina y su hija:

—No seré de otro sino vuestro, e si al Rey en algo sirviere, será como vuestro e no como suyo.

—Así vos recebimos yo e todas las otras —dijo la Reina.

Luego lo envió decir al Rey, el cual fué muy alegre, y envió *un caballero* que gelo trajese e así lo fizo; e venido ante él, abrazándolo con gran amor, le dijo:

—Amigo, agora soy muy alegre en haber acabado esto que tanto deseaba, e cierto yo tengo gana que de mí recibáis mercedes.

Amadís gelo tuvo en merced señalada. Desta manera que oís quedó Amadís en la casa del rey Lisuarte por mandado de su señora.

De allí a poco comenzaron a saberse las maravillosas hazañas que venía realizando don Galaor por

todas aquellas tierras, pobladas de castillos y florestas. Amadís deseaba ardientemente conocer a su hermano y, con licencia de Oriana, seguido de su fiel escudero Gandalín, fué a recorrer el reino por ver si lograba dar con él y traerlo consigo a la Corte del rey Lisuarte.

No podemos detallar aquí, como lo hacen los antiguos autores de esta historia, las continuas aventuras que corrió Amadís en aquellas andanzas, en todas las cuales desplegó la más asombrosa bravura y el más completo dominio de las armas; sólo sí diremos que en una de las en que mayor riesgo corrió, ganó para su servicio un enano que nunca más dejó de acompañarle en sus viajes y al que cobró grande afecto.

Don Galaor, por su parte, seguía recorriendo también aquella comarca sin querer presentarse ante su heroico hermano hasta que el número y fama de sus hazañas lo hubieran hecho digno de ello.

Cierto día, un caballero le robó su caballo, mediante vil engaño, y cuando don Galaor iba en su seguimiento, ardiendo en deseos de venganza, topó con una doncella que le prometió llevarle ante su burlador si le ofrecía cumplirle un don que había de demandarle más tarde, sin que por el momento le explicara en lo que había de consistir. Mas esta doncella era amiga del caballero, y quería llevar a don Galaor a su poder para que, tomándolo de improviso, además del caballo le quitara las armas, de-

jándolo así totalmente burlado. Sin embargo, no fueron las cosas tal como ella pensaba: don Galaor dió muerte al falso caballero, y la doncella, en su desesperación, juró no apartarse del matador hasta encontrar tal ocasión para pedirle el don que le tenía prometido, que no pudiera menos de perder la vida en la demanda o quedar por falso y traidor.

Cierta vez, atravesaba un bosque Amadís y el Enano iba delante, e por el camino que ellos iban venía un caballero e una doncella; e siendo cerca del caballero, puso mano a su espada, e dejóse correr al Enano por le tajar la cabeza.

El Enano, con miedo, dejóse caer del rocín, diciendo:

—Acorredme, señor, que me matan.

Amadís, que lo vió, corrió muy ahína e dijo:

—¿Qué es eso, señor caballero? ¿Por qué me queréis matar mi enano? No pongáis mano en él, que amparar os lo he yo.

—De vos lo amparar —dijo el caballero— me pesa; mas todavía conviene que la cabeza le taje.

—Antes habréis la batalla —dijo Amadís; e tomando sus armas, cubiertos de sus escudos, movieron contra sí al más correr de sus caballos, y encontráronse en los escudos tan fuertemente, que los falsaron, e las lorigas también, e juntáronse los caballos y ellos de los cuerpos e de los yelmos, de tal guisa, que cayeron a sendas partes grandes caídas; pero luego fueron en pie, e comenzaron la batalla

de las espadas tan cruel e tan fuerte, que no había persona que la viese que dello no fuese espantado, e así lo era el uno del otro, que nunca fasta allí hallaron quien en tan gran estrecho sus vidas pusiese.

Así anduvieron, hiriéndose de muy grandes y esquivos golpes una gran pieza del día; tanto que sus escudos eran rajados e cortados por muchas partes; e asimismo lo eran los arneses, en que ya muy poca defensa en ellos había, e las espadas tenían mucho lugar de llegar a menudo e con daño de sus carnes, pues los yelmos no quedaban sin ser cortados e abollados a todas partes. Pues estando en esta gran priesa que oís, llegó acaso un caballero todo armado donde la doncella estaba, e como la batalla vió, comenzóse a santiguar, diciendo que desque nasciera nunca había visto tan fuerte lid de dos caballeros; e preguntó a la doncella si sabía quién fuesen aquellos caballeros.

—Sé —dijo ella—; que yo los fize juntar, e no me puedo ende partir sino alegre; que mucho me placería de cualquiera dellos que muera, e mucho más de entrambos.

—Cierto, doncella —dijo el caballero—, no es ese buen deseo ni placer; antes es de rogar a Dios por tan buenos dos hombres; mas decidme por qué los desamáis tanto.

—Eso vos diré —dijo la doncella—; aquel que tiene el escudo más sano es el hombre del mundo que más desama Arcalaus, mi tío, e de quien más

desea la muerte, e ha nombre Amadís; y este otro con quien se combate se llama Galaor, e matóme el hombre del mundo que yo más amaba; e teníame otorgado un don, e yo andaba por gelo pedir donde la muerte le viniese; e como conocí al otro caballero, que es el mejor del mundo, demandéle la cabeza de aquel enano. Así que, este Galaor que muy fuerte caballero es, por me la dar, y el otro por la defender, son llegados a la muerte, de que yo gran gloria e placer recibo.

El caballero, que esto oyó, dijo:

—Mal haya mujer que tan gran traición pensó para facer morir los mejores dos caballeros del mundo.

E sacando su espada de la vaina, *la mató e* fué cuanto el caballo llevarle pudo, dando voces, diciendo:

—Estad, señor Amadís; que ese es vuestro hermano don Galaor, el que vos buscáis.

Cuando Amadís lo oyó, dejó caer la espada y el escudo en el campo, e fué contra él, diciendo:

—¡Ay, hermano! Buena ventura haya quien nos fizo conocer.

Galaor dijo:

—¡Ay, cativo malaventurado! ¿Qué he fecho contra mi hermano e mi señor?

E hincándosele de hinojos delante, le demandó llorando perdón. Amadís lo alzó e abrazólo, e dijo:

—Mi hermano, por bien empleado tengo el peligro

que con vos pasé, pues que fué testimonio que yo probase vuestra tan alta proeza e bondad.

Entonces se desenlazaron los yelmos por folgar, que muy necesario les era, y el caballero les dijo:

—Señores, mal llagados sois; ruégoos que cabalguéis, e nos vamos a un mi castillo, que es aquí cerca, e guareceréis de vuestras feridas.

CAPITULO SEPTIMO

EL MANTO Y LA CORONA

El enano, mandado por Amadís, llevó noticia a la Corte de cómo había sido encontrado don Galaor y de que era conforme en ser de los caballeros que servían a Lisuarte. El Rey fué muy alegre, teniendo en voluntad de fazer cortes las más honradas e de más caballeros que nunca en la Gran Bretaña se hicieran, *y* mandó apercebir a todos sus altos hombres que fuesen con él el día de Santa María de septiembre a las cortes, e la Reina asimismo a todas las dueñas e doncellas de gran guisa.

Mas es de saber que había en la Gran Bretaña un temible mago llamado Arcalaus el Encantador, cuyo nombre hemos oído en el capítulo precedente, el cual, consagrado siempre a malas obras, habíase propuesto desposeer del reino a Lisuarte, para lo cual, la de aquellas Cortes parecióle ocasión excelente y co-

menzó a tender las redes en que debían quedar presos el Rey y sus bravos caballeros.

Pues siendo todos en el palacio, con gran alegría hablando en las cosas que en las Cortes se habían de ordenar, acaeció de entrar en el palacio una doncella extraña asaz bien guarnida, e un gentil doncel que la acompañaba; e decendiendo de un palafrén, preguntó cuál era el Rey; él dijo:

—Doncella, yo soy.

—Señor —dijo ella—, bien semejáis rey en el cuerpo, mas no sé si lo seréis en el corazón.

—Doncella —dijo él—, esto vedes vos agora, e cuando en lo otro me probardes saberlo heis.

—Señor —dijo la doncella—, a mi voluntad respondéis, e miémbreseos esta palabra que me dais ante tantos hombres buenos, porque yo quiero probar el esfuerzo de vuestro corazón cuando me fuere menester, e a Dios seáis encomendado.

—A Dios vayáis, doncella —dijo el Rey.

La doncella se fué su vía, e el Rey quedó fablando con sus caballeros. Pues habiendo en muchas cosas hablado, queriéndose la Reina acoger a su palacio, entraron por la puerta tres caballeros, los dos armados de todas armas, y el uno desarmado, y era grande e bien fecho, e la cabeza casi toda cana; pero fresco e fermoso, según su edad. Este traía ante sí una arqueta pequeña, e preguntó por el Rey, e mostrárongelo; e decendió de su palafrén, e fin-

cando los hinojos ante él, con el arqueta en sus manos, díjole:

—Dios os salve, Señor, así como al príncipe del mundo que mejor promesa ha fecho, si la tenedes.

El Rey dijo:

—Y ¿qué promesa es esta, o por qué me lo decís?

—A mí dijeron —dijo el caballero— que queríades mantener caballería en la mayor alteza e honra que ser pudiese. E porque oí decir que queríades tener cortes en Londres de muchos hombres buenos, tráigovos aquí lo que para tal hombre como vos a tal fiesta conviene.

Entonces, abriendo el arqueta, sacó de ella una corona de oro tan bien obrada e con tantas piedras e aljófar, que fueron muy maravillados todos en la ver. El Rey la cataba mucho, con sabor de la haber para sí, y el caballero le dijo:

—Creed, señor, que esta obra es tal, que ninguno de cuantos hoy saben labrar de oro e poner piedras no la sabrían mirar.

—Si me Dios ayude —dijo el Rey—, yo lo tengo así.

—Pues comoquiera —dijo el caballero— que su obra e hermosura sea tan extraña, otra cosa en sí tiene que mucho más es de preciar; y esto es que siempre el Rey que en su cabeza la pusiere será mantenido e acrecentado en su honra, e si vos, señor, la quisierdes haber, dárvosla he por cosa que será

reparo de mi cabeza, que la tengo en aventura de perder.

La Reina, que delante estaba, dijo:

—Cierto, señor, mucho vos conviene tal joya como esa, e dad por ella todo lo que el caballero pidiere.

—E vos, señora —dijo—, comprarme hedes un muy hermoso manto que aquí traigo.

—Sí —dijo ella—, muy de grado.

Luego sacó de la arqueta un manto el más rico e mejor obrado que se nunca vió, que demás de las piedras e aljófar de gran valor que en él había, eran en él figuradas todas las aves e animalias del mundo, tan sotilmente, que por maravilla lo miraban.

La Reina dijo:

—Si Dios me vala, amigo, parece que este paño no fué por otra mano fecho sino por la de aquel Señor que todo lo puede.

—Cierto, señora —dijo el caballero—; bien podéis creer sin falla que por mano e consejo del hombre fué este paño hecho; e aun más vos digo, que conviene este manto más a mujer casada que a soltera; que tiene tal virtud, que el día que lo cobijare no puede haber entre ella e su marido ninguna congoja.

—Cierto —dijo la Reina—, si ello es verdad, no puede ser comprado por precio ninguno.

—Desto no podéis ver la verdad si el manto no hobierdes —dijo el caballero.

E la Reina, que mucho al Rey amaba, hobo sabor de haber el manto, e dijo:

—Caballero, daros he yo por ese manto lo que quisierdes.

Y el Rey dijo:

—Demandad por el manto e por la corona lo que vos pluguiere.

—Señor —dijo el caballero—, yo vo a gran cuita emplazado de aquel cuyo preso soy, e no tengo espacio para me detener ni para saber cuánto estas donas valen; mas yo seré con vos en las cortes de Londres, y entre tanto quede a vos la corona e a la Reina el manto, por tal pleito, que por ello me deis lo que vos yo demandare, o me lo tornéis, e habréislo ya ensayado e probado.

El Rey dijo:

—Caballero, agora creed que vos habréis lo que demandardes, o el manto e la corona.

El caballero dijo:

—Señores caballeros e dueñas, ¿oís vos bien esto que el Rey e la Reina me prometen, que me darán mi corona e mi manto, o aquello que les yo pidiere?

—Todos lo oímos —dijeron ellos.

Entonces se despidió el caballero e dijo:

—Adiós quedéis, que yo voy a la más esquiva prisión que nunca hombre tuvo.

Así se fueron todos tres, quedando en poder del Rey el manto e la corona.

CAPITULO OCTAVO

LAS CORTES DE LONDRES

Con acuerdo de Amadís e Galaor, *que ya eran llegados, de* Agrajes, e de otros preciados caballeros de su corte, ordenó *el Rey* que dentro de cinco días todos los grandes de sus reinos en Londres, que a la sazón como un águila encima de lo más de la Cristiandad estaba, a cortes viniesen, como de antes lo había pensado e dicho, para dar orden en las cosas de la caballería.

Partió el rey Lisuarte de Vindilisora con toda la caballería, e la Reina con sus dueñas e doncellas, a las cortes; la gente pareció en tanto número, que por maravilla se debría contar. Había entre ellos muchos caballeros mancebos ricamente armados e ataviados, e muchas infinitas hijas de reyes, e otras doncellas de gran guisa, que dellos muy amadas eran, por las cuales grandes justas e fiestas por el camino hicieron. El Rey había mandado que le llevasen tiendas e aparejos, porque no entrasen en poblado, e se aposentasen en las vegas cerca de las riberas e fuentes, de que aquella tierra muy bastada era. Así por todas las vías se les aparejaba la más alegre e más graciosa vida que nunca fasta allí tuvieran; y llegaron a aquella gran ciudad de Lon-

dres, donde tanta gente hallaron, que no parecía sino que todo el mundo allí asonado era. El Rey e la Reina con toda su compaña fueron a descabalgar en sus palacios, e allí en una parte dellos mandó posar a Amadís e a Galaor e Agrajes e otros algunos de los más preciados caballeros, e las otras gentes en muy buenas posadas, que los aposentadores del Rey de antes les habían señalado. Así holgaron aquella noche e otros dos días con muchas danzas e juegos, que en el palacio e fuera en la ciudad se ficieron; en los cuales Amadís e Galaor eran de todos tan mirados, e tanta era la gente que por los ver acudían donde ellos andaban, que todas las calles eran ocupadas.

A estas cortes que oís vino un gran señor, más en estado e señorío que en dignidad de virtudes, llamado Barsinan, señor de Sansueña, no porque vasallo del rey Lisuarte fuese, ni mucho su amigo ni conocido, mas por lo que agora oiréis. Sabed que estando este Barsinan en su tierra, llegó ahí Arcalaus el Encantador, e díjole:

—Barsinan, señor, si tú quisieses, yo daría orden como fueses rey sin que gran afán ni trabajo en ello hobiese.

—Cierto —dijo Barsinan— de grado tomaría yo cualquier trabajo que ende venir me pudiese, con tal que rey pudiese ser.

—Tú respondes como sesudo —dijo Arcalaus— e yo haré que lo seas, si creerme quisieres y me fi-

cieres pleito que me farás tu mayordomo mayor, e no me lo quitarás todo el tiempo de mi vida.

—Eso faré yo muy de grado —dijo Barsinan—; e decidme por cuál guisa se puede hacer lo que me decís.

—Yo os lo diré —dijo Arcalaus—. Id vos a la primera corte que el rey Lisuarte ficiere, e llevad gran compaña de caballeros; que yo prenderé al rey en tal forma que de ninguno de los suyos pueda ser socorrido; e aquel día habré a su fija Oriana, que vos daré por mujer; y en cabo de cinco días enviaré a la corte del rey su cabeza. Entonces punad vos por tomar la corona del rey, que siendo él muerto, e su hija en vuestro poder, que es la derecha heredera, no habrá persona que vos contrariar pueda.

—Cierto —dijo Barsinan—; si vos eso hacéis, yo vos haré el más rico e poderoso hombre de cuantos comigo fueren.

—Pues yo haré lo que digo —dijo Arcalaus.

Por esta causa que oís vino a la corte este gran señor de Sansueña, Barsinan, al cual el rey salió con mucha compaña a lo recebir, creyendo que con sana e buena voluntad era su venida; e mandóle aposentar, e a toda su compaña, e darle las cosas todas que menester hobiesen; mas dígovos que viendo él tan gran caballería, e sabido el leal amor que al rey Lisuarte habían, mucho fué arrepentido de tomar aquella empresa, creyendo que a tal hombre

ninguna adversidad le podía empecer. E hablando con el Rey, le dijo:

—Rey, yo oí decir que hacíades estas grandes cortes, e vengo ahí por vos hacer honra; que yo no tengo tierra de vos, sino de Dios, que a mis antecesores e a mí libremente dió.

—Amigo —dijo el Rey—, yo os lo agradezco mucho.

Otro día de mañana vistió el Rey sus paños reales, cuales para tal día le convenían, e mandó que le trajesen la corona que el caballero le dejara, y que dijesen a la Reina que se vistiese el manto. La Reina abrió el arqueta, en que todo estaba, con la llave que ella siempre en su poder tovo, e no halló ninguna cosa dello, de que muy maravillada fué, e comenzóse de santiguar y envióla decir al Rey; e cuando lo supo, mucho le pesó, pero no lo mostró así ni lo dió a entender; e fuese para la Reina, e sacándola aparte, díjole:

—Dueña, ¿cómo guardastes tan mal cosa que tanto a tal tiempo nos convenía?

—Señor —dijo ella— no sé qué diga en ello, sino que el arqueta hallé cerrada; e yo he tenido la llave, sin que de persona la haya fiado; pero dígovos tanto, que esta noche me pareció que vino a mí una doncella, e díjome que le mostrase el arqueta, e yo en sueños gela mostraba, y demandábame la llave, e dábagela, y ella abría el arqueta e sacaba della el manto e la corona, e tornando a ce-

rrar, ponía la llave en el lugar que ante estaba, e cobríase el manto e ponía la corona en la cabeza, pareciéndole tan bien, que muy gran sabor sentía yo en la mirar; e decíame: "Aquel y aquella cuyo será, reinará ante de cinco días en la tierra del

poderoso que se agora trabaja de la defender e de ir conquistar las ajenas tierras." Y desapareció ante mí, llevando la corona y el manto; pero dígovos que no puedo entender si esto me avino en sueños o en verdad.

El Rey lo tovo por gran maravilla e dijo:

—Agora vos dejad ende y no lo habléis con otro.

Y saliendo ambos de la tienda, se fueron a la otra, acompañados de tantos caballeros y dueñas e doncellas, que por maravilla lo toviera cualquiera que lo viese, y sentóse el Rey en una muy rica silla, e la Reina en otra algo más baja, que en un estrado de paños de oro estaban puestas; e a la parte del Rey se pusieron los caballeros, y de la Reina sus dueñas e doncellas, e los que más cerca del Rey estaban eran cuatro caballeros que él más preciaba; el uno Amadís y el otro Galaor, e Agrajes e Galvanes Sintierra.

CAPITULO NOVENO

LOS ARDIDES DE ARCALAUS

Con tal compaña estando el rey Lisuarte, en tanto placer como oídes, queriendo ya la fortuna comenzar su obra con que aquella gran fiesta en turbación puesta fuese, entró por la puerta del palacio una doncella asaz hermosa, cubierta de luto, e fincando los hinojos ante el Rey, le dijo:

—Señor, todos han placer, sino yo sola, que he cuita e tristeza, e la no puedo perder sino por vos.

—Amiga —dijo el Rey—, ¿qué cuita es esa que habéis?

Entonces la doncella refirió, llorando, que su padre sufría injusta prisión de que sólo podían hacerle

libre los dos mejores caballeros del mundo. Tanto impresionaron sus palabras y lágrimas a la Reina y al Rey, que le dieron a don Galaor y a Amadís para que fueran a libertar al prisionero, ya que otros mejores caballeros en parte alguna se podrían hallar.

Armados éstos e despedidos del Rey e de sus amigos, entraron en el camino con la doncella. Así andovieron por donde la doncella los guiaba fasta ser medio día pasado, que entraron en la floresta que Malaventurada se llamaba, porque nunca entró en ella caballero andante que buena dicha ni ventura hobiese; e tanto que alguna cosa comieron de lo que sus escuderos levaban, tornaron a su camino fasta la noche, que facía luna clara. La doncella se aquejaba mucho, e no facía sino andar.

Amadís le dijo:

—Doncella, ¿no queréis que folguemos alguna pieza?

—Quiero —dijo ella—; mas será adelante, donde hallaremos unas tiendas con tal gente, que mucho placer vuestra vista les dará.

Siguieron caminando y llegaron, en efecto, a unas tiendas donde, a pretexto de que descansaran, desarmaron a los caballeros, y ya sin armas, estando separados Amadís y don Galaor, cada cual en tienda diferente, cayó sobre ellos una gran partida de gentes de guerra, que al cabo de descomunal combate lograron dominarlos y prenderlos. Los llevaron

amarrados, los días siguientes, hacia el lugar donde pensaban darles muerte; pero Galaor, a fuerza de astucia y malicia, consiguió librarse de sus cadenas y libertar a su hermano, tras lo cual y a más andar, retornaron los dos por el camino de Londres.

Estando el rey Lisuarte e la reina Brisena, su mujer, en sus tiendas con muchos caballeros e dueñas e doncellas, al cuarto día que de allí partieran Amadís e don Galaor, su hermano, entró por la puerta el caballero que el manto e la corona le dejara, como ya oístes; e fincando los hinojos ante el Rey, le dijo:

—Señor, ¿cómo no tenéis la fermosa corona que yo vos dejé, e vos, señora, el rico manto?

El Rey se calló, que ninguna respuesta le quiso dar, y el caballero dijo:

—Mucho me place que os no pagastes della, pues que me quitarán de perder la cabeza o el don que por ello me habíades a dar; e pues así es, mandádmelo dar, que no me puedo detener en ninguna guisa.

Cuando esto oyó *el rey,* pesóle fuertemente e dijo:

—Caballero, el manto ni la corona no os lo puedo dar, que lo he todo perdido; mas me pesa por vos, que tanto os hacía menester, que por mí, aunque mucho valía.

—¡Ay, cativo! Muerto so —dijo el caballero.

E comenzó a hacer un duelo tan grande, que maravilla era, diciendo:

—¡Cativo de mí sin ventura! Muerto soy de la peor muerte; que nunca murió caballero que la tan poco mereciese.

E caíanle las lágrimas por las barbas, que eran blancas como la lana blanca. El Rey hobo dél gran piedad e díjole:

—Caballero, no temáis de vuestra cabeza; que toda cosa que yo haya vos la habréis para la guarecer; que así os lo he prometido e así lo terné.

El caballero se le dejó caer a sus pies para gelos besar, mas el Rey lo alzó por la mano e dijo:

—Ahora pedid lo que os placerá.

—Señor —dijo él—, verdad es que me hobistes a dar mi manto e mi corona, o lo que por ello vos pidiese; e Dios sabe, señor, que mi pensamiento no era demandar lo que agora pediré; e si otra cosa para mi remedio en el mundo hobiese, no os enojaría en ello; mas no puedo hi al hacer. A vos pesará de me lo dar, e a mí de lo recebir.

—Agora demandad —dijo el Rey—; que tan cara cosa no será que yo haya que la vos no hayades.

Entonces el caballero dijo:

—Señor, yo no podría ser quito de muerte sino por mi corona e mi manto, o por vuestra fija Oriana; e agora me dad dello lo que quisierdes; que yo más querría lo que os di.

—¡Ay, caballero! —dijo el Rey—, mucho me habéis pedido.

E todos hobieron muy gran pesar, que más ser

no podía; pero el Rey, que era el más leal del mundo, dijo:

—No vos pese; que más conviene la pérdida de mi hija que falta de mi palabra, porque lo uno daña a pocos e lo otro al general.

E mandó que luego le trajesen allí su fija.

Cuando la Reina e las dueñas e doncellas esto oyeron comenzaron a fazer el mayor duelo del mundo; mas el Rey las mandó acoger a sus cámaras, e mandó a todos los suyos que no llorasen, so pena de perder su amor. En esto llegó la muy fermosa Oriana ante el Rey como atónita, y cayéndole a los pies, le dijo:

—Padre, señor, ¿qué es esto que queréis facer?

—Fágolo —dijo el Rey— por no quebrar mi palabra.

E dijo contra el caballero:

—Veis aquí el don que pedistes; ¿queréis que vaya con ella otra compaña?

—Señor —dijo el caballero—, no traigo comigo sino dos caballeros e dos escuderos, aquellos con que vine a vos a Vindilisora, e otra compaña no puedo llevar; mas yo vos digo que no ha de qué temer fasta que la yo ponga en la mano de aquel a quien la he de dar.

—Vaya con ella una doncella —dijo el Rey— si quisierdes, porque más honra e honestidad sea, e no vaya entre vos sola.

El caballero lo otorgó.

Cuando Oriana esto oyó cayó amortecida; mas esto no hobo menester, que el caballero la tomó entre sus brazos, e llorando, que parecía hacerlo contra su voluntad, e dióla a un escudero que estaba en un rocín muy grande e mucho andador; e poniéndola en la silla, se puso él en las ancas, e dijo el caballero:

—Tenedla, no caya, que va tollida; e Dios sabe que en toda esta corte no ha caballero que más pese que a mí deste hecho.

Y el Rey fizo venir la doncella de Denamarca e mandóla poner en un palafrén, e dijo:

—Id con vuestra gran señora, e no la dejéis por mal ni por bien que vos avenga en cuanto con ella os dejaren.

—¡Ay, cativa! —dijo ella—, nunca cuidé hacer tal ida.

E luego movieron ante el Rey; y *uno de los* caballeros *que* muy membrudo *era,* tomó a Oriana por la rienda; e sabed que este era Arcalaus el Encantador; e al salir del corral sospiró Oriana muy fuertemente, como si el corazón se le partiese, e dijo así como tollida:

—¡Ay, buen amigo!, por esto somos vos e yo muertos.

Mabilia, que a unas finiestras estaba haciendo muy grande duelo, vió cerca del muro pasar a Ardian, el enano de Amadís, que iba en un gran rocín e ligero, e llamólo con gran cuita que tenía, e dijo:

—Ardian, amigo, si amas a tu señor, no huelgues día ni noche hasta que lo falles e le cuentes esta mala ventura que aquí es fecha; e si lo no faces, ser-le-ías traidor; que es cierto que él lo querría agora más saber que haber esta cibdad por suya.

—¡Por santa María! —dijo el enano—, él lo sabrá lo más ahína que ser pudiere.

E dando del azote al rocín, se fué por el camino que viera ir a su señor a más andar.

CAPITULO DECIMO

LA PRISIÓN DEL REY

Mas agora os contaremos lo que a esta sazón aconteció al Rey. *Lisuarte había salido a la entrada de la floresta por donde eran idos los caballeros que llevaban a Oriana, para impedir que ninguno de los suyos pudiera ir a arrebatársela, que así con aquéllos lo había concertado, cuando* vió venir la doncella a quien él había el don prometido; e venía en un palafrén que andaba ahína, e traía a su cuello una espada muy bien guarnida, e una lanza con un fierro muy hermoso, e la asta pintada; e llegando al Rey, le dijo:

—Señor, Dios vos salve e dé alegría e corazón que me atengáis lo que me prometistes en Vindilisora ante vuestros caballeros.

—Doncelia —dijo el Rey—, yo había más menester alegría de la que tengo; mas, como quier que esto sea, bien me miembra lo que os dije, e así lo compliré.

—Señor —dijo ella—, con esa esperanza vengo yo a vos como al más leal rey del mundo, e agora me vengad de un caballero que va por esta floresta, que mató a mi padre al mayor aleve del mundo y encantóle de tal guisa, que no puede morir si el más honrado hombre del reino de Londres no le da un golpe con esta lanza e otro con esta espada. E yo sé que si por vuestra mano no, que el más honrado sois, por otro no puede ser muerto.

—En el nombre de Dios —dijo el Rey— yo quiero ir con vos.

E mandó traer sus armas e armóse ahína, e cabalgó en su caballo, que él mucho preciaba, e la doncella le dijo que ciñese la espada que ella traía; y él, dejando la suya, que era la mejor del mundo, tomó la otra y echó su escudo al cuello. E la doncella le llevó el yelmo e la lanza pintada, e fuése con ella, defendiendo a todos que ninguno fuese tan osado que tras él pensase de ir.

E así andovieron un rato por la carrera; mas la doncella gela hizo dejar, e guió por otra parte, cerca de unos árboles e allí vió estar el Rey un caballero todo armado sobre un caballo negro, e al cuello un escudo verde, el yelmo otro tal. La doncella dijo:

—Señor, tomad vuestro yelmo; que vedes allí el caballero que vos dije.

El lo enlazó luego, e tomando la lanza, dijo:

—Caballero soberbio e de mal talante, agora os guardad.

E abajando la lanza, y el caballero la suya, se dejaron correr contra sí cuanto los caballos los podían llevar, e firiéronse de las lanzas en los escudos; así que luego fueron quebradas, e la del Rey quebró tan ligero, que sólo no la sintió en la mano, e cuidó que fallesciera de su golpe, e puso mano al espada, e el caballero a la suya, e firiéronse por cima de los yelmos, e la espada del caballero entró bien la media por el yelmo del Rey, mas la del Rey quebró luego por cabe la manzana, e cayó el fierro en el suelo. Entonces conoció que era traición, y el caballero le comenzó a dar golpes por todas partes a él e al caballo; e cuando el Rey vió que el caballo le mataba fuése a abrazar con él, y el otro asimismo con él, e tiraron por sí tan fuerte, que cayeron en tierra, y el caballero cayó debajo, y el Rey tomó la espada que el otro perdiera de la mano, e comenzóle a dar con ella los mayores golpes que podía. La doncella, que esto vió, dió grandes voces, diciendo:

—¡Ay, Arcalaus!; acorre, que mucho tardas, e dejas morir tu cohermano.

Cuando el Rey así estaba por matar el caballero, oyó un grande estruendo, e volvió la cabeza e vió

diez caballeros que contra él venían corriendo, e uno venía delante, diciendo a grandes voces:

—Rey Lisuarte, muerto eres; que nunca un día reinarás ni tomarás corona en la cabeza.

Cuando esto oyó el Rey fué muy espantado, e temióse de ser muerto, e dijo con gran esfuerzo, que siempre tuvo e tenía:

—Bien puede ser que moriré, pues tanta ventaja me tenéis; mas todos moriréis por mí, como traidores e falsos que sois.

Atacáronlo todos juntos, y aunque Lisuarte se defendió con bravura e hirió a varios de ellos, acabaron por desarmarlo y echarle una gruesa cadena a la garganta, en que había dos ramales, e ficiéronle cabalgar en un palafrén; e tomándole sendos caballeros por los ramales, comenzáronse de ir con él; e llegando entre los árboles, en un valle hallaron a Arcalaus, que tenía a Oriana e a la doncella de Denamarca; y el caballero que iba ante el Rey, dijo:

—Cohermano, vedes aquí el rey Lisuarte.

—Cierto —dijo él—; buena venida fué ésta, e yo haré que nunca dél tema ni de los de su casa.

—¡Ay, traidor! —dijo el Rey—; bien sé yo que harías tú toda traición.

Así movieron todos de consuno por aquella carrera, que se partía en dos lugares, e Arcalaus llamó a un su doncel e díjole:

—Vete a Londres cuanto pudieres, e di a Barsi-

nán que se trabaje de ser rey, que yo le terné lo que le dije; que todo es ya a punto.

El doncel se fué luego, e Arcalaus dijo a su compaña:

—Id vos a Daganel con diez caballeros destos, e llevad a Lisuarte e metedlo en la mi cárcel, e yo llevaré a Oriana con estos cuatro, e mostrarle he donde tengo mis libros e mis cosas en Monte-Aldín.

Este era de los más fuertes castillos del mundo; pues allí fueron partidos los diez caballeros con el Rey, e los cinco con Oriana, en que iba Arcalaus, dando a entender que su persona valía tanto como cinco caballeros.

CAPITULO UNDECIMO

LA LIBERTAD DE ORIANA

Veniendo Amadís e Galaor por el camino de Londres, siendo a dos leguas de la ciudad, vieron venir a Ardian el enano cuanto más el rocín lo podía llevar. *El cual* llegó a ellos e contóles todas las nuevas cómo llevaban a Oriana.

—¡Ay, santa María, val! —dijo Amadís—; ¿e por dónde van los que la llevan?

—Cabe la villa es el más derecho camino —dijo el enano.

Amadís firió al caballo de las espuelas, e comenzó

de ir cuanto más podía, así tollido, que solamente no podía hablar a su hermano, que iba en pos dél. Así pasaron entrambos cabe la villa de Londres cuanto los caballos los podían llevar, que sólo no cataban por nada, sino Amadís, que preguntaba a los que veía por dónde llevaban a Oriana, y ellos gelo mostraban.

Pasando Gandalín por so las finiestras donde estaba la Reina e otras muchas mujeres, la Reina lo llamó e díjole:

—Di a *tu señor* e a Galaor que el Rey se fué de aquí hoy en la mañana con una doncella, e no tornó, ni sabemos dónde lo llevó.

Gandalín fuése cuanto más pudo, *hasta reunirse con su señor*. E a poco rato encontraron unos leñadores, e aquellos vieran toda la aventura del Rey e de Oriana; mas no sopieron quién eran, ni a ellos se osaron allegar; antes se escondieron en las matas más espesas, e el uno dellos dijo:

—Caballeros, ¿venís vos de Londres?

—E ¿por qué lo preguntáis? —dijo Galaor.

—Porque si ha de allá caballero menos o doncella —dijo él—; que nos vimos aquí una aventura.

Entonces les dijeron cuanto vieran de Oriana e del Rey, y ellos conocieron luego que el Rey fuera preso a traición; e díjoles Amadís:

—¿Sabéis quién eran, e quién prendió a ese rey?

—No —dijo él—, mas oí a la doncella que lo aquí trajo llamar a grandes voces a Arcalaus.

—¡Ay, Señor Dios! —dijo Amadís—, plega a vos de me juntar con aquel traidor.

Los villanos les fueron mostrar por dónde llevaron los diez caballeros al Rey, e los cinco a Oriana, e dijo el villano:

—El uno de los cinco era el mejor caballero que nunca vi.

—¡Ay! —dijo Amadís—, aquel es el traidor de Arcalaus.

E dijo a Galaor:

—Hermano, señor, id vos en pos del Rey, e Dios guíe a mí e a vos.

E firiendo el caballo de las espuelas, se fué por aquella vía, e Galaor por la que al Rey llevaban, a cuanto más andar podían.

Partido Amadís de su hermano, cuitóse tanto de andar, que cuando el sol se quería poner le cansó el caballo, tanto, que de paso no lo podía sacar; e yendo con mucha congoja, vió a la mano diestra cabe una carrera un caballero muerto, y estaba cabe él un escudero que tenía por la rienda un gran caballo. Amadís se llegó a él e díjole:

—Amigo, ¿quién mató ese caballero?

—Matóle —dijo el escudero— un traidor que acá va, e lleva las más hermosas doncellas del mundo forzadas; matóle, no por otra razón sino por le preguntar quién eran, e yo no puedo haber quien me ayude a lo llevar de aquí.

Amadís le dijo:

—Yo te dejaré este mi escudero que te ayude, e dame ese caballo; e prométote de darte dos caballos mejores por él.

El escudero gelo otorgó. Amadís subió en el caballo, que era muy hermoso, e partiendo de allí, comenzó de se ir por el camino cuanto podía; e hallóse ya cerca del día en un valle donde vió una ermita, e fué allá por saber si moraba hi alguno; e hallando un ermitaño, le preguntó si pasaran por allí cinco caballeros que llevaban dos doncellas.

—Señor —dijo el hombre bueno—, no pasaron que los yo viese; mas ¿vistes vos un castillo que allá queda?

—No —dijo Amadís—; e ¿por qué lo decís?

—Porque —dijo él— agora se va de aquí un doncel mi sobrino, que me dijo que albergara hí Arcalaus el Encantador, e traía unas hermosas doncellas forzadas.

—Por Dios —dijo Amadís—, pues ese traidor busco yo.

—Cierto —dijo el ermitaño—, él ha hecho mucho mal en esta tierra; mas ¿no traéis otra ayuda?

—No —dijo Amadís—, sino la de Dios.

—Señor —dijo el ermitaño—, ¿no decís que son cinco, e Arcalaus, que es el mejor caballero del mundo e más sin pavor?

—Sea él cuanto quisiere —dijo Amadís—; que él es traidor e soberbio, e así lo serán los que le aguardan, e por esto no les dudaré. Ruégovos que me ha-

yáis mientes en vuestras oraciones, e mostradme el camino que al castillo guía.

El hombre bueno gelo mostró, e Amadís anduvo tanto, que llegó a él, e vió que había el muro alto e las torres espesas; e llegóse a él, mas no oyó hablar a ninguno dentro, e plúgole, que bien cuidó que Arcalaus no sería aún salido, e anduvo el castillo al rededor, e vió que no había más de una puerta.

Entonces se tiró afuera entre unas peñas, e apeándose del caballo, tomóle por la rienda y estuvo quedo, teniendo siempre los ojos en la puerta, como aquel que no había sabor de dormir. A esta sazón rompía el alba, e cabalgando en su caballo tiróse más afuera por un valle; que hobo recelo, si visto fuese, de poner sospecha que no saldrían los del castillo, cuidando ser más gente, e subió en un otero cubierto de grandes y espesas matas. No tardó mucho que vió salir a Arcalaus e sus cuatro compañeros muy bien armados, y entre ellos la muy hermosa Oriana, e dijo:

—¡Ay, Dios!; agora e siempre me ayude e me guíe en su guarda.

Oriana iba diciendo:

—Amigo señor, ya nunca os veré, pues que ya se me llega la mi muerte.

Amadís decendiendo del otero lo más ahína que él pudo, entró con ellos en un gran campo e dijo:

—¡Ay, Arcalaus traidor!; no te conviene llevar tan buena señora.

Oriana, que la voz de su amigo conoció, estremecióse toda; mas Arcalaus e los otros se dejaron a él correr, y él a ellos, e firió a Arcalaus, que delante venía, tan duramente, que lo derribó en tierra por sobre las ancas del caballo, e los otros le firieron, e dellos fallecieron de sus encuentros; e Amadís pasó por ellos, e tornando muy presto su caballo, firió al señor del castillo, que era uno dellos, de tal guisa que el fierro y el fuste de lanza le salió de la otra parte, e cayó luego muerto, e fué la lanza quebrada. Después metió mano a la espada, e dejóse ir a los otros, e metióse entre ellos tan bravo e con tanta saña, que por maravilla era los golpes que les daba; e así le crecía la fuerza y el ardimiento en andar valiente e ligero, que le parecía, si el campo todo fuese lleno de caballeros, que le no podían durar e defender ante la su buena espada.

Haciendo estas maravillas que oídes, dijo la doncella de Denamarca contra Oriana:

—Señora, acorrida sois, pues aquí es el caballero bienaventurado, e mirad las maravillas que hace.

Oriana dijo entonces:

—¡Ay, amigo! Dios vos ayude e guarde; que no hay otro en el mundo que nos acorra ni más valga.

El escudero que la tenía el rocín, poniéndola en tierra, se fué huyendo cuanto más pudo. Amadís, que entre ellos andaba, trayéndolos a su voluntad, dió al uno un tal golpe en el brazo, que gelo derribó en tierra; éste comenzó de huír, dando voces

con la rabia de la muerte, e fué para otro que ya el yelmo de la cabeza le derribara, e hendióle hasta el pescuezo. Cuando el otro caballero vió tal destruición en sus compañeros, comenzó de huír cuanto más podía. Amadís, que movía en pos dél, oyó dar voces a su señora, e tornando presto, vió a Arcalaus, que ya cabalgara, e que tomando a Oriana por el brazo, la pusiera ante sí, e se iba con ella cuanto más podía. Amadís fué en pos dél sin detenencia ninguna, e alcanzólo por aquel gran campo; e alzando la espada por lo herir, sufrióse de le dar gran golpe, que la espada era tal, que cuidó que mataría a él e a su señora; e dióle por cima de las espaldas, que no fué de toda su fuerza; pero derribóle un pedazo de la loriga e una pieza del cuero de las espaldas.

Entonces dejó Arcalaus caer en tierra a Oriana por se ir más ahina, que se temía de muerte; y su caballo comenzó de correr de tal forma, que en poca de hora se alongó gran pieza. Amadís, comoquiera que lo mucho desamase e desease matar, no fué más adelante por no perder a su señora, e tornóse donde ella estaba; e descendiendo de su caballo, se le fué fincar de hinojos delante e le besó las manos, diciendo:

—Agora haga Dios de mí lo que quisiere; que nunca, señora, os cuidé ver.

Ella estaba tan espantada, que le no podía hablar, e abrazóse con él, que gran miedo había de los ca-

balleros muertos que cabe ella estaban. E así estando, como oís, sentado Amadís cabe su señora, que no tenía esfuerzo para se levantar, llegó Gandalín, que toda la noche andoviera, e había dejado el caballero muerto en una ermita, con que gran placer hobieron, *y tomando los caballos de los caballeros vencidos se pusieron todos camino de Londres.*

CAPITULO DUODECIMO

LAS PROEZAS DE DON GALAOR

Partido don Galaor de Amadís, su hermano, como ya oístes, entró en el camino por donde llevaban al Rey, e cuidóse de andar cuanto más pudo, como aquel que había grande cuita de los alcanzar; e no tenía mientes en cosa que viese sino en su rastro; e así anduvo hasta hora de vísperas, que entró en un valle, e halló en él la huella de los caballos donde habían parado. Entonces siguió aquel rastro cuanto el caballo lo podía llevar, que le pareció que no podían ir lueñe; mas no tardó mucho que vió ante sí un caballero todo bien armado en un buen caballo, que a él salió e le dijo:

—Estad, señor caballero, e decidme qué cuita os hace así correr.

—Por Dios —dijo Galaor—, dejadme de vuestra pregunta, que me detengo con vos, en que mucho mal puede venir.

—¡Por santa María! —dijo el caballero—, no pasaréis de aquí hasta que me lo digáis o vos combatáis comigo.

E Galaor no hacía en esto sino irse; y el caballero del valle le dijo:

—Cierto, caballero, vos fuídes habiendo hecho algún mal, e agora vos guardad, que saberlo quiero.

Entonces fué a él con su lanza bajada, y el caballo al más correr. E Galaor que el caballo más diestro traía, guardóse del encuentro, *echándose a un lado,* e no hacía sino ir adelante cuanto podía andar. El caballero, que su caballo tan presto tener no pudo, cuando tornó vió que Galaor se le había alongado gran pieza, e dijo:

—Si me Dios ayude, no me vos iréis así.

Y él, que sabía bien la tierra, tomó por un atajo e fuésele poner en un paso.

Galaor, que lo vió, mucho le pesó, y el caballero le dijo:

—Cobarde, malo, sin corazón; agora escoged de tres cosas cual quisierdes: o que os combatáis, o vos tornad, o me decid lo que os pregunto.

—De cualquier me pesa —dijo Galaor—, mas no hacéis como cortés, que yo no me tornaré, e si me combatiere, no será a mi placer; mas si queréis saber la priesa que llevo, seguidme y verlo heis, porque me deternía mucho en vos lo contar, e a la cima no me creeríades; tanto es de mala ventura.

—En el nombre de Dios —dijo el caballero—

agora pasad, e dígovos que no iréis este tercero día sin mí.

Galaor pasó adelante, y el caballero en pos dél. *Por el camino toparon con otro caballero, que resultó pariente del que venía siguiendo a don Galaor, a quien dió aquél cuenta de lo que con don Galaor le venía sucediendo, y acordaron irse los dos en su seguimiento.* A esta hora era ya cerca de la noche. Galaor entró en una floresta, e con la noche perdió el rastro, e no sabía a cuál parte ir. Estonces comenzó a pedir merced a Dios que lo guiase e anduvo escuchando de un cabo y de otro por unos valles, mas no oía nada. *Descansó con unos arrieros parte de la noche y al alba* fuése derecho a un otero alto, e desde allí comenzó de mirar la tierra a todas partes. Estonces los dos cohermanos *que lo seguían* vieron a Galaor, e conociéronlo en el escudo, e fueron contra él; mas ellos, en moviendo, viéronlo decender del otero cuanto su caballo lo podía llevar, y el *uno* dijo:

—Ya nos vió e fuye; cierto, yo cuido que por alguna mala ventura anda así fuyendo y encubriéndose; vayamos tras él.

Mas don Galaor, que muy lejos de su cuidar estaba, viera ya pasar los caballeros un paso que a la salida de la floresta había, e los cinco pasaban adelante, e los otros cinco después, y en medio dellos iban hombres desarmados, y él cuidó que aquellos eran los que al Rey llevaban, e fué contra ellos tal como

aquel que ya su muerte por salvar la vida ajena tenía ofrecido; e seyendo cerca dellos, vió al Rey metido en la cadena, e hobo dél tal pesar, que no dudando la muerte, se dejó correr a los cinco que delante venían e dijo:

—¡Ay, traidores! Por vuestro mal posistes mano en el mejor hombre del mundo.

E los cinco vinieron contra él; mas él hirió al primero por los pechos en guisa que el fierro con un pedazo de la asta le salió a las espaldas, e dió con él muerto en tierra; e los otros le firieron tan fuerte, que el caballo ficieron con él hinojar, y el uno le metió la lanza por entre el pecho y el escudo, e perdiéndola, la tomó Galaor, e fué herir al otro con ella en la cuxa de la pierna, e falsóle el arnés e la pierna, y entró la lanza por el caballo; así que el caballero fué tollido e allí quebró la lanza, e poniendo mano a la espada vió venir todos los otros contra sí, y él se metió entre ellos tan bravo, que no ha hombre que de verlo no se espantase cómo podía sofrir tantos y tales golpes como le daban; y estando en esta gran priesa y peligro, por ser los caballeros muchos, quísole Dios acorrer con los dos cohermanos que lo seguían, que cuando así lo vieron mucho fueron maravillados de tan gran bondad de caballero, e dijo el que en pos dél iba:

—Cierto, sin razón culpábamos aquél de cobarde, e vámosle socorrer en tan gran priesa.

—¿Quién haría al —dijo el otro— sino acorrer al

mejor caballero del mundo? Y no creáis que tantos hombres acomete sino por algún gran hecho.

Entonces se dejaron ir a gran correr de los caballos, e fuéronlos ferir muy bravamente, como aque-

llos que eran muy esforzados e sabidores de aquel menester, e dígovos que el primero había nombre Ladasín el Esgremidor y el otro don Guilán el Cuidador. A esta sazón había ya menester Galaor mucho su ayuda; que el yelmo había tajado por muchos lugares e abollado, y el arnés roto por todas partes, y el caballo llagado, que cerca andaba de caer; mas por eso no dejaba él de hacer maravillas e dar tan grandes golpes a los que alcanzaba, que a duro lo

osaban atender; e cuidaba que si su caballo no le falleciese, que le no durarían, que a la fin no los matase; mas seyendo llegados los dos cohermanos, como ya oístes, estonces se le paraba a él mejor el pleito; que ellos se combatían tan bien e con tan gran esfuerzo, que él se maravilló mucho; e fué tan grande la priesa que les dió, e los cohermanos en su ayuda, que en poca de hora fueron todos muertos e vencidos.

Cuando esto vió el cohermano de Arcalaus dejóse ir al Rey por lo matar; e como los que con él estaban fuyeran todos, él decendiera del palafrén así con su cadena a la garganta, e tomara un escudo e la espada del caballero que primero murió. El otro le quiso ferir por cima de la cabeza. El Rey alzó el escudo, donde rescibió el golpe, e fué tal, que la espada entró por el brocal bien un palmo, e alcanzó con la punta della al Rey en la cabeza, e cortóle el cuero e la carne fasta el hueso; mas el Rey le dió al caballo en el rostro con la espada tal golpe, que la no pudo sacar, y el caballo enarmonóse e fué caer sobre el caballero. Galaor, que ya estaba a pie, porque el su caballo no se podía mudar, e iba por socorrer al Rey, fué para el caballero por le tajar la cabeza, y el Rey dió voces que le no matase. Los dos cohermanos que fueran tras un caballero que se les iba e lo habían muerto, cuando volvieron e vieron al Rey mucho fueron espantados; que de su prisión no sabían ninguna cosa, e decendieron ahína,

e tirados los yelmos, fueron fincar los hinojos ante él, y él los conoció, e levantándolos por las manos, dijo:

—Por Dios, amigos, en buena hora me acorristes.

Don Galaor sacó al primo de Arcalaus de so el caballo, e quitando la cadena al Rey, la puso a él; e tomaron de los caballos de los caballeros muertos e comenzáronse de ir camino de Londres muy alegres, *donde también había fracasado totalmente la intriga de Arcalaus, costándole la vida a Barsinan.*

LIBRO SEGUNDO

BELTENEBRÓS

CAPITULO PRIMERO

LA ÍNSOLA FIRME

De allí a algún tiempo, regresando Amadís con Agrajes, don Galaor y don Florestán, hijo también del rey Perión de Gaula, de restablecer en el trono del reino de Sobradisa a la hermosa niña Briolanja, que traidoramente había sido desposeída de él por un pariente suyo, hallaron en despoblado una doncella, acompañada de criadas y escuderos, la cual les preguntó adónde era su camino. Amadís le dijo:

—Doncella, a casa del rey Lisuarte imos, e si allá vos place ir, acompañar vos hemos.

—Mucho vos lo agradezco —dijo ella—, mas yo voy a otra parte, e porque vos vi andar así armados como los caballeros que las aventuras demandan, acordé de os atender si querría ir alguno de vosotros a la Insola Firme por ver las extrañas cosas e ma-

ravillas que hí son, que yo allá voy, e soy fija del gobernador que agora la ínsola tiene.

—¡Oh santa María! —dijo Amadís—; por Dios, muchas veces oí decir de las maravillas de esa ínsola, et por dichoso me ternía de las ver, e hasta agora no se me aparejó.

—Buen señor, no os pese por lo haber tardado —dijo ella—, que otros muchos tovieron ese deseo, e cuando lo pusieron en obras no salieron de allí tan alegres como entraron.

—Verdad decís —dijo él—, según lo que dende he oído; mas decidme: ¿Rodearíamos mucho de nuestro camino si por ende fuésemos?

—Rodearíades dos jornadas —dijo la doncella.

Entonces movieron todos cuatro juntos con la doncella camino de la Insola Firme.

El sabio Apolidón, hijo de un rey de Grecia, había vivido allí largos años en la mayor felicidad, con su esposa Grimanesa. Al cabo, siendo él elegido emperador, hubieron de dejar, con gran pena, la ínsola en que tan dichosos habían sido, tan bellos edificios habían hecho y tan grandes riquezas habían acumulado; mas Grimanesa, habiendo gran mancilla que una cosa tan señalada como lo era aquella ínsola, donde tales y tan grandes cosas quedaban, poseída por aquel su grande amigo, el mejor caballero en armas que en el mundo se hallaba, e por ella, que por el semejante sobre todas las de su tiempo su gran hermosura loada era; e junto con esto ser

amados de sí mesmos en la mesma perfeción que del amor alcanzar se puede, rogó a Apolidón que antes de su partida dejase allí, por su gran saber, cómo en los venideros tiempos aquel lugar señoreado no fuese sino por persona que así en fortaleza de armas como en lealtad de amores y de sobrada fermosura a ellos entrambos pareciese.

Apolidón le dijo:

—Mi señora, pues que así os place, yo lo haré de guisa que de aquí ningún señor ni señora ser pueda sino aquellos que más señalados en lo que habéis dicho sean.

Entonces hizo un arco a la entrada de una huerta en que árboles de todas naturas había, e otrosí había en ella cuatro cámaras ricas de extraña labor, y era cercada de tal forma, que ninguno a ella podía entrar sino por debajo del arco; encima dél puso una imagen de hombre de cobre, y tenía una trompa en la boca como que quería tañer; e dentro en el un palacio de aquellos puso dos figuras a semejanza suya y de su amiga, tales que vivas parecían, las caras propriamente como las suyas y su estatura, y cabe ellas una piedra jaspe muy clara; e fizo poner un padrón de fierro de cinco codos en alto a un medio trecho de ballesta en un campo grande que ende era, e dijo: "De aquí adelante no pasará ningún hombre ni mujer si hobieren errado a aquellos que primero comenzaron a amar, porque la imagen que vedes tañerá

aquella trompa con son tan espantoso a fumo e llamas de fuego, que los fará ser tollidos, e así como muertos serán deste sitio lanzados; pero si tal caballero o dueña o doncella aquí vinieren que sean dignos de acabar esta aventura por la gran lealtad suya, como ya dije, entrarán sin ningún entrévalo, e la imagen hará tan dulce són, que muy sabroso sea de oír a los que lo oyeren; y éstos verán las nuestras imágines, e sus nombres escriptos en el jaspe, que no sepan quién los escribe." E tomándola por la mano a su amiga, la fizo entrar debajo del arco, e la imagen fizo el dulce són, e mostróle las imágines e sus nombres dellos en el jaspe escriptos. E saliéndose fuera, hobo Grimanesa gana de lo facer probar, e mandó entrar algunas dueñas e doncellas suyas, mas la imagen fizo el espantoso són con gran fumo e llamas de fuego; luego fueron tollidas sin sentido alguno e lanzadas fuera del arco, e los caballeros por el semejante; de que Grimanesa, seyendo cierta sin peligro ser, con mucho placer dellos se reía, gradeciendo mucho a su amado amigo Apolidón aquello que tanto en satisfación de su voluntad había hecho, e luego le dijo:

—Mi señor, pues ¿qué será de aquella rica cámara en que tanto placer y deleite hobimos?

—Agora —dijo él— vamos allá, e veréis lo que hi faré.

Entonces se fueron donde la cámara era, e Apo-

lidón mandó traer dos padrones, uno de piedra e otro de cobre, y el de piedra hizo poner a cinco pasos de la puerta de la cámara, y el de cobre otros cinco más desviado; e dijo a su amiga:

—Agora sabed que en esta cámara no puede hombre ni mujer entrar en ninguna manera ni tiempo fasta que aquí venga tal caballero que de bondad de armas me pase, ni mujer si a vos de hermosura no pasare; pero si tales vinieren que a mí de armas e a vos de hermosura venzan, sin estorbo alguno entrarán.

E puso unas letras en el padrón de cobre que decían: "De aquí pasarán los caballeros en que gran bondad de armas hobiere; cada uno según su valor, así pasarán adelante." E puso otras letras en el padrón de piedra que decían: "De aquí no pasará sino el caballero que de bondad de armas a Apolidón pasará." Y encima de la puerta de la cámara puso unas letras que decían: "Aquel que me pasare de bondad entrará en la rica cámara y será señor desta ínsola; e así llegarán las dueñas e doncellas; así que, ninguna entrará dentro si a vos de hermosura no pasare." E hizo con su sabidoría tal encantamento, que con doce pasos al derredor ninguno a la cámara llegar podía, ni tenía otra entrada sino por la vía de los padrones que habeis oído, e mandó que en aquella ínsola hobiese un gobernador que la rigiese e cogiese las rentas della, y fuesen guardadas para aquel caballe-

ro que ventura hobiese de entrar en la cámara e fuese señor de la ínsola; e mandó que los que falleciesen en lo del arco de los amadores que sin les hacer honra los echasen fuera, e a los que lo acabasen los sirviesen; e dijo más, que los caballeros que la cámara probasen e no podiesen entrar al padrón de cobre, que dejasen allí las armas, e los que algo del padrón pasasen, que no les tomasen sino las espadas, e los que al padrón de mármol llegasen que no les tomasen sino los escudos; e si tales viniesen que deste padrón pasasen e no podiesen entrar, que les tomasen las espuelas; e a las doncellas e dueñas que no les tomasen cosa, salvo que diciendo sus nombres los pusiesen en la puerta del castillo, señalando a do cada una había llegado, e dijo:

—Cuando esta isla hobiere señor se desfará el encantamento para los caballeros, que libremente podrán pasar por los padrones y entrar en la cámara; pero no lo será para las mujeres fasta que venga aquella que por su gran hermosura la aventura acabará, e albergare dentro en la rica cámara con el caballero que el señorío habrá ganado.

Esto así hecho, Apolidón e Grimanesa, dejando a tal recaudo la Insola Firme como oído habéis, en sus naos partieron dende e pasaron en Grecia, donde fueron emperadores e hobieron hijos que en el imperio después de sus días sucedieron.

CAPITULO SEGUNDO

EL ARCO DE LOS LEALES AMADORES

Volvamos ahora a Amadís y sus acompañantes que con la doncella y el gobernador, que había salido a recibirlos, se fueron al castillo por donde toda la ínsola se mandaba, que no era sino aquella entrada, que sería una echadura de arco de tierra firme, todo lo al estaba de la mar rodeado, aunque en la ínsola había siete leguas en largo e cinco en ancho; e por aquello que era ínsola, e por lo poco que de tierra firme tenía, llamáronla Insola Firme.

Pues allí llegados, entrando por la puerta, vieron un gran palacio las puertas abiertas e muchos escudos en él, puestos en tres maneras, que bien ciento dellos estaban acostados a unos poyos, e sobre ellos algunos estaban más altos, y en otro poyo sobre los diez estaban dos, y el uno dellos estaba más alto que el otro más de la meitad. Amadís preguntó que por qué los pusieron así, e dijéronle que así era la bondad de cada uno cuyos los escudos eran, que en la cámara defendida quisieron entrar; e los que no llegaron al padrón de cobre estaban los escudos en tierra y los diez que llegaron al padrón estaban más altos, y de aquellos dos el más bajo pasó por el padrón de cobre, mas no pudo

llegar al otro; y el que estaba más alzado llegó al padrón de mármol, que no pasó más adelante.

Desque Amadís vió los escudos mucho dudó aquella aventura, pues que tales caballeros no la acabaron. E salieron del palacio e fueron al arco de los leales amadores, y llegando al sitio que la entrada defendía, Agrajes, *que estaba muy enamorado de una gentil doncella llamada Olinda,* se llegó al mármol, y decendiendo de su caballo e encomendándose a Dios, dijo:

—Amor, si vos he sido leal, membradvos de mí.

E pasó el marco, y llegando so el arco, la imagen que encima estaba comenzó un són tan dulce, que Agrajes y todos los que lo oían sentían gran deleite; y llegó al palacio donde las imágines de Apolidón y de Grimanesa estaban, que no les pareció sino propiamente vivas; e miró el jaspe e vió allí dos nombres escriptos, y el suyo.

Entrando Agrajes, como oís, so el arco de los leales amadores, Amadís dió su caballo e sus armas a su escudero Gandalín, e fuése adelante lo más presto que él pudo sin temor ninguno, como aquel que sentía no haber errado a su señora, no solamente por obra, mas por el pensamiento; e como fué so el arco, la imagen comenzó a facer un són mucho más diferenciado en dulzura que a los otros hacía, e por la boca de la trompa lanzaba flores muy fermosas, que gran olor daban, e caían en el campo muy espesas; así que nunca a caba-

llero que allí entrase fué lo semejante hecho, e pasó donde eran las imágines de Apolidón e Grimanesa, e con mucha afición las estovo mirando, paresciéndole muy hermosas e tan frescas como si vivas fuesen.

Don Galaor e Florestán, que de fuera los atendían, viendo que tardaban, acordaron de ir a ver la cámara defendida, *y, llegados a ella, don Florestán,* encomendándose a Dios, e poniendo su escudo delante, e la espada en la mano, fué adelante, y entrando en lo defendido, sintióse herir de todas partes con lanzas y espadas de tan grandes golpes e tan espesos, que le semejaba que ningún hombre lo podría sofrir; mas como él era fuerte e valiente de corazón, no quedaba de ir adelante firiendo con su espada a una e a otra parte, e parescíale en la mano que fería hombres armados, y que la espada no cortaba; así pasó el padrón de cobre y llegó fasta el de mármol, e allí cayó, e no pudo ir más adelante, tan desapoderado de toda su fuerza, que no tenía más sentido que si muerto fuese; e luego fué lanzado fuera del sitio, como lo facían a los otros. Don Galaor, que así lo vió, hobo dél mucho pesar, *pero también él quiso probar la cámara defendida;* tomó sus armas, y encomendándose a Dios, fuése contra la puerta de la cámara, e luego le firieron de todas partes de muy duros e grandes golpes, e con gran cuita llegó al padrón de mármol e abrazóse con él, y detóvose un poco; mas cuanto

un paso dió adelante fué tan cargado de golpes, que no lo pudiendo sofrir, cayó en tierra, así como don Florestán, con tanto desacuerdo, que no sabía si era muerto ni si vivo; e luego fué lanzado fuera, así como los otros.

Amadís e Agrajes, que gran pieza habían andado por la huerta, tornáronse a las imágines, e vieron allí en el jaspe su nombre escripto, que decía: "Este es Amadís de Gaula, el leal enamorado, fijo del rey Perión de Gaula." E así estando leyendo las letras con gran placer, llegó al marco el enano dando voces, e dijo:

—Señor Amadís, acorred, que vuestros hermanos son muertos.

E como esto oyó, salió de allí presto, e Agrajes tras él, y preguntando al enano qué era lo que decía, dijo:

—Señor, probáronse vuestros hermanos en la cámara e no la acabaron, y quedaron tales como muertos.

Agrajes, como era de gran corazón, al mayor paso que pudo se fué con su espada en la mano contra la cámara, firiendo a una e a otra parte; mas no bastó su fuerza de sofrir los golpes que le dieron, e cayó entre el padrón de cobre y el de mármol, e atordido como los otros, lo llevaron fuera.

Amadís comenzó a maldecir la venida que allí ficieran, e díjole a don Galaor, que ya cuasi en su acuerdo estaba:

—Hermano, no puedo excusar mi cuerpo de lo no poner en el peligro que los vuestros.

Galaor lo quisiera detener, mas él tomó presto sus armas e fuése adelante, rogando a Dios que le ayudase; e cuando llegó al lugar defendido paró un poco e dijo:

—¡Oh mi señora Oriana! De vos me viene a mí todo el esfuerzo e ardimiento; membradvos, señora, de mí a esta sazón, en que tanto vuestra sabrosa membranza me es menester.

E luego pasó adelante, e sintióse ferir de todas partes duramente, y llegó al padrón de mármol, e pasando dél, parecióle que todos los del mundo eran a lo ferir, e oía gran ruido de voces como si el mundo se fundiese, e decían:

—Si este caballero tornáis, no hay agora en el mundo otro que aquí entrar pueda.

Pero él con aquella cuita no dejaba de ir adelante, cayendo a las veces de manos, e otras de rodillas; e la espada, con que muchos golpes diera, había perdido de la mano, e andaba colgada de una correa, que no la podía cobrar; así llegó a la puerta de la cámara e vió una mano que le tomó por la suya e lo metió dentro, e oyó una voz que dijo:

—Bien venga el caballero que pasando de bondad a aquel que este encantamento fizo, que en su tiempo par no tovo, será de aquí señor.

Aquella mano le pareció grande e dura, como de

hombre viejo, y en el brazo tenía vestida una manga de jamete verde, e como dentro en la cámara fué, soltóle la mano, que no la vió más, y él quedó des-

cansado e cobrado en toda su fuerza, e quitándose el escudo del cuello y el yelmo de la cabeza, metió la espada en la vaina, e gradeció a su señora Oriana aquella honra que por su causa ganara.

A esta sazón todos los del castillo, que las voces oyeran de cómo le otorgaban el señorío, y le vieron dentro, comenzaron a decir en alta voz:

—Señor, vemos complido, a Dios loor, lo que tanto deseado teníamos.

Los hermanos, que más acordados eran e vieron cómo Amadís acabara lo que todos habían faltado, fueron alegres por el gran amor que le tenían; e como estaban se mandaron llevar a la cámara, y el gobernador con todos los suyos llegaron a Amadís e por señor le besaron las manos. Cuando vieron las cosas extrañas que dentro de la cámara había de labores e riquezas, fueron espantados de lo ver; mas no era nada con un apartamiento que allí se facía donde Apolidón e su amiga albergaban; que este era de tal forma, que no solamente ninguno podría alcanzar a facerlo, mas ni entender cómo facerse podría; y era de tal forma, que estando dentro, podían ver claramente lo que de fuera se ficiese, e los de fuera por ninguna guisa no verían nada de los de dentro. Allí estovieron todos una gran pieza con gran placer los caballeros, porque en su linaje hobiese tal caballero que pasase de bondad a todos los del mundo presentes e cien años a zaga; los de la Insola por haber cobrado tal señor, con quien esperaban ser bienaventurados. Isanjo, el gobernador, dijo a Amadís:

—Señor, bien será que comáis e descanséis, e mañana serán aquí todos los hombres buenos de la tierra e vos harán homenaje, recibiéndovos por señor.

Con esto se salieron, y entrados en un gran palacio, comieron de aquello que aderezado estaba; e folgando aquel día, luego el siguiente vinieron

allí asonados todos los más de la ínsola con grandes juegos e alegrías; quedando ellos por sus vasallos, tomaron a Amadís por su señor con aquellas seguridades que en aquel tiempo e tierra se acostumbraban.

CAPITULO TERCERO

LOS CELOS DE ORIANA

Ardián el enano, que, como todos, ignoraba por completo los amores de su señor con Oriana, habíale dicho a la princesa, al tiempo de partir para Sobradisa, que Amadís iba a aquel reino con objeto de casarse con la hermosa niña Briolanja, luego de reponerla en el trono. Oriana, oídas estas palabras, a pesar de las advertencias de Mabilia y de la Doncella de Denamarca, sus consejeras, no pudo menos de escribir la siguiente carta:

CARTA QUE LA SEÑORA ORIANA ENVÍA A SU AMANTE AMADÍS

"Mi rabiosa queja, acompañada de sobrada razón, da lugar a que la flaca mano declare lo que el triste corazón encobrir no puede contra vos el falso y desleal caballero Amadís de Gaula; pues ya es conoscida la deslealtad e poca firmeza que contra mí, la más desdichada y menguada de ven-

tura sobre todas las del mundo, habéis mostrado, mudando vuestro querer de mí, que sobre todas las cosas vos amaba, poniéndole en aquella que, según su edad, para la amar ni conoscer su discreción basta; e pues otra venganza mi sojuzgado corazón tomar no puede, quiero todo el sobrado y mal empleado amor que en vos tenía apartarlo. ¡Oh qué mal empleé e sojuzgué mi corazón, que en pago de mis sospiros e pasiones, burlada y desechada fuese! E pues este engaño es ya manifiesto, no parezcáis ante mí ni en parte donde yo sea; porque sed cierto que el muy encendido amor que vos había es tornado, por vuestro merescimiento, en muy rabiosa e cruel saña; e con vuestra quebrantada fe e sabios engaños id a engañar otra cativa mujer como yo, que así me vencí de vuestras engañosas palabras, de las cuales ninguna salva ni excusa serán recebidas; antes, sin vos ver, plañiré con mis lágrimas mi desastrada ventura e con ellas daré fin a mi vida, acabando mi triste planto."

Acabada la carta, cerróla con sello de Amadís muy conocido, e puso en el sobrescrito: "Yo soy la doncella ferida de punta de espada por el corazón, e vos sois el que me feristes." E fablando en gran secreto con un doncel que Durín se llamaba, hermano de la doncella de Denamarca, le mandó que no holgase fasta *que hallara* a Amadís, e aquella carta le diese.

El Doncel, siguiendo los pasos de Amadís, llegó

a la Insola Firme cuando el caballero tomaba posesión de ella de la gloriosa manera que sabéis, y fué testigo de cómo todos sus moradores le rendían vasallaje. Después procuró verse a solas con el nuevo señor de la isla y le entregó lo que para él traía.

Amadís tomó la carta, e aunque su corazón grande alegría sintiese con ella, temiendo que Durín nada de su secreto sabía, encubrió lo más que pudo; y la tristeza no pudo facer, que habiendo leído las fuertes e temerosas palabras que en ella venían, no bastó el esfuerzo ni el juicio que claramente no mostrase ser llegado a la cruel muerte, con tantas lágrimas, con tantos sospiros, que no parecía sino ser hecho pedazos su corazón, quedando tan desmayado e fuera de sentido, como si el ánima ya de las carnes partida fuera. Durín, que mucho sin sospecha desto estaba, cuando aquello vió, llorando muy fuertemente maldecía a sí e a su ventura e a la muerte porque antes que allí llegase no le había sobrevenido.

Amadís, no podiendo estar en pie, sentóse en la yerba que allí estaba, e tomó la carta que se le había de las manos caído, e cuando vió el sobrescripto, su cuita fué tan sin medida, que por una pieza estuvo amorrecido, de que Durín fué muy espantado; mas seyendo ya él recordado, dijo con gran dolor:

—Señor Dios, ¿por qué vos plugo de me dar muerte sin merescimiento?

E después dijo:

—¡Ay lealtad, qué mal galardón dais a aquel que vos nunca faltó! Fecistes a mi señora que me falleciese, sabiendo vos que antes mil veces por la muerte pasaría que pasar su mandado.

E tornando a tomar la carta, dijo:

—Vos sois la causa de la mi dolorosa fin, e porque más cedo me sobrevenga iréis comigo.

E metióla en su seno e dijo a Durín:

—¿Mandáronte otra cosa que me dijeses?

—No —dijo él.

—Pues llevarás mi mandado —dijo Amadís.

—No, señor —dijo él—; que me defendieron que lo no llevase.

—E Mabilia e tu hermana ¿no te dijeron algo que me dijeses?

—No supieron —dijo Durín— de mi venida; que mi señora me mandó que dellas la encobriese.

—¡Ay, santa María, valme! —dijo Amadís—; agora veo que la mi desventura es sin remedio.

Entonces dijo a Durín que llamase a Gandalín e Isanjo, el gobernador, e como él vino díjole:

—Quiero que como leal caballero me prometades que fasta mañana, después que mis hermanos oyeren misa, no diréis ninguna cosa de cuanto agora veréis.

El así lo prometió, e otra tal fianza tomó de aquellos dos escuderos; luego mandó a Isanjo que le ficiese tener secretamente abierta la puerta del cas-

tillo, e Gandalín que sacase sus armas e caballo fuera sin que persona lo sintiese.

A escondidas de todos salió con Isanjo y sus hijos del castillo. Amadís iba sospirando e gimiendo con tanta angustia e dolor, que los que lo veían eran puestos en dolor en así lo ver; e demandando las armas, se armó, e volviéndose a Gandalín, le tomó entre sus brazos llorando fuertemente; e así lo tuvo una pieza sin que hablar le pudiese, e díjole:

—Mi buen amigo Gandalín, yo e tú fuimos en uno e a una leche criados, e nuestra vida siempre fué de consuno, e yo nunca fuí en afán ni en peligro en que tú no hobieses parte; e tu padre me sacó de la mar tan pequeña cosa como desa noche nacido; e criáronme como buen padre e madre a fijo mucho amado; e tú, mi leal amigo, nunca pensastes sino en me servir; e yo, esperando que Dios me daría alguna honra con que algo de tu merescimiento satisfacer podiese, hame venido esta tan gran desaventura, que por más cruel que la propia muerte la tengo, donde conviene que nos partamos, e yo no tengo qué te dejar sino solamente esta ínsola; e mando a Isanjo e a todos los otros, por el homenaje que me tienen fecho, que tanto que de mi muerte sepan te tomen por señor; e como quiera que este señorío tuyo sea, mando que lo gocen tu padre e madre en sus días, e después a ti libre quede.

Gandalín le dijo:

—Señor, nunca vos cuita hobistes en que de vos

yo fuese partido, ni agora lo seré por ninguna cosa; e si vos morierdes, yo no quiero vivir; que después de la vuestra muerte nunca Dios me dé honra ni señorío.

—Cállate, por Dios —dijo Amadís—; no digas tal locura ni me fagas pesar, pues lo nunca feciste, e cúmplase lo que yo quiero.

Despidióse entonces de todos, abrazándoles y diciéndoles:

—A Dios vos encomiendo; que nunca pienso de jamás os ver.

E defendiéndoles que en ninguna manera fuesen en pos dél, puso las espuelas a su caballo sin se le acordar de tomar el yelmo ni escudo ni lanza, e metióse muy presto por la espesa montaña, no a otra parte sino adonde el caballo lo quería llevar, e así anduvo hasta más de la media noche sin sentido ninguno, hasta que el caballo topó en un arroyuelo de agua que de una fuente salía, e con la sed se fué por él arriba hasta que llegó a beber en ella; e dando las ramas de los árboles a Amadís en el rostro, recordó en su sentido, e miró a una e otra parte, mas no vió sino espesas matas, e hobo gran placer, creyendo que muy apartado y escondido estaba; e tanto que su caballo bebió apeóse dél, e atándole a un árbol, se asentó en la yerba verde para facer su duelo; mas tanto había llorado, que la cabeza tenía desvanecida; así que se adormeció.

CAPITULO CUARTO

EL ERMITAÑO

Vagó Amadís, sin tomar alimento ni descanso, por lo más escondido de aquellas montañas, hasta que, de allí a dos días, al caer la tarde, entró en una gran vega que al pie de una montaña estaba, y en ella había dos árboles altos, que estaban sobre una fuente, e fué allá por dar agua a su caballo, que todo aquel día andoviera sin fallar agua; e cuando a la fuente llegó vió un hombre de orden, la cabeza e barbas blancas, e daba beber a un asno, y vestía un hábito muy pobre de lana de cabras. Amadís le saludó, e preguntóle si era de misa; el hombre bueno le dijo que bien había cuarenta años que lo era.

—A Dios merced —dijo Amadís—; agora vos ruego que folguéis aquí esta noche por el amor de Dios, e oírme heis de penitencia, que mucho lo he menester.

—En el nombre de Dios —dijo el buen hombre.

Amadís se apeó e puso las armas en tierra, y desensilló el caballo y dejólo pacer por la yerba, y él desarmóse e fincó los hinojos ante el buen hombre, e comenzóle a besar los pies. El hombre bueno lo tomó por la mano, e alzándolo, lo fizo sentar cabe sí, e vió cómo era el más hermoso caba-

liero que en su vida visto había, pero vióle descolorido, e las faces e los pechos bañados en lágrimas que derramaba, e hobo dél duelo e dijo:

—Decid todos los pecados que se os acordaren.

Amadís así lo fizo, diciéndole toda su facienda, que nada faltó.

El hombre bueno le dijo:

—Según vuestro entendimiento y el linaje tan alto donde venís, no os debríades matar ni perder por ninguna cosa que vos aviniese, cuanto más por fecho de mujeres; e vos consejo que no paréis en tal cosa mientes e vos quitéis de tal locura, que lo fagáis por amor de Dios, a quien no place de tales cosas.

—Buen señor —dijo Amadís—, yo soy llegado a tal punto, que no puedo vivir sino muy poco, e ruégoos por aquel Señor poderoso, cuya fe vos mantenéis, que vos plega de me llevar con vos este poco de tiempo que durare, e habré con vos consejo de mi alma; pues que ya las armas ni el caballo no me facen menester, dejarlo he aquí, e iré con vos de pie, faciendo aquella penitencia que me mandardes.

Y el hombre bueno comenzó de llorar con gran pesar que dél había; así que las lágrimas le caían por las barbas, que eran largas y blancas, e díjole:

—Mi fijo señor; yo moro en un lugar muy esquivo e trabajoso de vivir, que es una ermita metida en la mar bien siete leguas, en una peña muy

alta, y es tan estrecha la peña, que ningún navío a ella se puede llegar sino es en el tiempo del verano; e allí moro yo ha treinta años, e quien allí morare conviénele que deje los vicios e placeres del mundo, e mi mantenimiento es de limosnas que los de la tierra me dan.

—Todo eso —dijo Amadís— es a mi grado, e a mí place de pasar con vos tal vida, esta poca que queda, e ruégovos por amor de Dios que me lo otorguéis.

El hombre bueno gelo otorgó, mucho contra su voluntad, e Amadís le dijo:

—Agora me mandad, padre, lo que faga; que en todo vos seré obediente.

El hombre bueno le dió la bendición, e luego dijo vísperas, e sacando de una alforja pan y pescado, dijo a Amadís que comiese; mas él no lo hacía, aunque pasaran ya tres días que no comiera; él dijo:

—Vos habéis de estar a mi obediencia, e mándoos que comáis; si no, vuestra alma sería en gran peligro si así moriésedes.

Entonces comió, pero muy poco; que no podía de sí partir aquella grande angustia en que estaba; e cuando fué hora de dormir el buen hombre se echó sobre su manto e Amadís a sus pies, que en todo lo más de la noche no hizo, con la gran cuita, sino revolverse e dar grandes sospiros; e ya cansado y vencido del sueño, adormecióse.

A la otra mañana pusiéronse en camino, el ermitaño en su asno y Amadís en su caballo, porque el religioso así se lo mandó. El hombre bueno lo iba mirando, como era tan hermoso y de tan buen talle, e la gran cuita en que estaba, e dijo:

—Yo vos quiero poner un nombre que será conforme a vuestra persona e angustia en que sois puesto; que vos sois mancebo e muy fermoso; e vuestra vida está en grande amargura y en tinieblas; quiero que hayáis nombre Beltenebrós.

Amadís plugo de aquel nombre, e tovo al buen hombre por entendido en gele haber con tan gran razón puesto, e por este nombre fué él llamado en cuanto con él vivió, y después gran tiempo; que no menos que por el de Amadís fué loado, según las grandes cosas que hizo, como adelante se dirá.

Pues fablando en esto y en otras cosas, llegaron a la mar siendo noche cerrada, e fallaron hí una barca en que habían de pasar al hombre bueno a su ermita, y Beltenebrós dió su caballo a los marineros, y ellos le dieron un pelote e un tabardo de gruesa lana parda, y entraron en la barca e fuéronse contra la peña; y Beltenebrós preguntó al buen hombre cómo llamaban aquella su morada, y él cómo había nombre.

—La morada —dijo él— es llamada la Peña Pobre, porque allí no puede morar ninguno sino en gran pobreza, e mi nombre es Andalod, e fuí clérigo asaz entendido, e pasé mi mancebía en muchas

vanidades; *mas después* acordé de me retraer a este logar tan solo, donde ya pasan de treinta años que nunca dél salí sino agora, que vine a un enterramiento de una mi hermana.

Mucho se pagaba Beltenebrós de la soledad y esquiveza de aquel lugar, y en pensar de allí morir recebía algún descanso; así fueron navegando en su barca fasta que a la peña llegaron.

Así como oís fué encerrado Amadís, con nombre de Beltenebrós, en aquella Peña Pobre, metida siete leguas en la mar, desamparando el mundo e la honra e aquellas armas con que en tan grande alteza puesto era, consumiendo sus días en lágrimas y en continuos lloros, no habiendo memoria de *sus hazañas.*

¿Quién podría pintar ahora la desesperación de Oriana cuando supo por su mensajero cómo había pasado Amadís bajo el Arco de los Leales Amadores y conoció lo infundado de sus celos? ¿Quién sabría decir la fuerza de su dolor al describirle Durín el extremado duelo que después de leída la carta de su señora el caballero había hecho y cómo se había marchado solo por las selvas con rumbo incierto, cercano a la muerte?

A punto de perecer estuvo también, con tales nuevas, la enamorada princesa; no encontraban consuelo para ella sus amigas y confidentes. Acordóse por fin que la Doncella de Denamarca partiera en busca de Amadís, con una carta en que su señora

le pedía perdón con muy humildes palabras y le suplicaba que fuera a verla en secreto al castillo de Miraflores, bella posesión de campo, a dos leguas de Londres, que el rey Lisuarte había regalado a su hija Oriana y donde ésta solía pasar algunas temporadas, con sus damas e doncellas.

Los caballeros de la familia de Amadís también salieron a recorrer el mundo en busca de su famoso pariente, pero iban pasando los meses y por ninguna parte se encontraban huellas del desaparecido caballero. Era ya como si hubiera muerto.

CAPITULO QUINTO

LA PEÑA POBRE

La Doncella de Denamarca visitó varios países donde ninguna noticia pudieron darle de Amadís. Regresaba a la Gran Bretaña, muy triste y dolorida, pensando que si no aparecía Amadís era segura la muerte de su señora, cuando fué sorprendida por una gran tormenta y andando por la mar sin gobernalle, sin concierto alguno, perdido de todo punto el tino de los mareantes, no teniendo fiucia alguna en sus vidas, en la fin una mañana al punto del alba, al pie de la Peña Pobre, donde Beltenebrós era, arribaron; la cual fué luego conocida de los de la nave, que algunos dellos sabían ser allí

Andalod, el santo ermitaño que en la ermita suso su vida hacía; lo cual dijeron a la Doncella de Denamarca; y ella, como salida de tal peligro, tornada así de muerte a vida, mandó que suso a la peña

la subiesen; porque oyendo misa de aquel hombre bueno, pudiese a la Virgen María dar gracias de aquella merced que su glorioso Fijo les había hecho.

A esta sazón Beltenebrós estaba *tan enfermo* y era ya su salud tan allegada al cabo, que no esperaba vivir quince días; e del mucho llorar, junto con la su gran flaqueza, tenía el rostro muy des-

carnado e negro, mucho más que si de gran dolencia agraviado fuera; así que, no había persona que conocerlo podiese.

Durante la misa volvió el rostro para donde estaban los navegantes e mirándolos, conoció luego a la Doncella e a Durín, e la alteración fué tan grande, que no podiendo estar en los pies, cayó en el suelo como si muerto fuese. Cuando el ermitaño esto vió pensó que ya estaba en el postrimero punto de su vida, e dijo:

—¡Oh Señor poderoso! ¿Por qué no has querido haber piedad deste que tanto en tu servicio podiera facer?

E las lágrimas le caían en mucha cantidad por las blancas barbas, e dijo:

—Buena doncella, faced a esos hombres que me ayuden a llevar este hombre a su cámara, que entiendo que éste será el postrimero beneficio que facer se le puede.

Entonces Enil e Durín, con el ermitaño, lo llevaron a la casa donde albergaba, e le posieron en una cámara asaz pobre, que por ninguno dellos nunca fué conocido; pues la doncella oyó la misa, e queriéndose ir a comer en tierra, que de la mai muy enojada andaba, acaso preguntó al ermitaño qué hombre era aquel que de tan gran dolencia agraviado era. El hombre bueno le dijo:

—Es un caballero que aquí face penitencia.

—Quiérole ver —dijo la doncella—, pues me de-

cís que es caballero e de las cosas que en la nave trayo le dejaré con que algo pueda ser reparado.

—Faceldo —dijo el buen hombre—; pero entiendo que su muerte, a que tanto llegado es, vos quitará dese cuidado.

La doncella entró sola en la cámara donde Beltenebrós estaba; el cual, pensando qué ficiese, no se sabía determinar; que si se le ficiese conocer, pasaba el mandamiento de su señora, e si no, si aquella que era todo el reparo de su vida de allí se fuese, no le quedaba esperanza ninguna. En la fin, creyendo que muy más duro para él sería enojar a su señora que padecer la muerte, acordó de se le no facer conocer en ninguna manera.

Pues la doncella, llegada cerca de la cama, dijo:

—Buen hombre, del ermitaño he sabido que sois caballero, e porque las doncellas a todos los más caballeros somos muy más obligadas por los grandes peligros que en nuestra defensa se ponen, acordé de os ver e dejar aquí del bastimiento de la nao todo lo que para vuestra salud en ella se fallare.

El no respondió ninguna cosa; antes estaba con grandes sollozos e gemidos llorando. Así que la doncella pensó que el alma de las carnes se le partía, de que hobo gran piedad; e porque en la cámara poca luz había, abrió una lumbrera que cerrada estaba, e llegóse a la cama por ver si era muerto, e comenzóle a mirar, y él a ella, todavía llorando e sollozando, e así estuvo por una pieza

que la doncella nunca lo conoció, porque su pensamiento bien descuidado era de fallar en tal parte aquel que buscaba; mas viéndole en el rostro un golpe que *ella muy bien conocía* fízola recordar en lo que ante ninguna sospecha tenía, e claramente conoció ser aquel Amadís, e dijo:

—¡Ay, santa María, val! ¿Qué es esto que veo? ¡Ay, señor, vos sois aquel por quien mucho afán he tomado!

E cayó de bruzas sobre el lecho, e fincando los hinojos, le besó las manos muchas veces, e díjole:

—Señor, aquí es menester piedad e perdón contra aquella que vos erró; que si por su mala sospecha vos ha puesto injustamente en tal estrecho, ella con mucha causa e razón padece la vida más amarga que la propia muerte.

Beltenebrós la tomó entre sus brazos e juntóla consigo, sin ninguna cosa le poder fablar; ella dándole la carta, le dijo:

—Esta vos envía vuestra señora, e por mí vos face saber que si vos sois aquel Amadís que ser solía, a quien ella tanto ama, que poniendo en olvido lo pasado, luego seáis con ella en el su castillo de Miraflores, donde con mucho vicio serán emendados los dolores e angustias que el sobrado amor que vos tiene han causado.

El tomó la carta, e después de leída, su alegría fué tan sobrada, que, así como con la pasada tris-

teza, con ella desmayado fué, cayendo las lágrimas por sus mejillas sin las sentir.

Embarcados en la nave de la Doncella se trasladaron a la Gran Bretaña, sin que nadie de a bordo hubiera sospechado quién pudiera ser aquel Beltenebrós. Después de reponer su salud durante algún tiempo en un lugar retirado, el caballero adquirió armas y caballo, tomó un escudero y fué a visitar a su señora en su castillo de Miraflores, dejando sembrado su camino de las más gloriosas hazañas, que llevaban por todas partes la fama del nuevo caballero Beitenebrós, tanto que todo el mundo decía que, desaparecido Amadís, no había en el orbe quien pudiera igualarse con él.

Guardó rigurosamente el incógnito hasta que en una descomunal batalla que tuvo Lisuarte con el rey Cildadán de Irlanda, al ver que flaqueaban los ingleses, Beltenebrós, que venía realizando magníficos hechos de armas, se metió por medio de todos gritando:

—¡Gaula, Gaula, que yo soy Amadís!

Y con su esfuerzo libertó al rey Lisuarte, que ya había caído en poder de los enemigos.

CAPITULO SEXTO

EL CASTILLO DE ARCALAUS

Con ello creció hasta el extremo la fama e influencia de Amadís en la corte del rey Lisuarte, el cual

nada hacía ya sino por mediación de su heroico caballero. Mas entre tanto la envidia no estaba queda y algunos caballeros de edad, que veían extinguido su influjo, supieron hacer de modo que el rey llegara a creer que Amadís proyectaba traidoramente apoderarse del reino para él y los suyos.

Entonces Lisuarte mostró públicamente su desprecio a Amadís, el cual, aunque muy dolorido de separarse de Oriana, oído el consejo que ésta le dió diciéndole que su honor era antes que todo, retiróse a la Insola Firme, con un cortejo como de rey, formado por todos los caballeros de su familia y gran número de amigos, con lo que apenas le quedaron caballeros de valía, en su corte, al rey Lisuarte.

Poco después, suscitados por Arcalaus el Encantador, que no perdonaba ocasión de mover guerra al rey de la Gran Bretaña, tomaron contra él las armas seis poderosos reyes dirigidos por el rey Arábigo. Nunca se había visto Lisuarte en peligro semejante y era más que probable que no pudiera resistir a enemigos tan fuertes, privado del apoyo de los caballeros de Amadís.

A tal sazón, estaba éste en Gaula con Perión, su padre, y su hermano don Florestán. Amadís había prometido a su dama que nunca haría armas contra el rey Lisuarte y estaba muy triste por no poder tomar parte en aquella guerra descomunal. Tratando de ello, llegaron a acordar el padre y los dos hijos, que aunque eran muchas las ofensas que del rey

de la Gran Bretaña habían recibido, irían secretamente y disfrazados a prestarle auxilio. Fueron así, en efecto, con armas que les envió Urganda la Desconocida, cuyos escudos estaban adornados con sierpes de oro. Y la armadura de Amadís había un yelmo dorado. Pasaron a la Gran Bretaña, llegaron al campo de batalla; con el esfuerzo de sus brazos decidieron ésta en favor de Lisuarte cuando el rey la tenía ya perdida, y antes de que el socorrido monarca pudiera buscar a sus favorecedores, supieron ocultarse en un bosque, protegidos por el manto de la noche.

Algunos días folgaron en aquella floresta el rey Perión e sus fijos, *y yendo en busca de la nave que había de volverlos a Gaula,* fallaron cabe una fuente una doncella, que a su palafrén a beber daba, vestida ricamente, y encima una capa de escarlata, que con hebillas e ojales de oro se abrochaba, y dos escuderos y dos doncellas con ella, que le traían falcones e canes, con que cazaba; e como ella los vió, conociólos luego en las armas de las sierpes, e fué, faciendo grande alegría, contra ellos; e como llegó, saluólos con mucha homildad, faciendo señas que era muda. Ellos la saluaron, y parecióles muy fermosa, e hobieron mancilla que fuese muda. Ella se llegaba al del yelmo dorado, e abrazábalo y queríale besar las manos; e cuando así una pieza estovo, convidábalos por señas que fuesen aquella noche sus huéspedes en un su castillo, mas ellos no le enten-

dían. Ella fizo seña a sus escuderos que gelo declarasen, e así lo ficieron. Ellos, viendo aquella buena voluntad y que era ya muy tarde, fuéronse con ella a salva fe, y no andovieron mucho, que llegaron a un fermoso castillo, teniendo a la doncella por muy rica, pues que dél era señora; y entrando en él, fallaron gentes que los recibieron homildosamente, y otras dueñas y doncellas, que todas acataban a la muda como a señora; luego les tomaron los caballos, e subieron a ellos a una rica cámara, que sería veinte codos en alto de la tierra, e faciéndolos desarmar, les trajeron ricos mantos que cobriesen; y desque hobieron hablado con la muda y con las otras doncellas, trajéronles de cenar e fueron muy bien servidos, y ellas se fueron a sus aposentamientos; mas no tardó mucho que luego volvieron con muchas candelas e instrumentos acordados para les dar placer, e cuando fué tiempo de dormir dejáronlos e fuéronse. En aquella cámara había tres camas muy ricas, que la doncella muda mandara hacer, e posiéronles sus armas cabe cada cama. Ellos se acostaron e dormieron asosegadamente, como aquellos que trabajados e fatigados andaban, e aunque sus espíritus reposaban, no lo hacían sus vidas, según en el peligroso lazo en que metidos eran, que con mucha causa se puede comparar a las cosas deste mundo; que sabed que aquella cámara era fecha por una muy engañosa arte, que toda ella se sostenía sobre un estello de fierro hecho como husi-

llo de lagar, cerrado en otro de madera que en medio de la cámara estaba, e podíase abajar e alzar por debajo, trayendo una palanca de hierro al derredor; que la cámara no llegaba a pared ninguna; así que, cuando a la mañana despertaron, falláronse en hondón otros veinte codos que en alto estaban cuando en ella entraron.

Los tres caballeros, cuando fueron despiertos e no vieron señal ninguna de claridad, y sentían cómo la gente del castillo sobre ellos andaba, mucho se maravillaron, y levantáronse de los lechos, e buscando a tiento la puerta y las finiestras, falláronlas; pero metiendo las manos por ellas, topaban en el muro del castillo; así que luego conocieron que eran traídos a engaño. Estando con gran pesar de se ver en tal peligro, pareció suso a una finiestra de la cámara un caballero grande y membrudo, y el rostro había medroso, y en la barba e cabeza más cabellos blancos que negros, y vestía paños de duelo, e dijo a una voz alta:

—¿Quién yace allá dentro, que mal seáis albergados? Que, según el gran pesar que me habéis fecho, así fallaréis la mesura y merced, que serán muy crueles e amargas muertes, e aun con esto no seré vengado, según lo que de vos recebí en la batalla del falso rey Lisuarte. Sabed que yo soy Arcalaus el Encantador; si me nunca vistes, agora me conoced; que nunca ninguno me hizo pesar que dél no

me vengase, si no es de uno solo, que aun yo cuido tener donde vos estáis.

E la doncella que cabe él estaba dijo:

—Buen tío, aquel mancebo que allí está es el que traía el yelmo dorado.

Y tendió la mano contra Amadís. Cuando ellos esto vieron, que aquel era Arcalaus, fueron en gran pavor de muerte, e por extraña cosa tovieron ver fablar a la doncella muda que los allí trajera.

Arcalaus les dijo:

—Caballeros, yo vos haré ante mí tajar las cabezas, y enviarlas he al rey Arábigo, en alguna emienda de lo que le deservistes.

E tiróse de la finiestra, e mandóla cerrar, e quedó la cámara tan escura, que no se veían unos a otros.

Así como oís pasaron aquel día sin comer e sin beber, y desque Arcalaus cenó e pasó ya parte de la noche, vínose a la finiestra donde ellos estaban, con dos hachas encendidas, e *la sobrina,* e mandóla abrir, e dijo:

—Vos, caballeros que allá yacéis, cuido que comeríades, si toviésedes qué.

—De grado —dijo don Florestán—, si nos lo mandásedes dar.

Él dijo:

—Si en voluntad lo tengo, Dios me la quite; pero porque del todo no quedéis desconsolados, en emienda de la comida os quiero decir unas nuevas. Sa-

bed cómo agora, después que fué noche, vinieron a la puerta del castillo dos escuderos e un enano, que preguntaban por los caballeros de las armas de las sierpes, e mandélos prender y echar en una prisión que ende debajo tenéis. Destos sabré mañana quién sois, o los haré cortar miembro a miembro.

Sabed que esto que Arcalaus les dijo era así verdad; que los de la galea, viendo que tardaban y tenían el tiempo enderezado para navegar, acordaron que los buscasen Gandalín y el Enano e Orfeo, el repostero del Rey, e a éstos tenían en la prisión, como es dicho. Mucho les pesó al Rey e a sus hijos destas nuevas, porque muy peligrosas eran. Dinarda dijo:

—Tío, sostenedles la vida, porque con ella mayor pena sostengan.

—Pues que así os parece, sobrina —dijo él—, yo lo faré.

E díjoles entonces:

—Caballeros, decidme en vuestra fe cuál vos aqueja más, la hambre o la sed.

—Pues que hemos de decir verdad —dijeron ellos—, aunque el comer era más conveniente primero, la sed nos aqueja mucho.

Entonces dijo Arcalaus a una doncella:

—Sobrina, echadles una empanada de tocino, porque no digan que no acorro a su menester.

Y fuése de allí, e todos los otros.

Aquella doncella vió a Amadís tan apuesto, e sa-

biendo las grandes caballerías que en la batalla hiciera, era mucho movida a piedad dél e de los otros; e luego puso en un cesto un barril de agua e otro de vino e la empanada, e colgándolo por una cuerda, gelo dió, diciendo:

—Tomad esto y tenedme poridad; que si yo puedo, no lo pasaréis mal.

Amadís gelo gradeció mucho, y ella se fué. Con aquello cenaron, e acostáronse en sus camas, e mandaron a sus escuderos, que allí con ellos estaban, que toviesen las armas en tal parte donde las fallasen; que si de hambre no morían, de otra manera ellos venderían bien sus vidas.

Gandalín e Orfeo y el Enano fueron metidos en la prisión que era deyuso de aquel sobrado donde sus señores estaban, e hallaron hi una dueña e dos caballeros; el uno, que era su marido e ya de días, y el otro su fijo, asaz mancebo; e había un año que allí estaban, e fablando unos con otros, dijo Gandalín cómo viniendo en busca de los tres caballeros de las armas de las sierpes, los habían prendido.

—¡Santa María! —dijo el caballero—; sabed que esos que decís fueron en este castillo muy bien recebidos, y estando dormiendo entraron aquí cuatro hombres, e trayendo a derredor esta palanca de hierro que aquí veis, bajaron con ella este sobrado; así que, han recebido gran traición.

Gandalín, que muy avisado era, entendió luego

que su señor e los otros estaban allí, y el peligro grande de muerte en que estaban, e dijo:

—Pues que así es, trabajemos nos de lo subir suso; si no, ellos ni nosotros nunca saldremos de aquí; e creed que si ellos se salvan, que nosotros seremos libres.

Entonces el caballero e su fijo de una parte, e Gandalín e Orfeo de la otra, comenzaron a rodear la palanca; así que, el sobrado comenzó luego a subir, y el rey Perión, que no dormía sosegado, más con cuita de sus fijos que de sí, sintiólo luego y despertólos, e díjoles:

—¿Veis cómo el sobrado se alza, no sé por cuál razón?

Amadís dijo:

—Sea por cualquiera, que morir como caballeros o como ladrones gran diferencia es.

E luego saltaron de los lechos, e ficieron a sus escuderos que los armasen, y esperaron qué sería aquello; mas el sobrado fué alzado, a gran afán de los que lo sobían, tanto como era menester; y el rey Perión e sus fijos, que a la puerta estaban, vieron por entre las tablas la claridad, e conocieron que por allí habían entrado; e trabaron della todos tres tan fuerte, que la derribaron e salieron al muro, donde eran los veladores, con tan gran coraje e braveza, que maravilla era, e comenzaron a matar e derribar del muro cuanto fallaban, e decir:

—¡Gaula, Gaula; que nuestro es el castillo!

Arcalaus, que le oyó, fué muy espantado, e cuidando que traición era de alguno de los suyos, que allí había traído sus enemigos, fuyó desnudo à una torre e subió consigo el escalera, que andadiza era; e no se temía de los presos, que aquellos à buen recaudo, a su parecer, estaban; e asomándose à una finiestra, vió a los de las armas de las sierpes andar por el castillo a gran priesa, e aunque los conoció, no osó salir ni bajar a ellos; mas daba voces, diciendo a los suyos que les no temiesen, que no eran más de tres hombres. Algunos de los suyos, que abajo posaban, comenzáronse a armar; mas los tres caballeros, que ya el muro habían de los veladores delibrado, bajaron luego a ellos, que los oyeron, y en poca de hora los pararon tales, así muertos como heridos, que ninguno pareció ante ellos.

Los que estaban en la cárcel, que oyeron lo que se hacía, dieron voces que los acorriesen. Amadís conoció la voz de su enano, que éste y la dueña habían más temor; e fueron luego para los sacar, e así lo ficieron, que a gran fuerza quebrantaron las armellas e abrieron la puerta, por donde salieron, e buscando por las casas bajas que al corral salían, hallaron los caballos suyos e de sus señores e otros de Arcalaus, que dieron al caballero e a su hijo, e un palafrén de *la sobrina* para la dueña, e sacáronlos todos fuera del castillo, e cuando fueron a caballo mandó el Rey poner fuego a las ca-

sas que dentro eran, e comenzó a arder tan bravamente, que todo parecía una llama; el fuego era grande, que daba en la torre.

Entonces se fueron por el camino que allí vinieran a la galea, e subiendo una sierra, vieron las grandes llamas del castillo e las voces de la gente, de manera que hobieron placer; así andovieron fasta ser en el monte alto. Entonces esclareció el día, e vieron ayuso en la ribera la su galea, e fueron para allá, entraron dentro, *y alzando las velas hicieron rumbo a Gaula.*

LIBRO TERCERO

EL CABALLERO DE LA VERDE ESPADA

CAPITULO PRIMERO

LA MUERTE DEL ENDRIAGO

Durante los años siguientes, Amadís, que por su enojo con el rey Lisuarte no podía volver a la corte de la Gran Bretaña y estaba privado de ver a su amada Oriana, con el nombre del Caballero de la Verde Espada —por una que a gran honra suya había ganado— anduvo por Alemania, Bohemia y Romania, corriendo siempre los más bravos peligros y realizando descomunales hazañas, tanto que por todas aquellas tierras no había caballero más famoso que el de la Verde Espada.

Ganó entonces la amistad de un sabio médico, el maestro Elisabat, que desde entonces lo acompañó siempre en sus viajes y más de una vez salvó su vida y las de sus amigos con sus profundos conocimientos en el arte de curar heridas.

Embarcóse para pasar a la corte del Emperador de Constantinopla, y yendo por la mar navegando con muy buen viento, súbitamente tornando al con-

trario, como muchas veces acaece, fué la mar tan embravecida, tan fuera de compás, que ni la fuerza de la fusta, que grande era, ni la sabiduría de los mareantes no pudieron tanto resistir, que muchas veces en peligro de ser anegada no fuese; las

lluvias eran tan espesas e los vientos tan apoderados y el cielo tan escuro, que en gran desesperación estaban de ser las vidas remediadas. Así andovieron ocho días, sin saber ni atinar a cuál parte de la mar andoviesen, sin que la tormenta un punto ni momento cesase; en cabo de los cuales, con la gran fuerza de los vientos, una noche, antes que amaneciese, la fusta a la tierra llegada fué tan reciamente, que por ninguna guisa la podían despegar; esto dió gran consuelo a todos, como si de muerte a la vida tornados fueran; mas *después* reconociendo los marineros en la parte que estaban, sabiendo ser allí la ínsola que del Diablo se llamaba, donde una bestia fiera toda la había despoblado, en dobladas angustias y dolores sus ánimos fueron, teniéndolo en muy mayor grado de peligro que el que en la mar esperaban.

Los marineros, llenos de espanto, agotaban en vano sus fuerzas luchando por apartar de allí a la nave, y el maestro Elisabat, en tanto, describíale a Amadis cómo era la espantable criatura, hija de horrendo pecado, que señoreaba la isla. Tenía el cuerpo y el rostro cubierto de pelo, y encima había conchas, sobrepuestas unas sobre otras, tan fuertes, que ninguna arma las podía pasar, e las piernas e pies eran muy gruesos y recios, y encima de los hombros había alas tan grandes, que fasta los pies le cobrían, e no de péñolas, mas de un cuero negro como la pez, luciente, velloso, tan fuerte, que

ninguna arma las podía empecer, con las cuales se cobría como lo ficiese un hombre con un escudo; y debajo dellas le salían brazos muy fuertes, así como de león, todos cobiertos de conchas más menudas que las del cuerpo, e las manos había de hechura de águila, con cinco dedos, e las uñas tan fuertes e tan grandes, que en el mundo non podía ser cosa tan fuerte que entre ellas entrase, que luego no fuese desfecha. Dientes tenía dos en cada una de las quijadas, tan fuertes y tan largos, que de la boca un codo le salían, e los ojos grandes y redondos, muy bermejos, como brasas; así que, de muy lueñe, siendo de noche, eran vistos, e todas las gentes huían dél. Saltaba e corría tan ligiero, que no había venado que por pies se le podiese escapar; comía y bebía pocas veces, e algunos tiempos ningunas, que no sentía en ello pena ninguna; toda su holganza era matar hombres e las otras animalías vivas, e cuando fallaba leones e osos, que algo se le defendían, tornaba muy sañudo, y echaba por sus narices un humo tan espantable, que semejaba llamas de fuego, e daba unas voces roncas, espantosas de oír; así que todas las cosas vivas huían ant'él como ante la muerte; olía tan mal, que no había cosa que no emponzoñase. Era tan espantoso cuando sacudía las conchas unas con otras, e facía crujir los dientes e las alas, que no parecía sino que la tierra facía estremecer.

—Tal es esta animalía, Endriago llamado, como

os digo —dijo el maestro Elisabat—. Esto es lo que yo sé desta mala y endiablada bestia.

El Caballero de la Verde Espada dijo:

—Maestro, grandes cosas me habéis dicho, e mucho sofre Dios nuestro Señor a aquellos que le desirven; pero, al fin, si se no enmiendan, dales pena tan crecida como ha sido su maldad; e agora os ruego, maestro, que digáis de mañana misa, porque yo quiero ver a esta ínsola, e si El me aderezare, tornarla a su santo servicio.

Aquella noche pasaron con gran espanto, así de la mar, que muy brava era, como del miedo que del Endriago tenían, pensando que saldría a ellos de un castillo que allí cerca tenía, donde muchas veces albergaba; y el alba del día venida, el maestro cantó misa, y el Caballero de la Verde Espada la oyó con mucha homildad, rogando a Dios le ayudase en aquel peligro que por su servicio se quería poner; e si su voluntad era que su muerte allí fuese venida, El por la su piedad le hobiese merced al alma. E luego se armó e fizo sacar su caballo en tierra, e Gandalín con él, e dijo a los de la nao:

—Amigos, yo buscaré esta bestia por estas montañas, e si della escapo, *tocará la bocina Gandalín y* tornarme he a vosotros; e si no, haced lo que mejor vierdes.

Cuando esto oyeron ellos, fueron muy espantados, más que de ante eran; porque aun allí dentro en la mar todos sus ánimos no bastaban para sofrir

el miedo del Endriago, e por más afrenta y peligro que la braveza grande de la mar le tenían.

Entonces se partió el Caballero de la Verde Espada dellos, quedando todos llorando, y *él iba* con aquel esfuerzo y semblante que su bravo corazón le otorgaba, et Gandalín en pos dél, llorando fuertemente, creyendo que los días de su señor con la fin de aquel día la habrían ellos. El Caballero volvió a él, e díjole riendo:

—Mi buen hermano, no tengas tan poca esperanza en la misericordia de Dios ni en la vista de mi señora Oriana, que así te desesperes; que no solamente tengo delante mí la su sabrosa membranza, más su propria persona, e mis ojos la veen, y me está diciendo que la defienda yo desta bestia mala. Pues ¿qué piensas tú, mi verdadero amigo, que debo yo hacer? ¿No sabes que en la su vida e muerte está la mía? ¿Consejarme has tú que la deje matar y que ante mis ojos muera? No plega a Dios que tal pensases; e si tú no la vees, yo la veo, que delante mí está, pues si su sola membranza me hizo pasar a mí gran honra las cosas que tú sabes, ¿qué tanto más debe poder su propia presencia?

E diciendo esto, crescióle tanto el esfuerzo, que muy tarde se le facía en no fallar el Endriago; y entrando en un valle de brava montaña y peñas de muchas concavidades, dijo:

—Da voces, Gandalín, porque por ellas podrá ser

que el Endriago a nosotros acudirá; et ruégote mucho que si aquí moriere, procures de llevar a mi señora Oriana aquello que es suyo enteramente, que será mi corazón; e dile que gelo envío por no dar cuenta ante Dios de cómo lo ajeno llevaba comigo.

Cuando Gandalín esto oyó, no solamente dió voces, mas mesando sus cabellos, llorando, dió grandes gritos, deseando su muerte antes que ver la de aquel su señor, que tanto amaba, et no tardó mucho que vieron salir de entre las peñas el Endriago muy más bravo e fuerte que lo nunca fué. Venía tan sañudo, echando por la boca humo mezclado con llamas de fuego, e firiendo los dientes unos con otros, faciendo gran espuma e faciendo crujir las conchas e las alas tan fuertemente, que gran espanto era de lo ver. Así hobo el Caballero de la Verde Espada, especialmente oyendo los silbos e las espantosas voces roncas que daba; e como quiera que por palabra gelo señalaran, en comparación de la vista era tanto como nada; e cuando el Endriago los vió comenzó a dar grandes saltos e voces, como aquel que mucho tiempo pasara sin que hombre ninguno viera, e luego se vino contra ellos. Cuando los caballos del de la Verde Espada y de Gandalín lo vieron, comenzaron a fuir tan espantados, que apenas los podían tener, dando muy grandes bufidos. E cuando el de la Verde Espada vió que a caballo a él no se podía llegar, descendió muy presto e dijo a Gandalín:

—Hermano, tente afuera en ese caballo, porque ambos no nos perdamos, et mira la ventura que Dios me querrá dar contra este diablo tan espantable, e ruégale que por la su piedad me guíe cómo le quite yo de aquí, y sea esta tierra tornada al su servicio; e si aquí tengo de morir, que me haya merced del ánima, y en lo otro faz como te dije.

Gandalín no le podo responder; tan reciamente lloraba, porque su muerte veía tan cierta, si Dios milagrosamente no lo escapase. El Caballero de la Verde Espada tomó su lanza e cubrióse de su escudo como hombre que ya la muerte tenía tragada, perdido todo su pavor, e lo más que podo se fué contra el Endriago así a pie como estaba. El diablo, como lo vido, vino luego para él, y echó un fuego por la boca con un humo tan negro, que apenas se podían ver el uno al otro, y el de la Verde Espada se metió por el fumo adelante, y llegando cerca dél, le encontró con la lanza por muy gran dicha en el un ojo, así que gelo quebró; y el Endriago echó las uñas en la lanza e tomóla con la boca e hízola pedazos, quedando el fierro con un poco del asta metido por la lengua e por las agallas; que tan recio vino, que él mesmo se metió por ella; e dió un salto por lo tomar, mas con el desatiento del ojo quebrado no pudo, e porque el caballero se guardó con gran esfuerzo e viveza de corazón, así como aquel que se vía en la misma muerte, et puso mano a la su muy buena espada,

e fué a él que estaba como desatentado, así del ojo como de la mucha sangre que de la boca le salía, e con los grandes resoplidos y resollidos que daba, todo lo más de ella se le entraba por la garganta, de manera que cuasi el aliento le quitara, e no podía cerrar la boca ni morder con ella; y llegó a él por el un costado, e dióle tan gran golpe por cima del concás, que le no pareció sino que diera en una peña dura, e ninguna cosa le cortó.

Como el Endriago le vido tan cerca de sí, pensóle de tomar entre sus uñas, e no le alcanzó sino en el escudo, e levógelo tan recio que le fizo dar de manos en tierra; y en tanto que el diablo lo despedazó todo con sus muy fuertes e duras uñas, hobo el Caballero de la Verde Espada logar de levantarse, e como sin escudo se vió, e la espada no cortaba ninguna cosa, bien entendió que su fecho no era nada, si Dios no le enderezase a que el otro ojo le pudiese quebrar; que por otra ninguna parte no aprovechaba nada trabajar de lo ferir, e con saña, pospuesto todo temor, fuése para el Endriago, que muy fallecido e flaco estaba de la mucha sangre que perdía del ojo quebrado; e como las cosas pasadas de su propria servidumbre se caen y perecen, e ya enojado nuestro Señor que el enemigo malo hobiese tenido tanto poder y fecho tanto mal en aquellos que, aunque pecadores, en su santa fe católica creían, quiso darle el esfuerzo e gracia especial, que sin ella ninguno fuera poderoso

de acometer ni osar esperar tan gran peligro, a este caballero, para que sobre toda orden de natura diese fin a aquel que a muchos lo había dado; y pensando acertarle en el otro ojo con la espada, quísole Dios guiar a que gela metió por una de las ventanas de las narices, que muy anchas las tenía, e con la gran fuerza que puso e la que el Endriago traía, el espada caló tanto, que le llegó a los sesos; mas el Endriago, como le vido tan cerca, abrazóse con él, e con las sus muy fuertes e agudas uñas rompióle todas las armas de las espaldas e la carne e los huesos fasta las entrañas; e como él estaba ahogado de la mucha sangre que bebía, e con el golpe de la espada que a los sesos le pasó, e sobre todo, la sentencia que de Dios sobre él era dada, e no se podía revocar, no se podiendo ya tener, abrió los brazos e cayó a la una parte como muerto sin ningún sentido. El caballero, como así lo vió, tiró por la espada y metiógela por la boca cuanto más pudo, tantas veces, que lo acabó de matar; pero quiero que sepáis que antes que el alma le saliese, salió de su boca el diablo e fué por el aire con muy gran tronido; así que los que estaban en *la nave* lo oyeron como si cabe ellos fuera, de lo cual hobieron gran espanto.

Pues como el Endriago fué muerto, el Caballero se quitó afuera, e yéndose para Gandalín, que ya contra él venía, no se pudo tener, e cayó amortecido cabe un arroyo de agua que por allí pasaba.

Gandalín, como llegó y le vió tan espantables heridas, cuidó que era muerto, y dejándose caer del caballo, comenzó a dar muy grandes voces, mesándose. *Mas después* cabalgó muy presto en su caballo, e subiéndose en un otero, tocó la bocina lo más recio que pudo, en señal que el Endriago era muerto. Ardián el enano oyólo, e dió muy grandes voces al maestro Elisabat que acorriese a su señor, que el Endriago era muerto. Y él, como estaba apercebido, cabalgó con todo el aparejo que menester era, e fué lo más presto que podo por el derecho que el enano le señaló; e no andovo mucho que vió a Gandalín encima del otero, el cual, como el maestro vió, vino corriendo contra él e dijo:

—¡Ay, señor!; por Dios e por merced acorred a mi señor, que mucho es menester; que el Endriago es muerto.

El maestro, cuando esto oyó, hobo gran placer con aquellas buenas nuevas que Gandalín decía, no sabiendo el daño del Caballero, e aguijó cuanto más podo, e Gandalín le guiaba, fasta que llegaron donde el Caballero de la Verde Espada estaba, e halláronlo muy desacordado, sin ningún sentido.

El maestro Elisabat quitó luego su manto, e tendiólo en el suelo, e tomáronlo él e Gandalín, e puniéndolo encima, le desarmaron lo más quedo que podieron; e cuando el maestro le vió las llagas, aunque él era uno de los mejores del mundo de aquel

menester, e había visto muchas e grandes heridas, mucho fué espantado y desafuciado de su vida; mas como aquel que lo amaba y tenía por el mejor caballero del mundo, pensó de poner todo su trabajo por le guarecer, e catándole las heridas, vió que todo el daño estaba en la carne e en los huesos, y que no le tocara en las entrañas. Tomó mayor esperanza de lo sanar, e concertóle los huesos e las costillas, e cosióle la carne, e púsole tales melecinas, e ligóle tan bien todo el cuerpo al derredor, que le fizo restañar la sangre y el aliento que por allí salía, e luego le vino al Caballero mayor acuerdo y esfuerzo, de guisa que podo hablar, e abriendo los ojos, dijo:

—¡Oh Señor Dios todopoderoso, que por tu gran piedad quesiste venir en el mundo e tomaste carne humana en la Virgen María, pídote, Señor, como uno de los más pecadores, que hayas merced de mi ánima, que el cuerpo condenado es a la tierra.

Con grandes cuidados, lleváronlo a un castillo desmantelado que en la isla había, donde, gracias a la ciencia del maestro Elisabat, recobró la salud en no mucho tiempo.

CAPITULO SEGUNDO

LAS CORONAS DE LA INFANTA

Aún estaba enfermo Amadís en la Isla del Diablo, cuando el maestro Elisabat escribió al Emperador de Constantinopla, cuya era la Isla, diciéndole cómo el Caballero de la Verde Espada había muerto el Endriago y librado a la isla de su terrible morador. El Emperador y toda su corte fueron asombrados de que semejante hazaña hubiera podido ser acometida por caballero alguno y el Emperador mandó a un sobrino suyo, llamado Gastiles, que con grande acompañamiento fuera a la Isla del Diablo y trajera a la Corte a aquel heroico Caballero.

Cumplió Gastiles lo que había mandado, y así, cuando el Caballero de la Verde Espada pudo embarcarse, curado ya de sus heridas, hicieron rumbo a Constantinopla, donde en poco espacio de tiempo fueron aportados debajo de los palacios del Emperador. La gente salió a las finiestras por ver el Caballero de la Verde Espada, que lo mucho deseaban ver; y el Emperador les mandó llevar unas bestias en que cabalgasen.

A la hora estaba ya el Caballero de la Verde Espada mucho más mejorado en su salud y hermosura, vestido de unos muy hermosos e ricos paños.

Pues salidos de la mar, cabalgando en aquellos

ricos e ataviados palafrenes que les trajeran, se fueron al Emperador, que ya contra ellos venía, muy acompañado de grandes hombres e muy ricamente ataviados. E apartándose todos, llegó el Caballero de la Verde Espada e quísose apear para le besar las manos; mas el Emperador cuando esto vió no gelo consintió, antes se fué para él e lo tovo abrazado, mostrándole muy gran amor, que así lo tenía con él, e dijo:

—Por Dios, Caballero de la Verde Espada, mi buen amigo, como quiera que Dios me haya fecho tan grande hombre y venga del linaje de aquellos que este señorío tan grande tovieron, más merecéis vos la honra que la yo merezco; que vos la ganastes por vuestro gran esfuerzo, pasando tan grandes peligros cual nunca otro pasó, e yo tengo la que me vino dormiendo e sin merecimiento mío.

El Caballero del Enano le dijo:

—Señor, a las cosas que tienen medida puede hombre satisfacer; pero no a esta, que por su gran virtud en tanto loor me ha puesto; e por esto, señor, quedará para que esta mi persona hasta la muerte le sirva en aquellas cosas que me mandare.

Y así fablando se tornó el Emperador con él a sus palacios, y el de la Verde Espada iba mirando aquella gran ciudad, e las cosas extrañas e maravillosas que en ella vía, e tantas gentes que lo salían a ver, e daba en su corazón con grande homildad muchas gracias a Dios porque en tal logar le guia-

ra donde tanta honra del mayor hombre de los cristianos recebía; e todo cuanto en las otras partes viera le parecía nada en comparación de aquello; pero mucho más maravillado fué cuando entró en el gran palacio, que allí le pareció ser junta toda la riqueza del mundo. Había allí un aposentamiento donde el Emperador mandaba aposentar los grandes señores que a él venían, que era el más hermoso e deleitoso que en el mundo se podía hallar, así de ricas casas como de fuentes de agua e árboles muy extraños. E allí mandó quedar al Caballero de la Verde Espada e al maestro Elisabat, que lo curase, e a Gastiles que le ficiese compañía; y dejándolo reposar, se fué con sus hombres buenos donde él posaba. Toda la gente de la ciudad, que viera al Caballero de la Verde Espada, fablaban mucho en su gran hermosura, e mucho más en el grande esfuerzo suyo, que era mayor que de caballero otro ninguno; e si él se había maravillado de ver tal ciudad como aquella e tanto número de gente, mucho más lo eran ellos en lo ver a él solo; así que de todos era loado e honrado más que lo nunca fué rey ni grande ni caballero que allí de tierras extrañas viniesen.

Otro día de mañana levantóse el Caballero de la Verde Espada, e vistióse de sus paños lozanos e hermosos, según él vestir los solía, y Gastiles con él, y el maestro Elisabat, e fueron todos de consuno juntos a oír misa con el Emperador a su capi-

lla, donde los atendía, e luego se fueron a ver a la Emperatriz; pero antes que a ella llegasen fallaron en comedio muchas dueñas e doncellas muy ricamente ataviadas de ricos paños, que les facían logar por do pasasen e buen recebimiento. La casa era tan rica e tan bien guarnida, que si la rica cámara defendida de la Insola Firme no, otra tal nunca el Caballero de la Verde Espada viera, e los ojos le cansaban de mirar tantas mujeres e tan hermosas, e las cosas extrañas que vía, e llegando a la Emperatriz, que en su estrado estaba, fincó los hinojos ante ella con mucha humildad e dijo:

—Señora, mucho gradezco a Dios en me traer donde viese a vos e a vuestra grande alteza, y el valor que sobre las otras señoras tiene que en el mundo son, e la vuestra casa acompañada e ornada de tantas dueñas e doncellas de tan gran guisa. A El le plega, por la su merced, de me llegar a tiempo que algo destas grandes mercedes le pueda servir.

La Emperatriz le tomó por las manos e díjole que no estoviese así de hinojos, e fízole sentar cerca de sí, y estovo con él fablando una gran pieza en aquellas cosas que tan alta señora con caballero extraño que no conocía debía hablar; y él respondiendo con tanto tiento e tanta gracia, que la Emperatriz, que muy cuerda era e lo miraba, decía entre sí que no podía ser su esfuerzo tan grande que a su mesura e discreción sobrepujar podiese.

El Emperador estaba a esta sazón en su silla

sentado, hablando e riendo con las dueñas e doncellas. E díjoles en voz alta, que todas lo oyeron:

—Honradas dueñas e doncellas, vedes aquí el Caballero de la Verde Espada, vuestro leal sirviente; honralde e amalde, que así lo hace él a todas vosotras cuantas sois en el mundo; que poniéndose a muy grandes peligros por vos hacer alcanzar derecho, muchas veces es llegado al punto de la muerte, según que dél he oído a aquellos que sus grandes cosas saben.

El Emperador hizo levantar dos infantas, que eran hijas del rey de Hungría, e díjoles:

—Id por mi hija Leonorina, e no vengan con ella, sino vos ambas.

Ellas así lo ficieron, e a poco rato vinieron con ella, trayéndola entre sí por los brazos, e como quiera que ella viniese muy bien guarnida, todo parecía nada ante lo natural de su gran fermosura, que no había hombre en el mundo que la viese que se no maravillase e no alegrase en la mirar. Ella era niña, que no pasaba de nueve años, e llegando donde su madre la Emperatriz estaba, besóle las manos con homil reverencia, e sentóse en el estrado más bajo que ella estaba. El Caballero de la Verde Espada la miraba muy de grado, maravillándose mucho de su gran fermosura, que le parecía ser más fermosa de las que él visto había por las partes donde andado había, e membróse aquella hora de la muy fermosa Oriana, su señora, que más que a sí

amaba, e del tiempo en que la él comenzó a amar, que sería de aquella edad, e de cómo el amor que entonces con ella posiera siempre había crescido, e no menguado. Tanto fué encendido en esta membranza, que, como fuera de sentido, le vinieron las lágrimas a los ojos; así que todos le vieron llorar, que por su gran bondad todos en él paraban mientes; mas él, tornando en sí, habiendo gran vergüenza, alimpió los ojos e fizo buen semblante. Mas el Emperador, que más cerca estaba, que así lo vió llorar, creyó que lo no haría sin algún gran misterio. Gastiles, que cabe él estaba, dijo:

—¿Qué será, que tal hombre como este en tal parte así llorase?

—Yo no se lo preguntaría —dijo el Emperador—, mas creo que fuerza de amor gelo hizo hacer.

—Pues, señor, si lo saber queréis, no hay quien lo sepa sino el maestro Elisabat, en quien mucho se fía, e fabla mucho con él apartadamente.

Entonces lo mandó llamar, e hízolo sentar ante sí, e le dijo:

—Maestro, quiero que me digáis una verdad, si la sabéis. ¿Por qué lloró agora el Caballero de la Verde Espada? Decídmelo, que de lo ver estoy espantado; que si alguna necesidad tiene en que haya menester mi ayuda, yo gela haré tan entera de que él será bien contento.

Cuando esto oyó el maestro, dijo:

—Señor, eso no lo sabría decir, porque es el

hombre del mundo que mejor encobre aquello que él quiere que sabido no sea; pero yo le veo llorar e cuidar tan fieramente, que no parece en él haber sentido alguno, e sospira con tan gran ansia como si el corazón en el cuerpo se le quebrase. E ciertamente, señor, en cuanto yo cuido, es gran fuerza de amor que le atormenta, teniendo soledad de aquella que ama; que si otra dolencia fuese, ante a mí que a otro ninguno soy cierto que se descobriría.

—Ciertamente —dijo el Emperador—, así lo cuido yo como lo decís, e si él ama a alguna mujer, a Dios ploguiese que acertase ser en mi señorío, que tanto haber y estado le daría yo, que no hay rey ni príncipe que no hobiese placer de me dar su hija para él.

Queriendo descubrir aquel secreto, el Emperador llamó a la fermosa Leonorina, su hija, e a las dos infantas que la aguardaban, e habló con ellas una gran pieza muy afincadamente, mas por ninguno era oído nada de lo que les decía. E Leonorina, habiendo él ya acabado su habla, besóle las manos, e fuése con las infantas a su cámara, y él quedó hablando con sus hombres buenos.

Poco después volvió a entrar en el palacio aquella fermosa Leonorina con el su gesto resplandeciente, que todas las fermosuras desataba, e las infantas con ella. Y ella traía en su cabeza una muy rica corona, e otra muy más rica en las manos, e fuése

derechamente al Caballero de la Verde Espada, e díjole:

—Señor Caballero de la Verde Espada, yo nunca fuí llegada a tiempo que pida don sino a mi padre, e agora quiérolo pedir a vos; decidme qué faréis.

Y él fincó los hinojos ante ella e dijo:

—Mi buena señora, ¿quién sería aquel de tan poco conocimiento, que dejase de facer vuestro mandado, podiéndolo complir? E mucho loco sería yo si vuestra voluntad no ficiese; e agora, mi señora, demandad lo que más vos agradare, que hasta la muerte será cumplido.

—Mucho me fecistes alegre —dijo ella— e mucho os lo agradezco, e quiérovos pedir tres dones.

E tirándose la fermosa corona de la cabeza, dijo:

—Este sea el uno: que deis esta corona a la más fermosa doncella que vos sabéis, e saludándola de mi parte, le digáis que me envíe su mandado por carta o mensagero, y que le envío yo esta corona, que son las donas que en esta tierra tenemos, aunque no la conozco.

E luego tomó la otra corona, en que había muchas perlas e piedras de muy gran valor, especialmente tres, que alumbraban toda una cámara, por escura que estoviese; e dándola al Caballero, dijo:

—Esta daréis a la más fermosa dueña que vos sabéis, e decilde que gela envío yo por haber su conocencia, y que le ruego yo mucho que se me haga conocer por su mandado; este es el otro don, e an-

tes que el tercero os demande, quiero saber qué haréis de las coronas.

—Lo que yo haré —dijo el Caballero— será complir luego el primer don e quitarme dél.

Entonces tomó la primera corona, e poniéndola en la cabeza della, dijo:

—Yo pongo esta corona en la cabeza de la más fermosa doncella que yo agora sé; e si hobiere alguno que lo contrario dijere, yo se lo faré conocer por armas.

E todos hobieron mucho placer de lo que él fizo, e Leonorina no menos, aunque con vergüenza estaba de se ver loar, e decían que con derecho se había quitado del don.

El Caballero volvióse a Leonorina e dijo:

—Mi señora, ¿queréisme demandar el otro don?

—Sí —dijo ella—, e pídovos me digáis la razón por qué llorastes; ¿quién es aquella que ha tan gran señorío sobre vos e sobre vuestro corazón?

Al caballero se le mudó la color y buen semblante en que antes era; así que todos conocieron que era turbado de aquella demanda, e dijo:

—Señora, si a vos ploguiere, dejad esta demanda, e demandad otra que sea más vuestro servicio.

Y ella dijo:

—Esto es lo que yo demando, e más no quiero.

El abajó la cabeza, y estovo una pieza dudando; así que muy grave parecía a todos haberlo él de decir; e no tardó mucho que, alzando la ca-

beza con semblante alegre, miró a Leonorina, que delante dél estaba, e dijo:

—Mi señora, pues por al no me puedo quitar de mi promesa, digo que cuando aquí primero entrastes e os miré, acordéme de la edad y del tiempo en que agora sois, e vínome al corazón una remembranza de otro tal tiempo en que ya fuí, muy bueno e sabroso; tal, que habiéndole ya pasado, me hizo llorar como vistes.

Y ella dijo:

—Pues agora me decid quién es aquella por quien se manda vuestro corazón.

—La vuestra gran mesura —dijo él—, que a ninguno falleció, es contra mí; esto hace mi gran desdicha; e pues que más no puedo, conviene que contra mi placer lo diga. Sabed, señora, que aquella que yo más amo es la misma a quien vos enviáis la corona, que al mi cuidar es la más fermosa dueña de cuantas yo vi, e aun creo que de cuantas en el mundo hay; e por Dios, señora, no queráis de mí saber más, pues que soy quito de mi promesa.

—Quito sois —dijo el Emperador—; mas por tal guisa que no sabemos más que ante.

—Pues a mi parecer —dijo él— que dije tanto cual nunca por mi boca salió jamás, y esto causó el deseo que yo tengo de servir a esta hermosa señora.

—Así Dios me salve —dijo el Emperador—, mucho debéis ser guardado e cerrado en vuestros amo-

res, pues esto tenéis en algo en lo haber descobierto; e pues que mi fija fué la causa dello, menester es que vos demande perdón.

—Este yerro —dijo él— han hecho otros muchos, e nunca tanto sopieron de mí; así que, aunque dellos fuese yo quejoso, lo suyo desta tan fermosa señora tengo en merced; porque siendo ella tan alta e tan señalada en el mundo, quiso con tanto cuidado saber las cosas de un caballero andante como yo lo soy; mas a vos, señor, no perdonaré yo tan ligero, que según la luenga y secreta habla con ella antes hobistes, bien parece que no por su voluntad, mas por la vuestra, lo hizo.

El Emperador se rió mucho e dijo:

—En todo os fizo Dios acabado; sabed que así es como lo decís; por ende yo quiero corregir lo suyo e lo mío.

El de la Verde Espada fincó los hinojos por le besar las manos, mas él no quiso, e dijo:

—Señor, esta emienda recibo yo para la tomar cuando por ventura más sin cuidado della estovierdes.

—Eso no podrá ser —dijo el Emperador—; que vuestra memoria nunca de mí fallecerá ni la emienda de la mía cuando la quisierdes.

Breves días permaneció en la Corte del Emperador de Constantinopla, siempre obsequiado con mirríficas fiestas, al cabo de las cuales, a pesar de los grandes esfuerzos del Emperador para que el

Caballero de la Verde Espada quedara a su servicio, tomó el camino de su anhelada patria.

CAPITULO TERCERO

LAS CUITAS DE ORIANA

Entre tanto había muerto el Emperador de Roma y había llegado a ocupar el trono su hermano el Patín que, desde que había visitado la corte de Lisuarte, vivía enamorado de la sin par Oriana. No bien vió ceñidas sus sienes con la corona imperial, cuando envió al Rey de la Gran Bretaña una muy lucida embajada para pedirle la mano de su hija.

Lisuarte, a quien mucho convenía aquel enlace, no quería, sin embargo, forzar abiertamente la voluntad de Oriana y por todos los medios trataba de inclinarla a que aceptara tan ventajoso matrimonio. Mas la princesa, que con todas sus fuerzas se oponía a él, no cesaba de pedir a don Galaor y a los otros caballeros principales de la Corte que convencieran a su padre para que no la hiciera casar contra su voluntad. Solicitó también en secreto la protección de los caballeros de la Insola Firme, los cuales, por boca de don Florestán, le hicieron saber que, siendo su deber amparar doncellas desamparadas, emplearían toda la fuerza de su brazo en evitar que ni su padre ni nadie la atropellara.

Pero el Rey no se rendía a reflexiones ni ruegos, y cada vez más aferrado a su idea, acabó por declarar que Oriana sería entregada por la fuerza a los embajadores del Patín, si no se avenía a ir con ellos voluntariamente.

Navegando con rumbo a sus estados, supo Amadís, inflamado en ira, las nuevas del casamiento que querían imponerle a Oriana, y aceleró cuanto le fué posible el regreso.

¡Cómo pintar la alegría de sus caballeros cuando al cabo de siete años de ausencia volvieron a verlo entre ellos en los palacios de la Insola Firme! Sentóse a comer con sus queridos compañeros, y habiendo todos con gran placer comido, e levantados los manteles, Amadís les rogó que ninguno de su logar se moviese, que les quería fablar, y ellos lo ficieron así. Viendo, pues, Amadís sosegados a aquellos caballeros que a las mesas estaban, atendiendo lo que él diría, fablóles en esta guisa:

—Después que me no vistes, mis buenos señores, muchas tierras extrañas he andado e grandes aventuras han pasado por mí, que largas serían de contar; pero las que más me ocuparon, e las que mayores peligros me atrajeron fué socorrer dueñas e doncellas en muchos tuertos e agravios que les hacían; porque así como éstas nascieron para obedecer con flacos ánimos, e las más fuertes armas suyas sean lágrimas e sospiros, así los de fuertes corazones extremadamente entre las otras cosas las

suyas deben tomar, amparándolas, defendiéndolas de aquellos que con poca virtud las maltratan e deshonran, como los griegos e los romanos en los tiempos antiguos lo ficieron, pasando las mares, destruyendo las tierras, venciendo batallas, matando reyes e de sus reinos los echando, solamente por satisfacer las fuerzas e injurias a ellas fechas, por donde tanta fama e gloria dellos en sus historias ha quedado y quedará en cuanto el mundo durare. Pues veniendo al caso, yo he sabido después que a esta tierra vine el gran tuerto que el rey Lisuarte a su hija Oriana facer quiere, que siendo ella la legítima sucesora de sus reinos, él, contra todo derecho, desechándola dellos, al Emperador de Roma por mujer la envía, y según me dicen, mucho contra la voluntad de todos sus naturales, e más della, que con grandes llantos, grandes querellas, a Dios e al mundo reclamando, de tan gran fuerza se querella. Pues si es verdad que este rey Lisuarte, sin temor de Dios ni de las gentes, tal crueza hace, dígovos que en fuerte punto acá nacimos si por nosotros remediada no fuese, pues que dejándola pasar, se pasaban e ponían en olvido los peligros e trabajos que por ganar honra e prez fasta aquí tomado habemos. Agora diga cada uno, si vos ploguiere, su parescer; que el mío ya vos he manifestado.

Agrajes, en nombre de todos, respondió que, si estaban dispuestos a dar la vida en defensa de Oriana cuando no podían contar con la asistencia de

Amadís, mucho más lo estarían ahora cuando tienen la alegría de tenerlo por jefe.

En vista de ello, como la flota aparejada estoviese de todo lo necesario al viaje, e la gente apercebida, a la prima noche, mandando Amadís que todos los caminos se tomasen, porque nuevas algunas dellos no fuesen sabidas, entraron todos en la flota, e sin hacer ruido ni bullicio comenzaron a navegar contra aquella parte que los romanos habían de acudir, según el camino que les pertenecía llevar para que en la delantera los hallasen.

CAPITULO CUARTO

LA BATALLA NAVAL

De nada sirvieron a Oriana sus desesperadas súplicas y amarguísimo llanto, ni tampoco los buenos consejos de los caballeros que trataban de disuadir al Rey de que casara a su hija por la fuerza. Llegado el plazo que entre los embajadores y el Rey se había convenido, trasladaron a bordo de la flota de los romanos el magnífico ajuar que daban a Oriana sus padres e hicieron embarcar a las doncellas y dueñas que debían acompañarla. Desmayóse Oriana al despedirse de la Reina, y así desmayada, entrególa Lisuarte a Salustanquidio y Brondajel de Roca, que eran los embajadores del Emperador, y fué llevada

a bordo en medio de universal duelo, cuitas y clamores.

Los romanos, teniendo ya en su poder a Oriana,

e a todas sus doncellas metidas en las naves, acordaron de la poner en una cámara que para ella muy ricamente estaba ataviada e puesta allí, e con ella a Mabilia, que sabían ser ésta la doncella del mundo que ella más amaba. Cerraron la puerta con fuertes candados, e dejaron en la nave otras muchas dueñas e doncellas de las de Oriana.

Pues así todo enderezado, dieron las velas al

viento, e movieron su vía con gran placer por haber acabado aquello que el Emperador su señor tanto deseaba, e ficieron poner una muy gran seña del Emperador encima del mastel de la nao donde Oriana iba, e todas las otras naves al derredor della, guardándola. E yendo así muy lozanos é alegres, miraron a su diestra e vieron la flota de Amadís, que mucho se les llegaba en la delantera, entrando entre ellos e la tierra donde salir querían, *y dividiéndose en tres fuerzas para coger en medio las naves de los que llevaban a Oriana.* Dígovos de los romanos, que cuando la flota de lueñe vieron pensaron que alguna gente de paz sería, que por la mar de un cabo a otro pasaban; mas viendo que en tres partes se partían, e que las dos les tomaban la delantera a la parte de la tierra e la otra los seguía, mucho fueron espantados, e luego fué entre ellos hecho gran ruido, diciendo a altas voces:

—Armas, armas, que extraña gente viene.

E luego se armaron muy presto, e pusieron los ballesteros, que muy buenos traían, donde habían de estar, e la otra gente, e Brondajel de Roca con muchos e buenos caballeros de la corte del Emperador estaba en la nave donde Oriana era e donde posieron la seña que ya oístes del Emperador.

A esta sazón se juntaron los unos e otros; grande era allí el ferir de saetas, e piedras, e lanzas de la una e de la otra parte, que no parescía sino que llovía; tan espesas andaban; e Amadís no entendía

con los suyos en al sino en juntar su fusta con la de los contrarios, mas no podían; que ellos, aunque muchos más eran, no se osaban llegar, viendo cuán denodadamente eran acometidos; e defendíanse con grandes garfios de hierro e otras armas muchas de diversas guisas. Entonces Tantiles de Sobradisa, mayordomo de la reina Briolanja, que en el castillo estaba, como vió que la voluntad de Amadís no podía haber efecto, mandó traer una áncora muy gruesa e pesada, trabada a una fuerte cadena, e desde el castillo lanzáronla en la nave de los enemigos, e así él como otros muchos que le ayudaban tiraron tan fuerte por ella, que por gran fuerza hicieron juntar las naves una con otra, así que no se podían partir en ninguna manera si la cadena no quebrase. Cuando Amadís esto vió pasó por toda la gente con gran afán, que estaban muy apretados; e por la vía que él entraba iban tras él *sus famosos compañeros Angriote e don Bruneo,* e como llegó en los delanteros, puso el un pie en el borde de su nave, e saltó en la otra, que nunca los contrarios quitar ni estorbar lo podieron; e como el salto era grande, y él iba con gran furia, cayó de rodillas, e allí le dieron muchos golpes; pero él se levantó, mal su grado de que le herían tan malamente, e puso mano a la su buena espada ardiente, e vió cómo Angriote e don Bruneo habían con él entrado, y herían a los enemigos de muy fuertes e duros golpes, diciendo a grandes voces:

—Gaula, Gaula, que aquí es Amadís —que así gelo rogara él que lo dijesen, si la nave podiesen tomar.

Mabilia, que en la cámara encerrada estaba con Oriana, que oyó el ruido e las voces, e después aquel apellido, tomó a Oriana por los brazos, que más muerta que viva estaba, e díjole:

—Esforzad, señora, que socorrida sois de aquel bienaventurado caballero, vuestro vasallo e leal amigo.

Y ella se levantó en pie, preguntando qué sería aquello; que del llorar estaba desvanecida, que no oía ninguna cosa, e la vista de los ojos casi perdida.

Amadís, entre tanto, vencía a Brondajel de Roca y le exigía que le dijera dónde estaba Oriana, y él le mostró la cámara de los candados, diciendo que allí la fallaría. Amadís se fué apriesa contra allá, e llamó a Angriote e a don Bruneo, e con la gran fuerza que de consuno posieron, derribaron la puerta y entraron dentro, e vieron a Oriana e a Mabilia, e Amadís fué fincar los hinojos ante ella por le besar las manos, mas ella lo abrazó, e tomóle por la manga de la loriga, que toda era tinta de sangre de los enemigos.

—¡Ay, Amadís —dijo ella—, lumbre de todas las cuitadas! Agora parecerá vuestra gran bondad en haber socorrido a mí e a estas infantas, que en tanta amargura e tribulación puestas éramos, e por todas las tierras del mundo será sabido y ensalzado vuestro loor.

Amadís quísose partir dellas por ver lo que se facía; mas Oriana le tomó por la mano e dijo:

—Por Dios, señor, no me desamparéis.

—Señora —dijo él—, no temáis; que dentro en esta fusta está Gandales con treinta caballeros que os aguardarán, e yo iré a acorrer a los nuestros, que muy gran batalla han.

Entonces salió Amadís de la cámara, e pasó a una muy fermosa galea, en que estaba Gandalín con hasta cuarenta caballeros de la Insola Firme, e mandóla guiar contra aquella parte que oía el apellido de Agrajes, que se combatía con los de la gran nave de Salustanquidio; e cuando él llegó vió que la habían entrado, e la priesa y el ruido era muy grande, que Agrajes e los de su compaña los andaban firiendo e matando muy cruelmente.

Mas desque a Amadís vieron, los romanos saltaban en los bateles, e otros en el agua, e dellos morían, e otros se pasaban a las otras naves que aun no eran perdidas.

Pero no tardaron en serlo, pues poco después no hubo fusta de los romanos en que no estuvieran alzados los pendones de los caballeros de la Insola Firme y hechos prisioneros sus tripulantes.

Amadís, que dello mucho placer hobo, envió decir *a los suyos* que juntasen sus galeas con la que él había tomado, donde estaba Oriana, y que allí habría consejo de lo que ficiesen. Entrados dentro, desarmaron las cabezas e las manos, e laváronse de

la sangre e sudor, e eran allí juntos todos los más honrados caballeros de aquella compaña, los cuales a un cabo de la nao se apartaron por fablar qué consejo tomarían, e Oriana llamó a Amadís a un cabo del estrado, e muy paso le dijo:

—Mi verdadero amigo, yo vos ruego e mando por aquel verdadero amor que me tenéis, que agora más que nunca se guarde el secreto de nuestros amores, e no fabléis comigo apartadamente, sino ante todos, e lo que vos ploguiere decirme secreto fabladlo con Mabilia, e punad cómo de aquí nos llevéis a la Insola Firme, porque estando en logar seguro, Dios proveerá en mis cosas, como El sabe que tengo la justicia.

—Señora —dijo Amadís—, yo no vivo sino en esperanza de vos servir, e si ésta me faltase, faltarme-ía la vida, e como lo mandáis se fará; y en esta ida de la Insola bien será que con Mabilia lo enviéis a decir a estos caballeros, porque parezca que más de vuestra gana e voluntad que de la mía procede.

—Así lo faré —dijo ella—, e bien me parece; agora vos id —dijo— a aquellos caballeros.

Amadís así lo fizo, e fablaron en lo que adelante se debe facer. Mas como eran muchos, los acuerdos eran diversos; que a los unos parecía que debían llevar a Oriana a la Insola Firme, otros a Gaula e otros a Escocia, a la tierra de Agrajes, así que no se acordaban.

En esto llegó la infanta Mabilia, e cuatro doncellas con ella. Todos la recibieron muy bien e la posieron entre sí, y ella les dijo:

—Señores, Oriana vos ruega, por vuestras bondades e por el amor que en este socorro le habéis mostrado, que la llevéis a la Insola Firme, que allí quiere estar fasta que sea en el amor de su padre e madre; e ruégaos, señores, que a tan buen comienzo deis el cabo, mirando su gran fortuna e fuerza que se le face, e fagáis por ella lo que por las otras doncellas facer soléis, que no son de tan alta guisa.

—Mi buena señora —dijo don Cuadragante, *uno de los más ilustres caballeros de la Insola* —el bueno e muy esforzado de Amadís e todos los caballeros que en su socorro hemos sido estamos de voluntad de le servir fasta la muerte, así con nuestras personas como con las de nuestros parientes e amigos, que mucho pueden e muchos serán, e todos seremos juntos en su defensa contra su padre e contra el Emperador de Roma, si a la razón e justicia no se allegaren con ella.

Todos aquellos caballeros tovieron por bien aquello que don Cuadragante respondió, e con mucho esfuerzo otorgaron que desta demanda nunca serían partidos fasta que Oriana en su libertad e señoríos restituída fuese, siendo cierta y segura de los haber, si ella más que su padre e madre la vida poseyese. La infanta Mabilia se despidió dellos y se fué a

Oriana, e por ella sabida la respuesta y recaudo que de su mensaje le traía, fué muy consolada, creyendo que la permisión del Justo Juez lo guiaría de forma que la fin fuese la que ella deseaba.

LIBRO CUARTO

LA GUERRA POR ORIANA

CAPITULO PRIMERO

LOS TRES EJÉRCITOS

Según lo había dispuesto Oriana, hicieron rumbo a la Insola Firme, donde al cabo de varios días, sin contratiempo alguno, llegaron. Desembarcaron a Oriana y sus damas con las muestras de respeto debidas a su alcurnia y desgracia, e instaláronlas en una magnífica torre rodeada de una hermosa huerta amurallada, donde nadie podía entrar sin licencia de la princesa.

Reunidos después en consejo los caballeros, acordaron enviar una embajada al rey Lisuarte para hacerle saber cómo su hija Oriana se encontraba, sana y salva, en la Insola Firme, cuyos caballeros estaban dispuestos a entregarla a su padre, siempre que éste les prometiera que la trataría con justicia, no casándola sino con quien fuera su voluntad.

Fué con la embajada don Cuadragante y otro de los principales caballeros de la Insola; pero al mis-

mo tiempo, por si no había lugar a avenencia con el rey Lisuarte, envió Amadís emisarios a todos los reyes y grandes señores amigos suyos y que ha-

bían sido favorecidos por él, para que sin tardar le enviaran fuerzas armadas, por si la Insola llegaba a ser atacada.

Mientras tanto los embajadores de Amadís llegaban a la capital de la Gran Bretaña, en cuya corte reinaba honda tristeza desde la partida de Oriana, y, como era de temer, no lograron restablecer la armonía con Lisuarte, sino que éste les anunció la guerra más despiadada.

Partidos los de Amadís, el Rey envió embajadores al Emperador de Roma haciéndole saber lo ocurrido, y cómo se disponía a castigar con todo rigor tamaña afrenta. El Emperador, lleno de furia, respondió que con todo su poderío asistiría a la guerra, pues más era suya que no de Lisuarte la ofensa.

De todo iba teniendo noticia Arcalaus el Encantador, que no había perecido cuando Perión y sus hijos le habían incendiado el castillo, y no bien lo supo, fué a verse con el rey Arábigo, a quien ya otra vez había armado contra Lisuarte sin otro resultado para él que una gran derrota, y lo convenció de que preparara sus huestes para tenerlas ocultas en una sierra próxima a la Insola Firme, y después de la lucha de las fuerzas de Lisuarte y Amadís unas con otras, caer sobre vencedores y vencidos, para, de un solo golpe, apoderarse de la Insola Firme y del reino de la Gran Bretaña. De lo mismo trató con el señor de Sansueña, con el Rey de la Profunda Insola y otros enemigos de Lisuarte, y todos fueron conformes en juntar sus armas con las de Arcalaus y el rey Arábigo.

Llegada la guerra, disponía Amadís de la siguiente gente:

El buen rey Perión trajo, de los suyos e de sus amigos, tres mil caballeros; el rey Tafinor de Bohemia, *además de mandar a Grasandor, el príncipe heredero*, envió con el conde Galtines mill e quinientos caballeros; Tantiles, mayordomo de la reina Brio-

lanja, trajo mill e docientos caballeros; Branfil, hermano de don Bruneo, trajo seiscientos caballeros; Landín, sobrino de don Cuadragante, trajo de Irlanda seiscientos caballeros; el rey Ladasán de España envió a su hijo don Brián de Monjaste dos mill caballeros; don Gandales trajo, del rey Languines de Escocia, padre de Agrajes, mill e quinientos caballeros; la gente del emperador de Constantinopla, que trajo Gastiles, su sobrino, fueron ocho mill caballeros. Por cierto podéis creer que en memoria de hombres no era que gente tan escogida y tanta como aquella fuese en ninguna sazón junta en ayuda de ningún príncipe, como esta lo fué.

Entre tanto el rey Lisuarte estaba en el real cerca de Vindilisora; el Emperador de Roma era llegado al puerto con gran flota, e toda la gente salía de la mar, e asentaban su real cerca del rey Lisuarte; y asimesmo era venido Gasquilán, rey de Suesa, y el rey Cildadán era ya allá pasado. El Emperador quisiera que luego fuera la partida; mas el Rey, que mejor que él sabía lo que necesario era e con quién había la cuestión, detúvola fasta el tiempo convenible; que bien vía que en aquella batalla estaba todo su hecho. Así estovieron en aquel real bien ocho días, allegando la gente que de cada día venía al Rey, e fallaron que eran por todos estos que se siguen: el Emperador trajo diez mil de caballo, el rey Lisuarte seis mil e quinientos, Gas-

quilán, rey de Suesa, ochocientos; el rey Cildadán, docientos.

Pues todo aderezado, mandó el Emperador a los reyes que el real moviesen, e la gente fuese detenida en aquella gran vega por donde habían de caminar; e así se hizo, que puestos todos en sus batallas, el Emperador fizo de su gente tres faces e rogó al rey Lisuarte que toviese por bien que él llevase la delantera, e así se fizo; aunque él más quisiera llevarla a su cargo, porque no tenía en mucho aquella gente, e había miedo que del desconcierto dellos les podría venir algún gran revés; pero otorgólo por le dar aquella honra.

El rey Lisuarte fizo de sus gentes dos haces; fecho esto, movieron por el campo tras el fardaje, que iba a asentar real con los aposentadores. ¿Quién os podría decir los caballos y armas tan ricas e tan lucidas e de tantas maneras como allí iban? Por cierto muy gran trabajo sería en lo contar.

Dice la historia que el rey Perión, como fuese un caballero muy cuerdo y de gran esfuerzo, tenía siempre personas en tales partes de quien supiese lo que sus enemigos hacían, de los cuales luego fué avisado cómo la gente venía ya contra ellos, y en qué ordenanza. Pues sabido esto, luego otro día de mañana se levantó e mandó llamar todos los capitanes e caballeros de gran linaje, e díjogelo, e como su parecer era que el real se levantase, e la gente junta en aquellos prados, se ficiese repartimiento

de las haces, porque todos sopiesen a qué capitán e seña habían de acudir; e que hecho esto, moviesen contra sus enemigos con gran esfuerzo e mucha esperanza de los vencer con la justa demanda que llevaban. Todos lo tovieron por bien, e con mucha afición le rogaron que así por su dignidad real e gran esfuerzo e discreción tomase a su cargo de los regir e gobernar en aquella jornada, e que todos le serían obedientes.

Pues mandándolo poner en obra, concertadas las haces, movieron todos en sus ordenanzas por aquel campo, tocando muchas trompetas e otros muchos instrumentos de guerra; Oriana e las reinas, e las infantas e dueñas e doncellas estábanlos mirando, e rogaban a Dios de corazón les ayudase, e si su voluntad fuese los pusiese en paz.

Arcalaus el Encantador, así como supo que las gentes eran venidas al rey Lisuarte e Amadís, envió con mucha priesa a un caballero su pariente, e mandóle que no holgase día ni noche hasta lo hacer saber a todos los reyes e caballeros *que tenían concertado con él atacar a Lisuarte y Amadís,* e les diese mucha priesa en su venida; y él quedó en sus castillos, llamando a sus amigos e llegando la más gente que podía. *El rey Arábigo y los otros* luego sin más tardar fueron todos juntos e serían por todos hasta doce mil caballeros; e concertaron toda su flota, que fué asaz grande y de buena gente. E con mucho placer e tiempo enderezado fueron por

su mar adelante, e a los ocho días aportaron en la Gran Bretaña a la parte donde Arcalaus tenía un castillo muy fuerte, puerto de mar. Arcalaus tenía ya consigo seiscientos caballeros muy buenos.

Cuando aquella flota allí aportó no vos podría decir el gran placer que los unos con los otros hobieron; e sabido por las espías de Arcalaus cómo ya las gentes del rey Lisuarte y de Amadís iban unas contra otras y el camino que llevaban, luego a ellos movieron con toda su compaña por una traviesa con las mayores guardas que poner pudieron, con acuerdo de se poner en tal parte donde estoviesen seguros, e saliesen cuando fuese sazón a dar en sus enemigos.

CAPITULO SEGUNDO

EL PRIMER DÍA DE LUCHA

Avanzaron los ejércitos del Emperador y del rey Lisuarte hacia la Insola Firme, hasta que supieron por sus espías que venían contra ellos las fuerzas del rey Perión, y ambas huestes se detuvieron una frente a otra, que no había en medio más espacio de media legua de un campo grande e llano.

Así estando estas huestes como oís, llegó Gandalín, escudero de Amadís, e tomóle por aquel campo, donde ninguno oír les pudiese, e díjole:

—Señor, *os suplico que antes de comenzar la ba-*

talla me hagáis merced de darme la orden de caballería.

Por nada del mundo querría Amadís separarse de su escudero, así que cuando esto le oyó fué tan turbado, que por una pieza no pudo hablar, e díjole:

—¡Oh mi verdadero amigo y hermano, que tan grave es a mí complir lo que pides! Por cierto no en menos grado lo siento que si mi corazón de mis carnes se apartase; e si con algún camino de razón apartar lo podiese, con todas mis fuerzas lo haría; mas tu petición veo ser tan justa, que en ninguna guisa se puede negar; e siguiendo más la obligación en que te soy que la voluntad de mi querer, yo me determino que así como lo pides se faga.

Gandalín hincó los hinojos por le besar las manos; mas Amadís lo alzó e lo tovo abrazado, veniéndole las lágrimas a los ojos con el mucho amor que le tenía, que ya tenía en sí figurada la gran soledad e tristeza en que se vería no le teniendo consigo, e díjole:

—Bien será que veles armado en la capilla de la tienda del Rey mi padre, e otro día cabalga en tu caballo así armado, e cuando quisiéremos romper contra nuestros enemigos, el Rey te hará caballero; que ya sabes que en todo el mundo no se podría fallar mejor hombre, ni de quien más honra recibas en este auto.

Gandalín le dijo:

—Señor, todo cuanto decís es verdad, e a duro

hallaría hombre otro tal caballero como el Rey; pero yo no seré caballero sino de vuestra mano.

—Pues que así quieres —dijo Amadís— así sea, e faz lo que te digo.

A cabo de tres días que los reales se asentaron, el emperador Patín se aquejaba mucho porque la batalla se diese; Amadís e Agrajes e don Cuadragante e todos los otros caballeros asimesmo aquejaban mucho al rey Perión que la batalla se diese e que Dios fuese juez de la verdad. Pues el Rey no lo quería menos que todos, mas habíalo detenido hasta que las cosas estoviesen en disposición cual convenía, e luego mandaron apregonar que todos al alba del día oyesen misa e se armasen, e cada gente acudiese a su capitán, porque la batalla se daría luego, e asimesmo se fizo por los contrarios, que luego lo supieron.

Pues venida el alba, las trompetas sonaron, e tan claros se oían los unos a los otros como si juntos estoviesen. La gente se comenzó a armar e a ensillar sus caballos e por las tiendas a oír misas e cabalgar todos e se ir para sus señas.

Pues a esta hora llegó Gandalín armado de armas blancas, como convenía a caballero novel, e se fué donde su señor Amadís estaba. Cuando Amadís le vió así venir salió de la batalla a él, e tomóle consigo, e fuése donde el rey Perión, su padre, estaba, e por el camino *le fué aconsejando como debía conducirse en aquel primer combate en que iba a tomar*

parte. Así llegaron donde el rey Perión estaba, e Amadís le dijo:

—Señor, Gandalín quiere ser caballero, e mucho me pluguiera que lo fuera de vuestra mano; pero pues a él place de lo ser de la mía, vengo a os suplicar que de vuestra mano haya la espada, porque cuando le fuere menester haya memoria desta grande honra que recibe y de quién gela da.

Entonces Amadís tomó una espada que le traía Durín, hermano de la doncella de Denamarca, a quien había mandado que le aguardase, e dióla al Rey, y él hizo caballero a Gandalín, besándole e poniéndole la espuela diestra, y el Rey le ciñió la espada, e así se cumplió su caballería por la mano de los dos mejores caballeros que nunca armas trajeron.

Yendo las batallas, no andovieron mucho que vieron a sus enemigos contra ellos venir, e cuando fueron cerca los unos de los otros, Amadís conoció que la seña del emperador de Roma traía la delantera, e hobo muy gran placer porque con aquellos fuesen los primeros golpes, que como quiera que al rey Lisuarte desamase, siempre tenía en la memoria haber sido en su corte, y de las grandes honras que dél había rescebido; e sobre todo, lo que más temía e dubdaba, ser padre de su señora, a quien él tanto temor tenía de dar enojo; y en su corazón llevaba puesto, si hacerlo pudiese sin mucho peligro suyo, de se apartar de donde el rey Lisuarte andoviese.

Rompieron después las batallas unas contra otras, al son de las trompetas y añafiles y cuando se juntaron, el ruido e las voces fué tan grande que se no oían unos a otros, e allí veríades caballos sin señores, e los caballeros, dellos muertos y dellos feridos, e pasaban sobre ellos los que podían. Amadís tomó consigo a Gandalín, e con gran saña, viendo que los romanos tan bien se defendían, entró lo más recio que pudo por el un costado de la haz, e aquellos que le seguían, e dió tan grandes golpes del espada, que no había hombre que lo viese que mucho no fuese espantado; e mucho más lo fueron aquellos que le esperaban, que tan gran miedo les puso, que ninguno le osaba atender, antes se metían entre los otros, como hace el ganado cuando de los lobos son acometidos. Don Cuadragante e los otros caballeros que por la otra parte se combatían apretaron tanto los contrarios, que si no fuera porque llegó la segunda haz en su socorro, todos fueran destrozados e vencidos; mas como éste llegó, todos fueron reparados e cobraron gran esfuerzo, e por su llegada cayeron a tierra de los caballos más de mill de los unos e de los otros.

El Emperador llegó en su gran caballo e como era grande de cuerpo, y venía delante de los suyos, paresció tan bien a todos los que lo veían, que era maravilla, y metió mano a la espada e comenzó a decir a grandes voces:

—Roma, Roma; a ellos, mis caballeros; no vos escape ninguno.

E luego se metió por la priesa, dando muy grandes e fuertes golpes a todos los que delante sí hallaba, a guisa de buen caballero.

Mas con todo, eran tales las cosas extrañas que *Amadís* facía e los caballeros que dejaba por el suelo por do quiera que iba, *que el romano* fué tan espantado, que no podía creer que fuese sino algún diablo que allí era venido para los destruír, y a grandes voces decía:

—A éste, a éste herid y matad; que éste es el que nos destruye sin ninguna piedad.

Merced a las hazañas de Amadís y sus compañeros, los romanos, aunque eran tantos, acabaron por llevar la peor parte, e iban de vencida cuando, al ponerse el sol, fueron separados los contendientes.

Aquella noche pasaron con grandes guardas e curaron de los feridos, e los otros descansaron del gran trabajo que habían pasado. Venida la mañana, *como había sido concertada tregua de un día,* fueron muchos a buscar a sus parientes, e otros a sus señores. E allí viérades los llantos tan grandes de ambas las partes, que de oírlo pone gran dolor, cuanto más de lo ver. Todos los vivos llevaron al real del Emperador, e los muertos fueron soterrados, de manera que el campo quedó desembargado. Así pasaron aquel día enderezando sus armas e curando de sus caballos.

CAPITULO TERCERO

EL FIN DE LA BATALLA

No menos brava que la del primer día fué la lucha que se armó, acabada la tregua. Los guerreros de ambos bandos se acometieron con tanta furia que todos fueron mezclados unos con otros, de manera que no podían haber concierto ni aguardar ninguno a su capitán. Mas andaban tan envueltos e tan juntos, que se no podían herir ni aun con las espadas; e trabábanse a brazos, y derribábanse de los caballos, e más eran los que murieron de los pies dellos que de las feridas que se daban. El estruendo y el roido era tan grande, así de las voces como del reteñir de las armas, que todos aquellos valles de la montaña facían reteñir, que no parescían sino que todo el mundo era allí asonado; e por cierto así lo podéis creer, que no el mundo, mas todo lo más de la cristiandad e la flor della estaba allí, donde tanto daño en ella se recibió aquel día que por muchos y largos tiempos no se pudo reparar.

Pues estando la cosa en tan gran revuelta y peligro, sobrevino de la parte del rey Lisuarte el Emperador con más de tres mil caballeros, *y cargó sobre el rey Perión, que muy a punto estuvo de perderse.* Así estando en esta priesa como oídes, llegó aquel muy esforzado caballero Amadís, que traía en su mano la su buena espada tinta de sangre hasta el

puño, y como vió tanta gente sobre su padre, y sobre los suyos vió estar al Emperador delante combatiéndose, como cosa que ya por vencida tenía, puso las espuelas a su caballo, y metióse tan recio y tan denodado por la gente, que fué maravilla de lo ver.

Amadís, como llevaba los ojos puestos en el Emperador, e más en el corazón de lo matar si pudiese, metióse con muy gran rabia por le ferir; e como quiera que de todas partes grandes golpes le diesen por gelo defender, nunca tanto pudieron facer los contrarios, que le estorbasen de se juntar con él; e como a él llegó, alzó la espada e hirióle de toda su fuerza, e dióle tan gran golpe por encima del yelmo, que le desapoderó de toda su fuerza, y le hizo caer el espada de la mano; e como Amadís vió que iba a caer del caballo, dióle muy prestamente otro golpe por cima del hombro, que le cortó todas las armas e la carne fasta el hueso, de manera que todo aquel cuarto con el brazo le quedó colgado, e cayó del caballo tal, que dende a poco fué muerto.

Flaquearon entonces los romanos, hasta el punto de que sólo las fuerzas del rey Lisuarte sostenían en realidad la lucha con sus enemigos. Estando la batalla en tal estado como oís, Amadís vió cómo la parte del rey Lisuarte iba perdida sin ningún remedio, y que si la cosa pasase más adelante, que no sería en su mano de lo poder salvar, ni aquellos grandes amigos suyos que con él estaban; y sobre

todo, le vino a la memoria ser éste padre de su señora Oriana, aquella que sobre todas las cosas del mundo amaba e temía, e las grandes honras que él e su linaje los tiempos pasados habían dél recebido, las cuales se debían anteponer a los enojos, y que toda cosa que en tal caso se ficiese sería gran gloria para él, contándose más a sobrada virtud que a poco esfuerzo. E vió que muchos de los romanos llevaban a su señor faciendo gran duelo y que la gente se esparcía. Y porque venía la noche, acordó de probar si podría servir a su señora en cosa tan señalada; y fuése cuanto pudo por entre ambas las batallas, a gran afán, porque la gente era mucha e la priesa grande; que los de su parte, como conoscían la ventaja, apretaban a sus enemigos con gran esfuerzo, y en los otros ya cuasi no había defensa, sino por el rey Lisuarte y el rey Cildadán e los otros señalados caballeros; y llegó al rey Perión, su padre, e díjole:

—Señor, la noche viene; que a poca de hora no nos podríamos conocer unos a otros, e si más durase la contienda sería gran peligro, según la muchedumbre de la gente, que así podríamos matar a los amigos como a los enemigos y ellos a nosotros; paréceme que sería bien apartar la gente; que, según el daño que nuestros enemigos han recebido, bien creo que mañana no nos osarán atender.

El Rey, que gran pesar en su corazón tenía en ver morir tanta gente sin culpa ninguna, díjole:

—Hijo, fágase como te parece, así por eso que dices como porque más gente no muera; que aquel Señor que todas las cosas sabe, bien ve que esto más se deja por su servicio que por otra ninguna causa; que en nuestra mano está toda su destruición, según son vencidos.

Entonces el rey Perión e don Cuadragante por una parte, e Amadís e Galtines por la otra, comenzaron a apartar la gente, e hiciéronlo con poca premia, que ya la noche los partía. El rey Lisuarte, que estaba en esperanza ninguna de poder cobrar lo perdido y determinado de morir antes que ser vencido, cuando vió que aquellos caballeros apartaban la gente mucho fué maravillado, e bien creyó que no sin algún gran misterio aquello se facía, y estovo quedo hasta ver qué dello podría redundar. E como el rey Cildadán vió lo que los contrarios hacían, dijo al Rey:

—Paréceme que aquella gente no os seguirá, e honra nos facen; y pues que así es, recojamos la nuestra, e vamos a descansar, que tiempo es.

Así se partió esta batalla como oídes; e las gentes apartadas e tornadas a sus reales, pusieron treguas por dos días, porque los muertos eran muchos, e acordóse que seguramente cada una de las partes pudiese llevar los suyos. El trabajo que pasaron en los soterrar e los llantos que por ellos ficieron, será excusado decirlo.

El rey Lisuarte, después de rendidos los debidos

honores al cadáver del Emperador, estaba sumido en las más hondas vacilaciones, que bien advertía que con las fuerzas que le restaban no podría sostener una tercera batalla sin ser vencido en ella.

Con todo, porque no sufriera su honra, juntó a sus aliados y les manifestó que estaba dispuesto a morir en la pelea, pero nunca a solicitar paces. Todos le aseguraron que querían correr su misma suerte y se prepararon para continuar la guerra cuando fueran las treguas pasadas.

CAPITULO CUARTO

LAS GESTIONES DE PAZ

Entre tanto, un anciano ermitaño que moraba en aquella comarca, llamado Nasciano, y que gozaba de gran fama y prestigio entre todos los contendientes por su santidad y virtudes, tenía gran pesar en su corazón de que así se destrozara la flor de la caballería de tantos reinos, y como sabía el secreto de los amores de Oriana y Amadís, que muchas veces se había confesado con él la Princesa, se encaminó a la Insola Firme para rogar a Oriana que le permitiera revelar al rey Lisuarte lo que mediaba entre ella y Amadís, confiando en que sólo con aquello quedaría ya la guerra acabada.

Habló con Oriana al tiempo que los caballeros luchaban con mayor furia, y la Princesa, acongoja-

dísima, no sólo le permitió que comunicara a su padre aquel secreto, sino que le suplicó que hiciera cuanto le fuera posible para que cesara tan espantosa guerra, en la que, venciera quien venciera, Amadís a Lisuarte o Lisuarte a Amadís, siempre había de salir destrozado el corazón de la Princesa.

Durante las treguas, consiguió el santo ermitaño llegar a la tienda de Lisuarte. Habló a solas con el Rey, refirióle los amores de Oriana, y en nombre de Dios le suplicó, postrándose a sus pies, que diera fin a la tremenda lucha con unas alegres bodas.

El Rey estuvo largo rato meditando, y aparte de la seguridad de ser vencido en la guerra, dada la escasez de las fuerzas que le quedaban, pensó que, muerto el Emperador, con nadie podría casar a Oriana mejor que con Amadís, cuyo altísimo valer nadie tanto como él conocía, y así le respondió al ermitaño que, siempre que su honra quedara a salvo, estaba muy dispuesto a concertar paces y a que se celebrara aquel enlace.

Muy contento, trasladóse entonces el santo hombre al campo de Amadís, habló en secreto con éste y encontró que también él estaba deseoso de terminar la guerra por no verse en el caso de derrotar al padre de su señora. Oído esto, refirióle el ermitaño cómo, por mandado de la Princesa, había revelado al rey Lisuarte los amores de ésta con Amadís y cómo el Rey se manifestaba conforme con el matrimonio.

Amadís, cuando esto oyó, el corazón y las carnes le temblaban con la gran alegría que hobo, e dijo al ermitaño:

—Mi buen señor, si el rey Lisuarte dese propósito está y por su hijo me quiere, yo lo tomaré por señor e padre para le servir en todo lo que su honra sea.

El ermitaño y Amadís comunicaron al rey Perión todo cuanto ocurría, quien, no menos inclinado a la paz, de acuerdo con sus principales aliados nombró dos representantes suyos, que, con los del rey Lisuarte, discutieran y acordaran las condiciones del término de la guerra, y antes de otra cosa, una y otra parte dispusieron levantar los reales y que se retirara una jornada atrás cada uno de los ejércitos, yendo a la Insola Firme los de Amadís, y a la villa de Luvaina los de Lisuarte. De este modo, la mañana venida, las trompas fueron sonadas por los reales, e alzadas las tiendas; y con mucho placer de los unos y de los otros movieron los reales, cada uno donde debía ir.

Ya vos habemos contado cómo el rey Arábigo e Barsinán, señor de Sansueña, e Arcalaus el Encantador e sus compañas estaban metidos en lo más bravo y más fuerte de la montaña, aguardando el aviso de las escuchas que continuamente muy secreto sobre los reales tenían; las cuales vieron muy bien las batallas pasadas, *y dieron cuenta de ellas al rey Arábigo, cuyo* pensamiento fué de esperar a lo

postrimero; que bien cuidaba que al cabo la una parte había de ser vencida, e mucho placer tomaba consigo porque de la primera no se mostraba el vencimiento, que durando la porfía, más se acrecentaba el daño; que a la fin quedarían tales, que con poco trabajo y menos peligro despacharía a los que quedasen, e quedaría señor de toda la tierra sin haber en ella quien gelo contradijese.

Pues así estando, con mucho placer e alegría, vinieron las escuchas, e dijéronle cómo las gentes habían alzado los reales, e armados se volvían por los caminos que habían allí venido, que no podían pensar qué cosa fuese. Oído esto por el rey Arábigo, luego pensó que sobre alguna avenencia se podrían partir. Acordó de antes acometer al rey Lisuarte que a Amadís; pero dijo que no sería bien acometerlos fasta la noche, porque los tomarían más descuidados e a su salvo, e mandó *espías que acechasen sus pasos.*

El rey Lisuarte, que iba por su camino, fué avisado de algunos de la comarca cómo habían visto gente de caballo ir encobiertos por encima de los cerros de aquella sierra. El Rey pensó que no se podría partir de aquella gente, si a su parte acostasen, sin gran batalla, la cual por entonces temía, por ver su gente tan maltrecha de las batallas pasadas, y no facía sino andar su camino con harta priesa, porque la afruenta, si viniese, le tomase cerca de aquella su villa *de Luvaina,* que facía cuenta que,

aunque bien cercada no estoviese, que mejor en ella que en el campo se podría reparar; así que, en poca de hora se alejó gran pieza de la montaña.

Avisadas por sus espías las fuerzas del rey Arábigo iban tras él esperando la ocasión conveniente para el ataque.

Ocurrió entonces que el santo ermitaño tuvo que enviar con un recado para Lisuarte a dos donceles de Amadís, los cuales, llegados al real, encontraron que ya eran las fuerzas partidas para Luvaina. Siguieron sus huellas, y de allí a poco vieron cómo bajaban de la montaña y seguían al rey Lisuarte los temibles ejércitos del rey Arábigo.

Volvieron riendas y, galopando toda la noche, llegaron al alba a la tienda de Amadís, a quien despertaron haciéndole saber lo que ocurría. Este acordó con su padre ir con todas sus fuerzas en socorro del Rey de la Gran Bretaña; pero por ganar tiempo, Amadís partió delante llevando consigo a don Cuadragante, e a don Florestán, su hermano, e Angriote de Estravaus e Gandalín y cuatro mil caballeros, e al maestro Elisabat, que así en esta jornada como en las batallas pasadas hizo cosas maravillosas de su oficio, dando la vida a muchos de los que haber no la podieran sino por Dios y por él. Con esta compaña tomó el camino, y el Rey su padre e todos los otros en sus batallas ordenadas tras él.

CAPITULO QUINTO

LA DERROTA DE ARCALAUS

Siempre seguidos por las huestes del rey Arábigo, Lisuarte y los suyos anduvieron todo el día y toda la noche y al rayar el alba estaban ante los muros de Luvaina. El rey de la Gran Bretaña quería meterse en la ciudad, sin dar batalla, para reparar allí algún tanto sus armas, que todos las traían hechas pedazos, y dar descanso a hombres y a caballos, que ya no podían consigo de fatiga.

Mas los de Arcalaus los acometieron fieramente, antes de que pudieran ganar las puertas de la villa, y trabóse una muy dura batalla en la que las fuerzas de Lisuarte, peleando a la desesperada, se batieron con mucho mayor brío del que de su cansancio se podría esperar. Con todo, tales eran los ímpetus del contrario, que el propio rey de la Gran Bretaña, a quien le mataron el caballo y cayó en medio de los enemigos, habría sido muerto o hecho prisionero si no hubieran acudido temeraria y heroicamente a cubrir su cuerpo los mejores de sus caballeros. De este modo, al cabo de muchas horas de pelea y con grandes pérdidas, logró Lisuarte hacer entrar el resto de su gente por la puerta de Luvaina, siendo el propio Rey uno de los últimos que consintió en acogerse a tal defensa.

Los muros de la villa eran bajos y débiles y no podían oponer larga resistencia. Sin embargo, el Rey, una vez dentro, después de haber hecho que comieran sus fatigadas tropas de lo que los de la villa pudieron darles, las repartió por las murallas, guarneciendo especialmente los puntos más flacos, a lo que también acudió cuanta gente útil en la villa habitaba. Pero como ya era pasada la mayor parte del día, los del rey Arábigo acordaron cercar por aquella noche los muros de Luvaina, aplazando para la mañana siguiente el asaltarlos.

Por mucho que se apresuró Amadís con los que le acompañaban, no pudo evitar, con gran desesperación suya, que la noche les sorprendiera lejos aún de Luvaina. Moderaron el paso y los fuegos del real del rey Arábigo, que descubrieron desde lejos, sirviéronles para no errar camino, tanto que descubrieron ante sí la villa como a una legua de distancia, cuando comenzaba a romper el albá. Pues el día venido, el rey Arábigo y todos aquellos caballeros se aparejaron para el combate con muy gran esfuerzo e placer; e como armados fueron, llegaron todos al muro e a los portillos de la cerca; mas el rey Lisuarte con los suyos se los defendía muy bravamente; mas al cabo, como la gente era mucha y esforzada con la próspera fortuna, e los del Rey pocos, y los más dellos heridos y desmayados, non podieron tanto resistir ni defender que los contrarios no los entrasen por fuerza con muy grande

alarido; así que el ruido era muy grande por las calles, por las cuales el Rey e los suyos se defendían reciamente, y desde las ventanas les ayudaban las mujeres e mozos, e otros que no eran para más afruenta de aquella. La revuelta de las cuchilladas e lanzadas y pedradas era tan grande y el sonido de las voces, que no había persona que lo viese que mucho no fuese espantada.

Los de Lisuarte se defendían con la mayor bravura, mas todo no valía nada: que tanta gente cargaba por todas partes sobre ellos y les tomaban las espaldas, que si Dios por su misericordia no socorriera con la venida de Amadís, no tardaran media hora de ser todos muertos y presos, según las feridas tenían e las armas todas fechas pedazos; mas a esta hora llegó Amadís e sus compañeros con aquella gente que ya oístes; que después que el día vino aguijó cuanto pudo, porque ante que se apercibiesen los podiesen tomar. E como llegó a la villa e vió la gente dentro, e otros algunos que andaban de fuera, dió luego e tornó al derredor, e firieron e mataron cuantos pudieron alcanzar, y él por una puerta e don Cuadragante por la otra entraron con la gente, diciendo a grandes voces:

—Gaula, Gaula; Irlanda, Irlanda.

E como fallaban las gentes desmandadas e sin recelo, mataron muchos, e otros se les encerraron en las casas.

Los delanteros que peleaban oyeron las voces y el

gran roido que con los suyos andaban, e los apellidos; luego pensaron que el rey Lisuarte era socorrido, e desmayaron mucho, que no sabían qué facer, si pelear con los que tenían delante o ir socorrer los otros. El rey Lisuarte, como aquello oyó, e vió que sus contrarios aflojaban, cobró razón e comenzó a esforzar los suyos, e dieron en ellos tan bravamente, que los llevaron hasta dar en los que venían huyendo de Amadís e de los suyos, así que no tovieron otro medio sino poner espaldas con espaldas y defenderse. El rey Arábigo e Arcalaus, como vieron la cosa perdida, metiéronse en una casa; que no tovieron esfuerzo para morir en la calle, mas luego fueron tomados y presos. Amadís daba tan duros golpes, que ya no hallaba quien lo esperase, *y cuando vió que ya estaban deshechos los enemigos, pues tampoco don Cuadragante se había descuidado en su negocio,* dijo a Gandalín:

—Ve, di a don Cuadragante que yo me salgo de la villa, y que pues esto es despachado, que será bien que nos vamos sin ver al rey Lisuarte.

E luego fué por la calle hasta que llegó a la puerta de la villa por donde había entrado, e fizo cabalgar la gente que con él iba, e él cabalgó en su caballo. El rey Lisuarte, como tan presto vió el socorro de su vida e sus enemigos muertos e destrozados, estaba de tal manera que no sabía qué decir, e llamó a don Guilán, que cabe sí tenía, e díjole:

—Don Guilán, ¿qué será esto, o quién son éstos que tanto bien han hecho?

—Señor —dijo él—, ¿quién puede ser sino quien suele? No es otro sino Amadís de Gaula, que bien oístes cómo nombraban su apellido, e bien será, Señor, que le deis las gracias que merece.

Entonces el Rey dijo:

—Pues id vos adelante, e si él fuere, deteneldo, que por vos bien lo hará, e yo luego seré con vos.

Estonces fué por la calle, e cuando don Guilán llegó a la puerta de la villa, luego supo que era Amadís, e ya había cabalgado e se iba con su gente, que no quiso esperar a don Cuadragante porque lo no detoviese, e don Guilán le dió voces que tornase, que estaba allí el Rey.

Amadís, como lo oyó, hobo gran empacho, que conoció muy bien aquel que lo llamaba, a quien él preciaba mucho e lo amaba; e vió al Rey cabe él estar, e volvió, e cuando fué más cerca miró al Rey, e tenía todas las armas despedazadas y llenas de sangre de sus feridas, e hobo gran piedad de así lo ver; que aunque su discordia tan crecida fuese, siempre tenía en la memoria ser éste el más cuerdo, más honrado e más esforzado Rey que en el mundo hobiese: e como fué más cerca descabalgó del caballo, e fué para él, e fincó los hinojos e quísole besar las manos, mas él no las quiso dar, antes lo abrazó con muy buen talante e lo alzó suso, *lo* tomó por la mano e díjole:

—Señor, bien será, si a vos ploguiere, que demos

orden de descansar e folgar, que bien nos hace menester. Amadís le dijo:

—Señor, sea la vuestra merced de nos dar licen-

cia porque nos podamos con tiempo tornar yo y estos caballeros al rey Perión, mi señor, que con toda la otra gente viene.

—Por cierto esa licencia no vos daré yo; que aunque en virtud ni esfuerzo ninguno os pueda vencer, en esto quiero que seáis de mí vencido, y que aquí esperemos al Rey vuestro padre; que no es razón que tan brevemente nos partamos sobre cosa tan señalada como agora pasó.

—Así se haga como lo mandáis —dijo Amadís.

Entonces mandaron a la gente que descabalgasen e pusiesen los caballos por aquel campo, e buscasen algo de comer.

Poco después vieron venir las batallas de la gente que el rey Perión traía, que venían a más andar. El rey Lisuarte demandó un caballo e dijo al rey Cildadán que tomase otro y que irían a rescebir al rey Perión.

Amadís le dijo:

—Señor, por mejor habría, si por bien lo toviérdes, que descanséis y curen de vuestras feridas, que el Rey mi señor no dejará de venir su camino hasta vos ver.

El Rey le dijo que en todo caso quería ir. Entonces cabalgó en un caballo, y el rey Cildadán e Amadís en los suyos, e fueron contra donde el rey Perión venía. Amadís mandó a Durín que pasase adelante dellos e hiciese saber a su padre la ida del rey Lisuarte. Así fueron, como oídes, e muchos de aquellos caballeros con ellos, e Durín andovo más y llegó al Rey e díjole el mandado de Amadís; y él tomó consigo a *varios caballeros* e llegó al rey Lisuarte, e como se vieron, salieron entrambos adelante el uno al otro, e abrazáronse con buen talante, e cuando el rey Perión le vió así llagado e mal parado, e las armas despedazadas, díjole:

—Paréceme, buen señor, que no partistes del real tan mal trecho como agora vos veo, aunque allá vues-

tras armas no estovieron en las fundas, ni vuestra persona a la sombra de las tiendas.

—Mi señor —dijo el rey Lisuarte—, así tove por bien que me viésedes, porque sepáis qué tal estaba a la hora que Amadís y estos caballeros me socorrieron.

Entonces le contó todo lo más de la gran afruenta en que había estado. El rey Perión hobo muy gran placer en saber lo que sus fijos habían fecho con la buena ventura e honra tan grande que dello se les seguía, e dijo:

—Muchas gracias doy a Dios porque así se paró el pleito, e porque vos, mi señor, seáis servido e ayudado de mis fijos y de mi linaje; que, ciertamente, como quiera que las cosas hayan pasado entre nosotros, siempre fué y es mi deseo que os acaten e obedezcan como a señor e a padre.

CAPITULO SEXTO

LAS BODAS

En cuanto Lisuarte sanó de las heridas en aquella ocasión recibidas, reuniéronse en la Insola Firme las familias de todos aquellos reyes, con gran cortejo de damas y caballeros, para celebrar no sólo las bodas de Oriana y Amadís, sino las de don Galaor con la hermosa reina de Sobradisa, Briolanja; las del nuevo emperador de Roma con Leonoreta, hija segunda del rey Lisuarte; las de Agrajes, Me-

licia, Mabilia, y en general de gran número de caballeros y doncellas de los que habían vivido en torno a Oriana y Amadís, entre los cuales había repartido éste, poco antes de aquel día, los grandes estados ganados en la última guerra, sin reservar otra cosa para sí que el señorío de la Insola Firme, que, como bien sabemos, de antes poseía. También Urganda la Desconocida habíase presentado inopinadamente, en una sierpe de fuego, para ser testigo de las bodas de su caballero favorito.

Venido el día señalado, todos los novios se juntaron en la posada de Amadís, y se vistieron de tan ricos y preciados paños como su gran estado en tal auto demandaba, e asimesmo lo ficieron las novias; e los reyes e grandes señores los tomaron consigo, e cabalgando en sus palafrenes, muy ricamente guarnidos, se fueron a la huerta, donde fallaron las reinas e novias asimesmo en sus palafrenes; pues así salieron todos juntos a la iglesia, donde por el santo hombre Nasciano la misa aparejada estaba. Pasado el auto de los matrimonios e casamientos con las solemnidades que la santa Iglesia manda, Amadís se llegó al rey Lisuarte e díjole:

—Señor, quiero demandaros un don que os no será grave de lo dar.

—Yo lo otorgo —dijo el Rey.

—Pues, señor, mandad a Oriana que antes que sea hora de comer pruebe el Arco encantado de los Leales Amadores, e la Cámara Defendida, que hasta

aquí, con su gran tristeza, nunca con ella acabar se pudo, por mucho que ha sido por nosotros suplicada y rogada; que yo fío tanto en su lealtad y en su gran beldad, que allí donde ha más de cien años que nunca mujer, por extremada que de las otras fuese, pudo entrar, entrará ella sin ningún detenimiento; porque yo vi a Grimanesa en tanta perfición como si viva fuese, donde está hecha por gran arte con su marido Apolidón; e su gran fermosura no iguala con la de Oriana; e en aquella cámara tan defendida a todas se hará fiesta de nuestras bodas.

Y el Rey le dijo:

—Buen hijo señor: liviano es a mí complir lo que pedís, mas he recelo que con ello pongamos alguna turbación en esta fiesta, porque muchas veces contece, e todas las más, la grande afición de la voluntad engañar los ojos, que juzgan lo contrario de lo que es; e así podría acaescer a vos con mi hija Oriana.

—No tengáis cuidado deso —dijo Amadís—, que mi corazón me dice que así como lo digo se complirá.

—Pues así os place, así sea —dijo el Rey.

Entonces se fué a su hija, que entre las reinas e las otras novias estaba, e díjole:

—Mi hija, vuestro marido me demandó un don, e no se puede complir sino por vos; quiero que mi palabra hagáis verdadera.

Ella fincó los hinojos delante dél y besóle las manos, e dijo:

—Señor, a Dios plega que por alguna manera venga causa con que os pueda servir, e mandad lo que os ploguiere, que así se fará si por mí complir se puede.

El Rey la levantó e la besó en el rostro, e dijo:

—Hija, pues conviene que antes de comer sea por vos probado el Arco de los Leales Amadores e la Cámara Defendida; que esto es lo que vuestro marido me pide.

Cuando esto fué oído de toda aquella gente, a muchas plogo de ver que la prueba se ficiese e a otras puso gran turbación. Pues así como estaban, salieron de la iglesia, e cabalgando, llegaron al marco donde allí adelante a ninguno ni a ninguna era dada licencia de entrar, si dinos para ello no fuesen. Pues allí llegados, Melicia e Olinda, *la mujer de Agrajes,* dijeron a sus esposos que también querían ellas probar aquella aventura, de lo cual gran alegría en los corazones dellos vino, por ver la gran lealtad en que se atrevían. Allí descabalgaron todos e acordaron que entrasen delante Melicia e Olinda; e así se fizo, que la una tras la otra pasaron el marco, e sin ningún entrévalo fueron so el arco y entraron en la casa donde Apolidón e Grimanesa estaban; e la trompa, que la imagen encima del arco tenía, tañió muy dulcemente; así que todos fueron muy consolados de tal són, que nunca otro tal vie-

ran, sino aquellos que ya lo habían visto e probado. Oriana llegó al marco e volvió el rostro contra Amadís e paróse muy colorada; e tornó luego a entrar, y en llegando a la mitad del sitió, la imagen comenzó el dulce són; e como llegó so el arco, lanzó por la boca de la trompa tantas flores e rosas en tanta abundancia, que todo el campo fué cubierto dellas; y el són fué tan dulce e tan diferenciado del que por las otras se fizo, que todos sintieron en sí tan gran deleite, que en tanto que durara tovieron por bueno de no partirse de allí; mas como pasó el arco, cesó luego el són. Oriana falló a Olinda e a Melicia, que estaban mirando aquellas figuras e sus nombres, que en el jaspe hallaron escritos; e como la vieron, fueron con mucho placer contra ella, e tomáronla entre sí por las manos e volviéronse a las imágines; e Oriana miraba con gran afición a Grimanesa, e bien veía claramente que ninguna de aquéllas, ni de las que fuera estaban, no era tan fermosa como ella; e mucho dudó en la prueba de la Cámara, que para haber de entrar en ella la había de sobrar en fermosura; e por su voluntad dejárase de la probar, que de lo del Arco nunca en sí puso duda; que bien sabía el secreto enteramente de su corazón, cómo nunca fuera otorgado de amar sino a su amigo Amadís.

Así estovieron una pieza, y estovieran más, sino por ser el día tal que las esperaba; e acordaron de salirse así todas tres juntas como estaban, tan con-

tentas e tan lozanas, que a los que las atendían e miraban les paresció que habían gran pieza acrecentado en sus hermosuras, e bien cuidaron que cualquiera de ellas era bastante para acabar la aventura de la Cámara. Sus tres maridos, Amadís e Agrajes e don Bruneo, que aquella aventura habían acabado, como ya el segundo libro desta historia vos lo ha contado, fueron contra ellas, lo cual ninguno de los que allí estaban podieran hacer; e como a ellas llegaron, la trompa comenzó el son e a echar las flores, que les daban sobre las cabezas, e abrazáronlas e besáronlas, e así todos seis se salieron. Esto hecho, acordaron de ir a la prueba de la Cámara, mas algunas había que gran recelo llevaban de lo no poder acabar. Pues llegando al sitio que en la sala del castillo estaba, *primero se acercó* Olinda la mesurada, trayéndola Agrajes por la mano, que le daba gran esfuerzo, aunque no con mucha esperanza que en sí toviese, que el gran amor ni afición dél a ella no le quitaba el conocimiento de ver que no igualaba a la fermosura de Grimanesa; pero bien pensó que llegaría con las más delanteras; y llegando al sitio, dejóla de la mano, y ella entró e fuése derechamente al padrón de cobre, e de allí pasó al de mármol, que nada sintió; mas, como quiso pasar, la resistencia fué tan dura, que por mucho que porfió no pudo más de una pasada pasar más adelante, e luego fué echada fuera, tan desacordada, que no tenía sentido.

Melicia entró con gentil continencia e lozano corazón, que así era ella muy lozana e muy fermosa, e pasó por los padrones ambos, tanto, que cuidaron todos que entraría en la cámara; e Oriana, que así lo pensó, fué toda demudada de pesar; mas llegando un paso más que Olinda, luego fué tollida e sacada sin ninguna piedad, como la otra, tan desacordada como si muerta fuese, que así como más adelante entraban, mucho más la pena les era dada a cada una en su grado, e así se hacía a los caballeros antes que Amadís lo acabase. Las rabias que don Bruneo por ello hacía a muchos movían a piedad; mas a los que sabían el poco peligro que de allí redundaba, reíanse mucho de lo ver. Esto así fecho, llevó Amadís a Oriana, en quien toda la fermosura del mundo ayuntada era, y llegó al sitio con pasos muy sosegados y rostro muy honesto, e santiguóse e encomendóse a Dios, y entró adelante, e sin que nada sintiese pasó los padrones, e cuando a una pasada de la cámara llegó sintió muchas manos que la pujaban e tornaban atrás, tanto, que tres veces la volvieron hasta cerca del padrón de mármol; mas ella no hacía sino con las sus muy fermosas manos desviarlos a un cabo e a otro, e parecíale que tomaba brazos e manos; e así con mucha porfía e gran corazón, e sobre todo su gran fermosura, que muy más extremada era que la de Grimanesa, como dicho es, llegó a la puerta de la cámara muy cansada, e trabó de uno de los umbrales; entonces salió aquel

brazo e mano que a Amadís tomó, e tomó a ella por la una mano, e oyó más de veinte voces que muy dulcemente cantando dijeron:

—Bien venga la noble señora, que por su gran beldad ha vencido la fermosura de Grimanesa, e hará compaña al caballero que, por ser más valiente y esforzado en armas que aquel Apolidón, que en su tiempo par no tuvo, ganó el señorío desta ínsola, y de su generación será señoreada grandes tiempos con otros grandes señoríos que desde ella ganarán.

Entonces el brazo e la mano tiró, y entró Oriana en la cámara, donde se halló tan alegre como si del mundo fuera señora, e no tanto por su fermosura como porque, seyendo su amigo Amadís señor de aquella ínsola, sin empacho alguno le podía facer compaña en aquella fermosa cámara, quitando la esperanza desde allí adelante de se venir a probar ninguna, por fermosa que fuese. Isanjo, el caballero gobernador de aquella ínsola, dijo entonces:

—Señores, los encantamentos desta ínsola a este punto son todos deshechos, sin ninguno quedar; que así fué establecido por aquel que aquí los dejó; que no quiso que más durasen de cuanto se hallase señor e señora que estas aventuras acabasen, como estos señores lo han fecho; e sin embargo alguno, pueden allí entrar todas las mujeres, así como lo facen los hombres después que por Amadís acabada fué.

Entonces entraron los reyes e reinas, e todos los otros caballeros, e dueñas e doncellas cuantas allí estaban, e vieron la más rica e más sabrosa morada que nunca fué vista, e todas abrazaron a Oriana, como si por luengo tiempo no la hobieran visto; era tanto el placer e alegría de todos, que no tenían memoria de comer, ni de otra alguna cosa, sino de mirar aquella cámara tan extraña. Amadís mandó que luego fuesen en aquella gran cámara traídas las mesas, e así se fizo; e finalmente, los novios e novias, e los reyes e los que allí cupieron, folgaron e comieron en la cámara, donde de muchos e diversos manjares, e frutas de muchas maneras, e vinos, fueron muy bien servidos.

Pasadas estas grandes fiestas de las bodas que en la Insola Firme se ficieron, el Emperador demandó licencia a Amadís, porque, si le ploguiese, quería con su mujer tornarse a su tierra; todos los otros reyes e señores aderezaron para se ir *también, y* quedó en la Insola Firme Amadís con su señora Oriana al mayor vicio e placer que nunca caballero estovo, de lo cual no quisiera él ser apartado porque del mundo le ficiesen señor.

A Dios sean dadas gracias. Acábanse aquí
los cuatro libros del esforzado
e muy virtuoso caballero
Amadís de Gaula.

PALMERIN DE INGLATERRA

Libro del muy esforçado

Cauallero Palmerin de inglaterra hijo del rey dõ Duardos: y de sus grandes proezas: y de Floriano del desierto su hermano: con algunas del principe Florendos hijo de Primaleon. Impresso Año. M.D.xlvij.

CAPITULO PRIMERO

LA FLORESTA ENCANTADA

Saliendo un día don Duardos, *príncipe de Inglaterra,* a monte a la floresta *del Desierto,* llevando consigo a Flérida, *su joven esposa, hija del emperador de Grecia Palmerín,* mandó asentar sus tiendas en un verde prado, junto de una ribera que por allí corría, que con sus corrientes y claras aguas consolaba los corazones tristes.

No pasó mucho tiempo después que allí llegaron, que hacia la parte do la floresta se hacía mayor, comenzó a sonar la vocería de los monteros, e yendo don Duardos hacia aquella parte, vió un puerco grande, que, acosado de los perros, trasponía por un recuesto; mas él, fiándose en la ligereza de su caballo, le siguió de manera que en pequeño trecho le alcanzó de vista y los suyos le perdieron a él. Los que seguían a don Duardos fueron por el rastro en cuanto la claridad del día les duró; mas como les fué faltando, la escuridad les hizo desatinar de manera que perdieron el rastro.

Don Duardos, enlevado en el gusto de la caza y olvidado de cualquier peligro que de allí se pudiese suceder, siguió tanto tras el puerco, hasta tanto que el caballo de cansado no se podía menear; entonces se apeó dél, y quitándole el freno, le dejó pacer de la yerba para que tomase algún esfuerzo, y se acostó al pie de un árbol pensando dormir algún poco; mas viniéndole a la memoria con cuánta pena Flérida estaría por su tardanza, nunca pudo reposar, pasando en esto y en otras imaginaciones hasta la mañana.

Al otro día, caminó hacia aquella parte que a su parecer su gente quedara; mas su camino era tan apartado, que cuanto más caminaba, más se alongaba della, y desta manera anduvo hasta tanto que el sol se quería poner, que se halló en un campo verde, cubierto de deleitosos árboles, tan altos, que parecían tocar las nubes; por medio dellos pasaba un río de tanta agua, que en nenguna parte parecía haber vado, y tan clara, que quien por junto a la orilla caminaba podía contar las guijas blancas que en el suelo parecían; y como la tarde fuese serena, y los árboles con gracioso aire se meneasen, juntamente con el cantar de las aves de que los árboles estaban poblados, caminó por el río abajo tan transportado y desacordado de sí, que soltando las riendas al caballo, le guió para aquella parte para donde su fortuna le tenía ordenado, y así anduvo tanto, hasta que le puso al pie de una torre

que en medio del río, encima de una gran puente estaba edificada, bien obrada y fuerte, y allende desto muy hermosa para mirar de fuera y mucho más para recelar los peligros de dentro; la entrada della, así de la una parte como de la otra, era por la puente, la cual era tan ancha, que se podían combatir en ella cuatro caballeros. Don Duardos, recordando de su desacuerdo, y viendo la novedad del castillo y fortaleza dél, llamó a unas aldabas de hierro que en la puerta estaban.

No tardó mucho que en las almenas se paró un hombre, que, por lo ver desarmado, le fué luego a abrir. Al cual preguntó cúyo era aquel castillo. El portero le respondió que subiese arriba, que allá se lo dirían, y como su corazón no temió los peligros antes que los viese, perdido todo temor, entró en el patio, y de ahí subió a una sala, donde fué recebido de una dueña, que en su presencia representaba ser persona de merecimiento. Don Duardos, después de hacelle la cortesía que le pareció necesaria, le dijo:

—Señora, estoy tan espantado de lo que aquí veo, que quería saber de vos quién sois y cúya es esta casa tan encubierta a todos y tanto para no encubrirse a nenguno.

La dueña le tomó por la mano, y le llevó a una ventana que sobre el río caía, diciendo:

—Señor don Duardos, la fortaleza y el dueño della está toda a vuestro servicio; reposá aquí

esta noche, que por la mañana sabréis lo que deseáis.

No tardó mucho que llamaron a cenar, siendo tan bien servido como lo pudiera ser en casa del rey su padre; de ahí le llevaron a una cámara, donde había de dormir, en la cual estaba una cama tan bien obrada e rica, que parecía más para ver que para ocuparla en aquello para que fué hecha. Don Duardos se acostó, espantado de lo que vía; aunque pensar en Flérida no le dejase descansar, el trabajo pasado le hizo bien dormir. La señora del castillo, que no esperaba otra cosa, viéndole vencido y ocupado del sueño, mandó a una doncella, que en la cámara entró, tomar la su muy rica espada que traía siempre consigo, que la tenía a la cabecera, y después de tomada, sintiendo que su deseo podía venir a lo que siempre deseara, dijo a otra:

—Di a mi sobrino que venga, que con menos trabajo de lo que pensamos puede tomar venganza de la muerte de su padre, pues en nuestro poder está éste, que es nieto y yerno de aquel que le mató.

En esto bajó de lo más alto de la torre un gigante mancebo, acompañado de algunos hombres armados, y entró dentro en la cámara así acompañado, diciendo:

—¡Don Duardos, don Duardos! —en alta voz—: con menos reposo que eso habías de estar en esta casa.

Don Duardos recordó a sus voces; queriendo tomar su espada, no la halló. Entonces *el gigante* le mandó prender, sin él poderse resestir, que sólo con el corazón, sin otras armas, le tomaron; de ahí le llevaron a una torre en lo más alto de la fortaleza, adonde, cargado de hierro, le dejaron con intención de nunca soltalle. Cuando don Duardos se vió solo y así tratado, con ira que de sí mesmo tenía, comenzó a decir palabras de tanto dolor y lástima, que nenguno lo pudiera oír que no la hubiera dél.

¿Qué motivo había para que tan preclaro caballero fuera tratado de este modo? Dice la historia que en el tiempo en que Palmerín de Oliva, antes de ser emperador de Grecia y padre de Flérida, había estado en la corte del rey de Inglaterra, abuelo de don Duardos, como caballero andante, había libertado en brava pelea a la reina y su hija, que eran llevadas prisioneras por el temido gigante Franaque, el cual, por mano de Palmerín, había quedado muerto en el campo de batalla.

Este Franaque tenía una hermana, muy gran sabidora en las artes de encantamento, llamada Eutropa, que en su tiempo pasó a todas las personas que de aquel arte sabían. Y sabiendo la triste nueva de aqueste su hermano, tomando en sus brazos un pequeño hijo que le quedaba, que tenía por nombre Dramusiando, con grandes llantos lloraba la muerte de su padre, prometiendo que, con sus artes y con las fuerzas de aquel niño, tomaría tal venganza

del que lo mató y de todos los que de su linaje pudiese haber, que quedase dello perpetua memoria. Pasados los días del ímpetu de su pasión, quísose proveer como sabía en aquello que vió que era menester para su guarda; y haciendo de nuevo aquel castillo en que don Duardos fué preso, se metió en él con toda su familia, fortificándole todo lo que más pudo; y no se confiando desto, encantó de tal suerte toda aquella floresta al derredor, que ninguna persona podía entrar dentro si no fuese por su voluntad. En este castillo crió su sobrino hasta edad de ser caballero, *el cual,* como tuviese edad y entendimiento, y tuviese el ánimo muy grande, supiendo la muerte de su padre, el esfuerzo de su ánima le provocaba a ir por el mundo a vengar *su* muerte; mas Eutropa se lo impidió siempre, diciendo que viviese contento, que ella le prometía de le traer a su poder en quién pudiese tomar muy cruel venganza.

CAPITULO SEGUNDO

LOS MELLIZOS DE FLÉRIDA

Estando Flérida en la Floresta del Desierto, que quedara con *sus* damas junto con la ribera folgando y cogiendo de las flores de que el campo está cubierto, que esto era en el mes de mayo tiempo en

el cual ellas tienen su gracia, esperó a don Duardos hasta las horas que le pareció que debía venir, y viendo que tardaba, comenzó de entristecerse, anunciándole el corazón el desastre. Allegada la noche, parecióle más escura a Flérida de lo que de su natural lo podía ser; ninguna consolación la podía alegrar; los monteros acudían y su don Duardos no venía; Flérida no durmió en toda la noche, porque siempre en estos casos el cuidado vence el sueño.

Ya que la mañana esclarescía, el duque *de Galez* mandó a toda aquella gente que, repartidos, corriesen toda la floresta y mirasen si lo hallarían, y tornasen allí con el recaudo, porque Flérida tenía ordenado no hacer de allí mudanza hasta saber lo que dél era hecho. Pridos, hijo del duque, primo de don Duardos y muy grande amigo suyo, se metió por lo más espeso de la montaña, contra aquella parte do la mar batía, lo anduvo revolviendo todo, e ya desconfiando de le hallar, creyendo que de las alimañas bravas de que aquella montaña era poblada lo matarían por ir desarmado, tornóse tan triste que, desacordado de sí, con los ojos llenos de agua, las riendas sueltas sobre el cuello del caballo, haciendo muy grandes lástimas por aquellas muy grandes concavidades que la mar tenía hechas, y retumbando dentro el tono con que las decía, parecía que le ayudaban a sentir su pasión con aquellas mismas palabras que él mismo se quejaba.

No tardó mucho que por la ribera de aquella playa vió venir una doncella encima de su palafrén muy negro, vestida de la mesma color. Llegándose a Pridos, le tomó por la rienda, diciendo:

—Señor caballero, esforzad, que esa gran tristeza no puede guarecer a lo que buscáis. Sabed que don Duardos es vivo, puesto que no está en su libertad, ni saldrá tan presto de la prisión en que lo tienen; decid a Flérida que se consuele, y que tenga por muy cierto que esto todo vendrá a muy buen fin. Porque la soledad que agora comenzará a sentir se le tornará en mayor alegría.

Aun bien no acababa de decir estas palabras, cuando, dando del azote al palafrén, ella y él desaparecieron.

Pridos tornó con esta nueva donde Flérida estaba, *la que,* puesto que con ella le certificaba don Duardos ser vivo, quedó más triste de lo que antes estaba.

Y como pocas veces una pasión venga sola, con este acidente le dieron dolores de parto, y porque también ya el tiempo era llegado, sin mucho trabajo parió dos hijos, tan crecidos y hermosos que en aquella primera hora parecía que daban testimonio de lo que después hicieron. *Las* damas los tomaron, y envolviéndolos en ricos paños, se los presentaron delante, creyendo que con la vista dellos mitigaría la pena; Flérida los tomó en sus brazos con amor de madre; con palabras de mucha lástima decía:

—¡Oh hijos sin padre! ¡Cuánto más próspero pensé que vuestro nacimiento fuera! Mas en lugar de las fiestas que él para entonces aparejaba, yo moriré con este dolor y vosotros quedaréis sin él y sin mí y sin edad para sentir tan gran pérdida.

Luego un capellán, que allí estaba, los bautizó. Pusieron nombre al que nació primero Palmerín, que después se llamó de Inglaterra, y al segundo Floriano del Desierto, así por que la floresta en que naciera se llamara del Desierto, como por ser en tiempo que el campo estaba cubierto de flores. Acabado de bauptizar, les dió de mamar, así de la leche de sus pechos como de las lágrimas de sus ojos, porque las que ella vertía eran tantas, que, corriendo por sus mejillas, iban a parar a aquel lugar donde todo se juntaba.

Dice la historia que, estando en esto, llegó hacia aquella parte un salvaje que en aquella montaña vivía. Este se mantenía de la caza de las alimañas que mataba, vestíase de los pellejos dellas, y traía dos leones atados por una trabilla, con los cuales cazaba. Y viniendo aquel día allí, metido entre unas matas espesas, vió el nacimiento de aquellos infantes, y usando de lo que su inclinación brutal le inclinaba, determinó cebar sus leones en aquellas inocentes carnes, porque en todo el día no había cazado, y saliendo de súpito al campo, los que en él estaban, con el miedo, desmampararon a Flérida, escondiéronse entre las matas. El duque de Galez,

que muy viejo era y estaba desarmado, no pudo defender que el salvaje no tomase a los niños debajo del brazo, y caminando contra la cueva, se fué sin hacer más daño. Flérida quedó tal, que perdido el sentido no se acordaba de cosa ninguna; perdida la color natural, parecía más muerta que viva; mas tornando algún tanto en sí por las palabras que le decían, comenzó otro planto de nuevo, deseando mil veces la muerte, porque sólo en ella se halla reposo de todos los males.

CAPITULO TERCERO

DESIERTO Y PALMERÍN

Aqueste salvaje, después de haber tomado aquellos infantes, anduvo tanto hasta llegar adonde tenía la cueva, y hallando a la entrada della a su mujer, que le estaba esperando con un niño en los brazos, el cual era hijo de entrambos, que sería de edad de hasta un año; allí le dió la caza que traía, diciendo que en todo el día no había podido hallar otra, y que de aquella cenarían los leones; mas como las mujeres de su natural son inclinadas a piedad, túvola tamaña de aquellas vidas inocentes, que no quiso consentir lo que su marido traía ordenado; antes, tomando de otra carne, les dió de comer y a los chiquitos de mamar, con tan grande amor como

a su hijo propio; y con esto los crió a la leche de sus pechos hasta que la edad los enseñó a sustentar de otro mantenimiento.

Entre tanto, el rey de Inglaterra, Fadrique, padre de don Duardos, en el gran dolor de lo ocurrido a su hijo y nietos, envía un embajador a Constantinopla para hacerlo saber al anciano emperador de Grecia. Llega éste a la ciudad al tiempo en que se celebran grandes fiestas con motivo del nacimiento de Polinarda, nieta del emperador, hija de Primaleón el hermano de Flérida. Al momento son suspendidos los festejos, y el emperador Palmerín, muy alterado con tales nuevas, retírase a sus habitaciones. Mas el príncipe Primaleón, que grandes obligaciones debe a su cuñado don Duardos, dejando a su amada esposa Gridonia y a su reciennacida hija, toma sus armas y se pone secretamente en camino para lograr la libertad del prisionero. Lo mismo van haciendo los más famosos caballeros de la corte del emperador; y cuando la noticia de la pérdida de don Duardos se extiende por las de Francia, España, Alemania y otras tierras, no hay caballero que quiera ser el último en salir en su demanda.

Aquí deja la historia de hablar dello, y torna a los infantes, que la mujer del salvaje criaba con tanto amor como a sus propios hijos; así como iban creciendo se hacían tan hermosos y bien dispuestos, que parecían de mayor edad de lo que entonces eran: su ejercicio era cazar, siendo en ello tan

diestros, que casi tenían despoblada la mayor parte de aquella floresta de las alimañas que en ella había; y el que mayor montero y más gusto de cazar llevaba era Floriano del Desierto, en cuya conpañía los leones siempre andaban; traía un arco con muchas flechas, y salió tan singular flechero, que el salvaje no le igualaba con mucha parte; en esta vida continuaron hasta edad de diez años, en el fin de los cuales, un domingo por la mañana, Floriano se salió solo con sus leones por la trabilla, como algunas veces lo acostumbraba, por ver si mataría alguna caza, y andando todo el día a una parte y a otra sin hallar ninguna, al tiempo que el sol se quería poner, vió en una mata estar un venado muy grande, y adonde le tiró, y le dió con tanta fuerza que lo atravesó de la otra parte; mas el ciervo, que se sintió herido, se levantó con tan gran priesa, que los leones, a quien Floriano soltó la trabilla, no le pudieron alcanzar, antes corriendo ellos tras el venado y él tras ellos se desviaron tanto de la cierva, que Floriano perdió el tino della y a los leones de vista, andando toda la noche dando voces por ver si acudirían; y caminó tanto hacia donde le pareció que la cierva estaba, que fué a parar al propio lugar adonde naciera, que era allí cerca, y asentóse al pie de una fuente que allí estaba; no tardó mucho que por el mesmo camino hacia la fuente vió un caballero encima de un caballo bayo, las riendas caídas sobre el cuello del caballo, y él tan triste

de su cuidado que parecía que nenguna cosa sentía; tanto que llegó a la fuente, con el detenimiento que el caballo hizo en beber, tornó en sí, y viendo a Floriano, fué en él el sobresalto tan grande como si viera a don Duardos; porque éste se parecía mucho a él; preguntándole cúyo hijo era, Floriano le dió la cuenta de lo que sabía; el caballero le rogó que se fuese con él para Londres, y que le llevaría al rey, que le criaría y le haría mercedes.

Este caballero era el esforzado Pridos, que, cansado de correr todo el mundo en busca de don Duardos sin hallar ningunas nuevas, se tornaba para Londres, y tomando a Floriano consigo, le llevó a la corte, adonde del rey fue recebido como persona a quien mucho amaba, y le ofreció aquel doncel vestido de pieles de alimañas, con quien el rey fué tan alegre como si supiera ser aquél su nieto. Y tomándole por la mano, se fué adonde la reina y Flérida estaban, mostrando nuevo contentamiento, y puestos los ojos en Flérida, le dijo:

—Señora, vedes aquí el fruto que Pridos sacó de su tardanza; este doncel, tan parecido a mi hijo y a vuestro don Duardos, que me hace creer que puede tener algún deudo con él.

Flérida, a quien la naturaleza ayudase a conocelle, tomóle en los brazos con entero amor de madre, y pidiéndoselo al rey que se lo diese para su servicio, quiso que tuviese por nombre Desierto, sin saber que aquél era con el que naciera. Desta ma-

nera el infante Desierto se crió sirviendo a su mesma madre, sin ella ni él saber el mucho parentesco que entre ellos había.

Aquel día que el infante del Desierto salió a cazar, el salvaje esperó hasta la noche, y viendo que no venía él, ni los leones tampoco, comenzó de entristecerse, y gastando las horas del sueño en pensamientos que se le hacían perder, estuvo hasta otro día, que los leones llegaron ensangrentados de la sangre del venado que mataron; mas él que los vió sin su guardador, los mató, sin se le acordar la pérdida que en hacello recibía. Mas Palmerín se tornó tan triste que ninguna cosa le podía contentar, pasando el tiempo en irse a pasar su soledad riberas de la playa donde la mar batía. Tanto continuó esto, que una vez vió venir a la costa una galera, y llegando hacia aquella parte do Palmerín estaba, el capitán mandó poner la proa en tierra, hallando aquellos donceles, porque también Selvián, *el hijo del salvaje,* estaba en la compañía de Palmerín; espantado del parecer de entramos y de la manera de su traje, después de estar algún rato platicando, puso en su voluntad de llevarlos consigo por fuerza, si de otra manera no quisiesen; mas Palmerín no hubo menester muchas palabras, porque su naturaleza le inclinaba a no se contentar de aquella vida.

Entonces, entrando en la galera, el capitán hizo su camino como de antes llevaba; en esto continuaron tantos días, volviendo la costa de España y

travesando la de Levante, tanto que un día en la tarde allegaron al gran puerto de Costantinopla, que en aquel tiempo era poblada de voluntades tan tristes como en otro tiempo lo era de invenciones alegres y días contentos.

El esforzado Polendos, rey de Tesalia, que era el capitán de la galera que venía de correr y atravesar todos los mares, así Océano como Mediterráneo, sin hallar ninguna nueva de Primaleón ni de don Duardos, dió cuenta *al emperador* de las tierras que anduvo y de lo poco que en aquella demanda hiciera, de lo cual el emperador quedó muy descontento. Polendos le presentó el hermoso infante, con quien fué algún tanto consolado, pareciéndole que tan fermosa cosa había de traer consigo algo que diese contentamiento a quien le había menester, y llamando a un duque, lo mandó llevar a Gridonia, para que sirviese a su hija Polinarda, que ya en aquel tiempo comenzaba a ser tan hermosa que se creía que su madre y agüela no lo fueron tanto como ella en el tiempo que florecían.

La emperatriz y Gridonia lo recibieron con aquella voluntad que una persona inocente y cosa tan bella se había de recebir; y así comenzó a servir a Polinarda, hija de Primaleón y de Gridonia, con tan aparejado deseo, que le puso después en muchas afrentas, de las cuales nunca pensó salir.

No tardó mucho que por la puerta del palacio entró una doncella, la cual había venido en un pala-

frén blanco; traía vestida una ropa a la francesa, de invención nueva, bordada de trozos de oro, los cabellos echados a las espaldas, tomados con un muy rico prendedós, y allegando al estrado, sacó una carta del seno, y haciendo el acatamiento que a tan gran príncipe era necesario, se la metió en la mano. El emperador la mandó leer alto, en la cual decía: "A ti, el invictísimo e muy famoso Palmerín, emperador de Grecia: yo, la dueña señora del Lago de las Tres Hadas, te hago saber que el doncel que hoy te fué traído, de entrambas partes deciende de los más poderosos reyes cristianos que hay en el mundo; por tanto, tratalde como a gran príncipe, porque, en el tiempo que tu corona e imperial estado estuviere en el más bajo asiento de la fortuna, le tornará en la más alta grandeza que nunca fué, y por él serán restituídos en alegría los dos más afortunados príncipes que ahora están sin ella."

El emperador se fué para la emperatriz, mostrándola la carta; haciendo venir delante de sí al hermoso doncel, platicando con él algunas cosas quiso que hobiese por nombre Palmerín, no sabiendo que allende de ponerle aquel nombre, le tenía dende su nacimiento. Mas la emperatriz y Gridonia tenían por tan gran pérdida no saber ninguna nueva de Primaleón, que ningún placer otro las podía hacer olvidar este cuidado.

CAPITULO CUARTO

PRIMALEÓN

El gigante Dramusiando, tanto que tuvo a don Duardos en su prisión, supo de su tía Eutropa que a su fortaleza vendría un caballero que le prendería o le mataría a él; y porque tenía sus cosas por ciertas vivía con tanto cuidado, que esto le hacía usar de mayores cautelas de lo que hasta allí hacía; y como entonces la fama de los temidos gigantes Daligán de la Escura Cueva y del temido Pandaro fuese tan sonada que sólo con los nombres hacían espanto, tuvo manera que con grandes promesas los trujo para fortalecer su castillo, ordenando que cada uno de los que allí viniesen a la entrada de la puerta justase primero con don Duardos, y a la salida della hobiesen batalla con el temido Pandaro y venciéndole se combatiesen con Daligán de la Escura Cueva; y siendo el caballero tal que todas estas afrentas pasase a su honra, que hobiese batalla con el mesmo Dramusiando, que era tal, que si no fuera por las palabras de su tía, bien creyera que ninguna ayuda le era necesaria para defender su castillo y ofender a cuantos a él viniesen.

Una tarde aportó en aquel valle el muy esforzado príncipe Primaleón, cansado de las muchas aventu-

ras que por él pasaron y muy triste porque ninguna della fué tal que le diesen nuevas de don Duardos. Venía en un caballo morcillo, vestido de armas de verde y leonado, trayendo ocupados los ojos en la suavidad que aquellos árboles y corrientes de aguas hacían a quien a vista della caminaba; y así allegó a la puente al tiempo que don Duardos acababa de enlazar el yelmo y de tomar una gruesa lanza; estaba en un hermoso caballo alazán del gigante, armado de armas negras sembradas de fuegos, en el medio dellas unos corazones que ardían; en el escudo, en campo negro, la tristeza, puesta por tal arte, que ella misma enseñaba su nombre a quien no la conocía. Primaleón, que así le vió, le dijo:

—Señor caballero, ¿no daréis licencia a quien desea ver esa fortaleza que lo pueda hacer sin pasar por la furia de vuestras manos?

—La costumbre de la entrada os diré —*dijo don Duardos*—, y es que habéis de justar conmigo; y si me venciéredes, pasares por otros peligros dudosos, y entonces podréis ver lo que deseáis.

Dicho esto, apartándose lo necesario se encontraron con tanta fuerza, que las lanzas volaron en menudas piezas; y tomando otras dos lanzas muy más gruesas que las otras, pasaron la segunda y tercera y cuarta carrera sin ninguno llevar ventaja; mucho se espantaron de la fortaleza uno del otro, mas a la quinta se toparon de los cuerpos con tanta fuerza, que juntamente vinieron al suelo; mas como en en-

tramos hobiese tanto ánimo, luego se levantaron. Primaleón, con gran coraje de se ver así caer, echó mano a su espada, y embrazando su escudo se vino para don Duardos. Mas don Duardos, como hobiese probado muchos caballeros y ninguno tanto le había turado en la silla como aquél y le había así derocado, púsole luego en muy gran sospecha lo que podría ser y oyéndole hablar conoció verdaderamente ser aquel que había pensado, y apartándose afuera, le dijo:

—Señor Primaleón, yerro sería pensar ninguno que en ninguna cosa se puede igualar con vos.

Primaleón le conoció en la habla, y dejando la espada le fué abrazar, mas en esto abrieron las puertas y Pandaro le llamó que se recogese, que Dramusiando lo mandaba. Así que no tuvo tiempo para más que decille que se iba a su prisión. Primaleón se fué tras él, y a la entrada de la puerta el gigante le recibió armado de hojas de acero, de que todo venía cubierto; en la mano derecha traía una maza de hierro pesada y en la otra traía un escudo, cercado de arcos del mismo metal, diciendo:

—Agora quiero ver si esfuerzo o maña os salvan de mis manos.

—Mayor detenimiento —dijo Primaleón— sería querer responderte lo que esas palabras locas merecen que quebrar la soberbia con que son dichas.

Mas Pandaro bajaba ya con un golpe tal, que el escudo de Primaleón, en que dió, fué hecho piezas,

de que quedó muy poco contento por no tener con qué se cubrir en tiempo de tanta necesidad, y tornándole con otro, tomó al gigante en descubierto por una pierna, con tanta fuerza que, no le valiendo las armas, le cortó gran parte della, de que Pandaro quedó tan lisiado que casi no se podía tener en ella, y acudiéndole con otros tan a menudo que lo hacía desatinar, y con tanta desenvoltura que ninguno que el gigante diese aprovechaba, que todos se los hacía perder. Dramusiando, que los miraba a una ventana, juntamente con don Duardos, le preguntó quién era aquel caballero; él se lo dijo con asaz tristeza por ver el estado en que su amistad le había traído, de que Dramusiando en saberlo quedó del todo contento. Pues tornando a la batalla, el temido Pandaro echó el escudo a las espaldas, y tomando la maza con dos manos, se fué contra su enemigo, hiriéndole con tanta fuerza, que allí fuera el fin de sus días si tan bien no se guardara, dándole luego el pago con golpes más ciertos, de que la maza con cuatro dedos de la mano cayó en el suelo. Pandaro se quiso abajar por ella, mas él le dió de las manos tan recio que dió con él en el suelo casi sin acuerdo, e quiriéndole meter la espada por la visera del yelmo, vió sobre sí aquel espantoso Daligán de la Escura Cueva, que le dixo:

—A mí, a mí, caballero, que no a quien ya no se puede defender.

Primaleón, que vió tal contrario delante de sí,

viendo que no tenía con qué resistiese sus fuertes golpes, se abrazó por el escudo de Pandaro, y cubriéndose con él, que muy pesado era, comenzaron entre sí otra batalla, tal que la primera, en comparación de ésta, parecía nada, porque como el gigante viniese holgado y fuese de los más fuertes del mundo, y como a Primaleón viniese a la memoria que en aquella fortaleza estaba don Duardos preso, peleaba tan animosamente que el patio por donde andaban estaba lleno de sangre que de entramos salía, puesto caso que el gigante andaba peor por la ligereza de Primaleón, que se le defendía trayéndole ya el escudo tan deshecho que no tenía con qué se amparar; y desta manera anduvieron en la batalla la mayor parte del día, trayendo cada uno tales heridas que el desfallecimiento de sangre que dellos salía hacía los golpes ser de menos fuerza; en este tiempo fué el gigante tan congojado y ahogado del trabajo de las armas que cayó como si fuera muerto. Primaleón, que así lo pensó, se sentó sobre un poyo, tan cansado de lo mucho que había hecho, que no podía menearse. Dramusiando, que vió el fin de la batalla, bajaba al patio al tiempo que Primaleón quería subir allá riba. Dramusiando le dijo:

—Caballero, si quisiésedes haber duelo de vos, bien sería que os rindiésedes a mí y curaran de vuestras heridas, ganadas con tanta honra y que os ponen la vida en tanto peligro.

Negóse a ello Primaleón, y entonces el gigante arremetió a él con la espada alta, dándole tales golpes, que le hacía revolver a todas partes; Primaleón comenzóse a defender lo mejor que pudo, que para ofendello otro reposo le fuera necesario; la batalla fué entre ellos tal, que hacía olvidar las pasadas; mas los golpes del gigante eran tales, que adonde alcanzaban hacían tanto daño que las armas no lo podían resistir; y viendo la bondad de Primaleón, pesábale tanto velle morir, que, quitándose afuera, le dijo:

—Ce, caballero, agora conocerás que más con voluntad de favorecer tus heridas que con miedo de tus fuerzas te cometí que dejases la batalla; vee si lo quieres hacer, si no esta espada será castigo de tu locura, porque la vida no se ha de dejar a quien della no se contenta.

Primaleón, poniendo los ojos en sí, y viendo sus armas rotas y así herido de muchas heridas, vinósele a la memoria su Gridonia, y con una soledad triste comenzó a sentir lo que ella dél sentiría; y dijo consigo mesmo:

—Señora, hoy es el postrero día que vuestros cuidados me pueden dar que pensar; yo moriré en esta batalla, y ninguno dirá que con temor de la muerte perdí nada de mi honra. ¡Oh emperador Palmerín, cuán mal agora sabes el poco descanso que para tu edad te aparejo! ¡Oh mi señora Gridonia, este es el bien que la fortuna a vos y a mí

tenía guardado! Mas agora ¿por qué no me acuerdo que en vuestro nombre cometí tan grandes cosas como ésta, y que en ellas quedé siempre con vitoria?

Y estas palabras le pusieron tamaño esfuerzo, que casi no sintiendo las heridas que tenía, se fue contra el gigante, diciendo:

—Haz lo que pudieres, trabaja por defenderte, porque si hasta aquí peleaste comigo, agora con otras fuerzas y otro hombre te combates.

Y el gigante se fué a él, y comenzaron esta batalla tan diferente de las pasadas que don Duardos se espantaba de lo que vió, que a su parecer era la cosa más notable del mundo, en la cual anduvieron tanto que Dramusiando fué puesto en recelo de ser vencido, porque los golpes de Primaleón no parecían de hombre tan mal herido; mas como los del gigante no tuviesen resistencia, porque no tenía armas ni escudo con que se cubrir, fué puesto en tanta flaqueza, que casi no tenía fuerzas para sostener el espada, y lo que hacía era lo que el corazón le prestara, y ésta, como fuese sola y sin tener otra ayuda, dió con su señor en el suelo más muerto que vivo, con gran placer del gigante, y así como estaba le mandó llevar al aposento de don Duardos para que fuese curado, y primero que entendiese en la cura de su persona le hizo curar, porque, como se dijo, este Dramusiando fue el hombre que más deseó conservar la vida de los buenos

caballeros que hubo en el mundo, por el poco temor que los tenía.

CAPITULO QUINTO

EL TORNEO

Tanto tiempo el infante Palmerín se crió en casa del emperador de Grecia su agüelo, que ya era en edad para ser caballero, y tan amado y estimado de todos por sus buenas costumbres, como después fué temido de sus enemigos por su persona; y como él desease muchas veces verse en aquel aucto para que se criara, temía de pedillo al emperador, por no se ver apartado del servicio de la hermosa Polinarda su señora, con quien viviera desde el primer día que Polendos le trajera. Y porque ella sentía en él este deseo, pagábaselo con otro igual al suyo, el cual sabía muy bien encubrir, porque la hermosura de Palmerín traía consiguo el merecimiento desta afición. Pues el emperador, que en muy continua tristeza vivía por la pérdida de sus hijos y apartamiento de sus caballeros, que ya tenía por muertos, viniéndole a la memoria las palabras de la carta de la sabia del Lago de las Tres Hadas, que la doncella le trajo el día que Palmerín llegó, quísole hacer caballero, creyendo que con él cobraría el descanso perdido en que al presente no vivía,

si ellas fuesen verdaderas. Y por deshacer la tristeza de los suyos, que de tanto tiempo estaba ya arraigada, porque esta pérdida era tan general que a todos cabía parte, ordenó de juntamente con él de darla a todos los donceles que en su corte andaban, que eran muchos, y algunos dellos eran príncipes e infantes, y concertóse que el día desta cerimonia tornasen contra los otros caballeros que en la corte al presente se hallasen, porque esto hacía el emperador para esperiencia de las cosas que de Palmerín esperaban. Y mandóles aparejar para el día de Pascua de flores, y luego ordenaron cadahalsos sumptuosos en el campo adonde habían de ser los torneos. Los noveles velaron sus armas en la capilla, víspera de Pascua, y venido el día, el emperador y la emperatriz y Gridonia oyeron misa, la cual se dijo con gran solemnidad, y acabada, hizo por su mano caballero al infante Palmerín de Inglaterra primero que a otro ninguno. El rey Frisol de Hungría, que allí se halló, le calzó la espuela, y la hermosa infanta Polinarda le ciñó la espada, porque el emperador lo quiso así para más obligalle a sus hechos; y él lo tuvo en tanto, que acordarse desto en muchos peligros le dió nuevo esfuerzo. Tras él armó *caballeros a todos los otros príncipes e infantes que en su corte se habían criado.*

Esto acabado, él y la emperatriz, con Gridonia y el rey Frisol, comieron en la sala imperial con tanto aparato de fiesta como en el tiempo pasado, ser-

vidos con todo el estado real, habiendo tantos estrumentos y música como si en aquella corte no faltara nada del placer que poseían en el tiempo en que ellos más se acostunbraban. Acabado de comer, el emperador se fué al cadahalso donde había de ver los torneos, acompañado de algunos señores a quien las edades antiguas detenían en Costantinopla; porque a los otros, a quien aún les ayudaba, despendían el tiempo en la demanda destos asignados príncipes de quien entonces ninguna nueva se sabía. La emperatriz y Gridonia, con sus dueñas y doncellas, se pusieron en otro que para ellas estaba señalado, y a esta hora, de la parte de los caballeros estranjeros estaba tanta gente en el campo, que a la fama destas fiestas habían venido, que el emperador temió que los noveles no lo pudiesen sofrir, que a este tiempo salían de la ciudad armados de armas blancas, tan airosos y bien puestos que comenzaron de dar testimonio de lo mucho que después hicieron, trayendo por capitán al esforzado Palmerín. Puestos en orden, al son de muchas trompetas arremetieron unos a otros con tamaño ímpetu, como la codicia de la honra quería a quien la desea alcanzar; Palmerín, que era el delantero, antes que ronpiese, puestos los ojos en la fermosa Polinarda, dijo consigo mismo:

—Señora, para mayor afrenta quiero vuestra ayuda; por eso no os la pido en ésta, que sé que ante

vos no me puede acontecer cosa que la vitoria sea de otro, pues que vos ya la tenéis de mí.

No eran estas palabras bien acabadas, cuando él y Lebusante de Grecia se encontraron con tanta fuerza que Lebusante fué al suelo por las ancas del caballo, quedando Palmerín tan entero como si no le tocara, de que el emperador fué tan contento como espantado, porque este Lebusante era entonces el mejor caballero de toda Grecia. *Los demás caballeros noveles también se portaron con mucha gallardía.*

El estruendo destos primeros encuentros fué tan grande que parecía que un monte se acabase de caer, quedando por el canpo muchos caballos sin señores, quedando ellos en el suelo y algunos maltratados. Después de quebradas las lanzas echaron mano a las espadas, dándose tan grandes golpes que parecía que un gran ejército fuese allí junto. Lebusante de Grecia, descontento del desastre del primer encuentro, ayudado de los suyos tornó a cabalgar, y entrando por lo más áspero del torneo fería a una parte y a otra de tan duros golpes que por fuerza le hacían lugar, mirando por quién le derribara para enmendar la vergüenza en que le pusiera; yendo con este deseo, *puso en el mayor aprieto a los noveles, aunque éstos se defendían tan bien que* el emperador tuvo en tanto el alto comienzo destos noveles que todas las cosas pasadas le parecían pequeñas; mas de la parte de los estran-

jeros recreció tanta gente, que los noveles no se podían amparar, y por fuerza los arrancaron del campo, y en aquel tiempo no se halló el esforzado Palmerín de Ingalaterra, que aquel día había hecho tanto que ya no hallaba en quien emplear sus fuerzas; y siendo animado del aprieto en que los otros estaban, acudió aquella parte con el infante Platir, *hijo de Primaleón y Gridonia, y con otros caballeros,* y rompieron por medio de los contrarios con tanta fuerza, que los golpes que dellos recibieron no fué parte para enpedir su llegada. Platir, que vió al príncipe Florendos su hermano trabado con Trofolante, llegó a él, dándole muchos y grandes golpes, tanto que le hizo desatinar, y a este tiempo Lebusante de Grecia salió tan maltratado de las manos del príncipe Beroldo *de España,* que sin nengún acuerdo se tornaron a retraer, por no poder resestir a los golpes de Palmerín y de aquellos esforzados noveles sus conpañeros; con tanto placer del emperador y de la hermosa Polinarda, que, no lo pudiendo encubrir, estaba loando a sus damas su hermoso doncel. Ya que los contrarios iban de vencida fuera del campo donde la batalla se hacía, entraron de su parte por un costado del torneo dos caballeros armados de armas verdes, al parecer airosos y bien puestos, con sus lanzas bajas, y antes que las quebrasen derribaron a algunos de la otra parte, y sacando sus espadas, en poco tiempo hicieron tanto, que por fuerza los suyos tornaron a cobrar todo

lo que del campo habían perdido. Mas Palmerín vió aquellos caballeros y el estrago que hacían en los suyos, temiendo que la vitoria de aquel día fuese al revés, porque los noveles estaban casi destrozados del trabajo que habían pasado, y los otros cobraron esfuerzo con la nueva ayuda; por donde, como se le acordase que todo pendía dél, *salió al encuentro* de un caballero de los otros, el más esforzado, que por ser mejor conocido traía el escudo en canpo blanco un salvaje con dos leones por una traílla, el cual, pasando por fuerzas de armas todo el ímpetu de los noveles, y conociéndole por las grandes cosas que aquel día le viera hacer, se vino a él, el cual lo recibió con el mismo deseo, y comenzaron una brava batalla, tal que bien pareció que allí se juntaba toda la valentía del mundo; en la cual anduvieron tanto, hasta que las armas quedaron tan deshechas y los caballos tan cansados que no se podían menear, y apeándose de los caballos se pusieron a pie, que fué causa de doblarse más la furia de su batalla, trabándose a brazos algunas veces, confiándose cada uno en sus fuerzas; y con todo lo que probaban nunca pudieron conocerse ventaja. *Entre tanto Platir y Florendos lograban echar de nuevo a los caballeros forasteros fuera del campo.* El emperador, que la batalla de Palmerín y del caballero del Salvaje veía, estaba tan ocupado en el espanto que le ponía que no miraba por otra cosa, tiniéndola por la mayor que

nunca viera, y temiendo, según lo que vía, que entramos pudiesen allí morir, quiso escusar cosa tan mal empleada en tales dos caballeros, mandóles decir de su parte que pues el torneo era acabado, dejasen la batalla en que estaban; mas como cada uno deseasen saber lo que había de sí al otro no se pudo acabar con ellos, ni la infanta Polinarda se halló tan libre que dejase de sentir y recelar la afrenta en que su Palmerín estaba. En esta porfía duraron tanto, que la noche sobrevino, tan escura que les fué necesario apartarse, sin nenguno quedar con más que con muchas heridas y el deseo de la vitoria. El emperador mandó tocar las trompetas y recoger cada uno a su capitanía; los dos caballeros de las armas verdes se tornaron hacia la parte de donde vinieron. El emperador quiso que hubiese sarao, para pagar a los noveles el trabajo de aquel día danzando cada uno con su señora, y algunos hubo entrellos que por gozar de aquel contentamiento estuvieron engañando el dolor de sus heridas con aquella paga de su gusto. Palmerín, que no sabía con quién danzar por no atreverse a su señora, danzó con una camarera de la infanta Polinarda y mucho su privada; el príncipe Florendos con la infanta su hermana, que aquel día salió tan hermosa que podía tener su madre envidia y su agüela en el tiempo que florecieron; Platir con Floriana, nieta del rey Frisol; y así los otros cada uno con quien más tenía en su voluntad. Acabado el

sarao, el emperador se recojó al aposento de la emperatriz, acompañado de Palmerín y sus nietos, todos envueltos en el placer de su vitoria, y él algún tanto triste por no saber quién fuese el caballero del Salvaje, a quien entonces hiciera muy grandes mercedes si lo pudiera haber para su servicio, porque sólo para sustentar la honra se han de desear los bienes de fortuna.

CAPITULO SEXTO

EL CABALLERO DE LA FORTUNA

Entre tanto, sin que nadie pudiera saber cómo ni dónde, los más famosos caballeros del mundo, que lo recorrían en busca de don Duardos y Primaleón y de los otros desaparecidos, iban quedando presos en las redes de Dramusiando, de modo que, al cabo de los años, llegó a estar cautiva en su castillo toda la flor de la caballería. En tales circunstancias, parecióle al novel caballero Palmerín, aunque mucho le costaba apartarse de la vista de su amada Polinarda, que no era decoroso seguir por más tiempo gozando de la regalada vida de la corte imperial cuando tan falto de caballeros era el mundo, y así, luego de despedirse en secreto de Polinarda, con la más viva pena, sin ser visto de nadie, salió de Constantinopla con la sola compañía de Sel-

vián su fiel escudero, llevando por nombre el de El Caballero de la Fortuna.

Después de correr diversas aventuras en las que conquistó glorioso renombre, púsose en camino para la Gran Bretaña, con ánimo de probar aquella en que se habían perdido tan insignes caballeros.

Eutropa, la tía de Dramusiando, sabiendo por sus artes el gran peligro que para ella y su sobrino se encerraba en aquel nuevo caballero, hizo de modo que cuando el de la Fortuna estaba llegando a Londres, se le presentara, toda deshecha en llanto, una dueña con la súplica de que la vengara de no sé qué ofensas que fingía haber recibido del Caballero del Salvaje. Desafiólo el de la Fortuna, que nada deseaba tanto en el mundo como volver a medir sus armas con su enemigo de Constantinopla, y lucharon ante el rey y la corte de Inglaterra con tanto brío y fortaleza que en todo el día ninguno de ellos pudo conseguir victoria sobre el otro y cuando se puso el sol ambos estaban llenos de terribles heridas y con las armas destrozadas —aunque en peor situación el del Salvaje— pero tan enteros de ánimo que ni el propio rey los logró separar para que no acabaran de darse muerte uno a otro.

El rey, que ningún descanso ni reposo sufría en su corazón, fuese adonde estaba Flérida, diciendo:

—Señora hija, don Duardos es vivo y por mano de alguno ha de ser libre; no hay en el mundo en quien el hombre espere sino en el uno destos que

tan cerca están de perder las vidas; pídoos que luego los vais apartar, que por mí no lo quisieron hacer, y si no, si ellos mueren, yo he por muerta la esperanza que tuve hasta aquí de algún bien.

Flérida, que hasta entonces nunca había salido de su aposento ni ninguno la viera, tuvo por muy grave lo que el rey le pedía, mas quiso hacer su voluntad, y así salió por la plaza llevándola el rey por la mano, acompañada de cuatro dueñas vestidas de negro y ella con un hábito de la misma color de paño grueso conforme a su cuidado, en su cabeza una beatilla de lino que le cubría los ojos, mas tan hermosa como en el tiempo de su alegría. En la plaza de palacio hubo muy gran alboroto viéndola venir, y el espanto y rebullicio de la gente tamaño, que los caballeros se tornaron apartar por ver lo que era; Flérida llegó a ellos, y tomando al de la Fortuna por la manga de la loriga, le dijo:

—Pídoos por merced, caballero, si en algún tiempo por alguna dueña tan mal tratada de la fortuna habéis de hacer alguna cosa, que sea dejar esta batalla, pues en ella no se gana sino el riesgo en que vuestra vida y de esotro caballero está.

El de la Fortuna puso los ojos en ella, y parecióle tanto a su señora Polinarda, que no supo si pensase que era ella, y puniendo las rodillas en tierra, le dijo:

—Señora, esta fué la batalla que más deseé acabar en mi vida, y agora la dejo si en ello recebís ser-

vicio, y la honra della sea dese caballero, pues tan bien la merece.

—Esa no quiero yo —dijo el del Salvaje— sino cuando por mí la ganare, y si vos deseastes acabalia, también deseé lo mismo; mas pues hacéis lo que mi señora Flérida manda, mal podré yo hacer al contrario, que soy suyo y se lo debo de obligación.

Flérida se lo agradeció, y tornándose para su aposento, sin saber que no era aquella la primera vez que de su mano recibieran la vida.

Una vez sano de sus heridas, el caballero del Salvaje acometió la aventura del Valle de la Perdición —que ya por los escuderos de los caballeros presos en el castillo de Dramusiando se sabía donde habían quedado sin libertad don Duardos, Primaleón y todos los otros—, y si no logró darle cima, estuvo más cerca de la victoria que nadie lo había estado, pues, después de haber vencido a don Duardos y todos los gigantes, si no triunfó de Dramusiando tampoco fué derrotado por éste, sino que, después de luchar horas y horas, cuando cerraba la noche cayeron ambos en tierra, más muertos que vivos, de la sangre que se escapaba de sus muchas heridas. Entonces, un encantador que protegía extremadamente a la familia del rey de Inglaterra, llamado Daliarte, envuelto en una negra niebla, llevóse del patio del castillo el cuerpo del caballero del Salvaje, sin saber nadie cómo, mientras Eutropa y

las gentes del castillo trataban de reanimar a Dramusiando.

CAPITULO SEPTIMO

LOS ENEMIGOS HERMANOS

El caballero de la Fortuna, que no había querido aceptar la hospitalidad que para que se curara de sus heridas le había ofrecido el rey, cuando sintió que sus fuerzas eran recobradas, se armó de las nuevas armas que Selvián le había encargado y se puso en busca de la fortaleza de Dramusiando. Anduvo así muchos días sin hallar aventura que de contar sea, en fin de los cuales le tomó una noche en un valle donde vió estar una tienda armada, con lumbre de hachas dentro; y llegándose más cerca por ver lo que sería, no halló otra cosa si no fué un caballero muerto metido en unas andas, y otro que con palabras de mucho dolor mostraba sentir su muerte, y conociendo que aquel era Rosirán de la Brunda, sobrino del rey de Inglaterra, parecióle que el de las andas no sería persona de poco precio; apeándose del caballo entró así armado en la tienda, y comenzóle de consolar. Mas don Rosirán, que en viéndole conoció al de la Fortuna, se levantó en pie diciendo:

—Ya, señor caballero, seréis contento, pues es

muerto el caballero a quien vos por mayor enemigo teníades; este es el caballero del Salvaje, de quien ya deseastes vitoria y no la podistes haber.

El de la Fortuna le vinieron las lágrimas a los ojos, que esto tienen los corazones piadosos, aun del mal de sus enemigos tener compasión, diciendo:

—Por cierto, nunca yo de nenguno más la deseé; *pero si* en la vida fué la enemistad tan grande como vos sabéis, en la muerte quiero que veáis lo que en su venganza haré; por eso querría que dixésedes en qué parte le aconteció esta desventura, porque quiero también pasar por ella o vengar a él.

—Señor, yo llego aquí —dijo don Rosirán— habrá media hora, y no sé más que lo hallé en este estado y un hombre que de aquí se fué me dijo que estas feridas recibió en la fortaleza del gigante Dramusiando, donde se cree que todos o los más excelentes caballeros del mundo son perdidos; y puesto que hiciera en armas cosas tan estremadas cuales de otro nunca se vieron, al fin quedó tal como veis, sin poder dar fin aquella tan peligrosa aventura.

El caballero de la Fortuna, que el dolor de tal acaecimiento sentía dentro en el alma, viendo que él no había acabado aquella aventura, túvola en más que hasta allí; tomando las armas en las manos para ver los golpes, las halló tan despedazadas, que no tan solamente tuvo en mucho la grandeza dellos, mas tuvo en mucho más ver a hombre en el mundo que con tamañas heridas se sostuviese al-

gún espacio; llegándose más a él por ver si del todo era muerto, quitóle un paño de seda con que el rostro estaba cubierto; afirmando los ojos, le dió un sobresalto el corazón como si del todo le conociera, y porque la naturaleza en estos casos lo descubre todo, ella le trujo a la memoria la pérdida de su hermano, viéndole algunas señales en que sospechó ser aquél, y llamó a Selvián para que le viese, y tanto le estuvo mirando, que entramos conformaron en aquella sospecha; mas el de la Fortuna, que aun no estaba satisfecho, dijo contra don Rosirán:

—Pídoos por merced, señor caballero, que me digáis su nombre si lo sabéis, y cúyo hijo es, pues vos ni él perdéis en ello nada, y aun me quitáis de una duda en que estoy.

—Aventúrase ya tan poco en esto —dijo él— que no quiero negar lo que sé; su propio nombre es Desierto; padre ni yo ni otro le conoce, puesto que a mí como al mayor amigo que siempre tuvo confesó algunas veces que un salvaje le criara y a éste conocía por padre, llamándose siempre en su poder el mismo nombre de Desierto.

El caballero de la Fortuna, a quien estas palabras tocaron en el alma, viendo ser su hermano, cayó sobre las andas tan sin acuerdo como si su corazón no fuera para mayores afrentas; en esta hora entraron en la tienda cuatro hombres, y puniendo las andas en dos palafrenes que para eso trujeron, se partieron con aquel cuerpo muerto.

El de la Fortuna se quisiera ir tras él, mas no se lo consintieron, diciendo que creyese que si algún remedio de la vida tuviese, que sin él se le darían; entonces lo dejó llevar, por le parecer escusado seguillo; preguntó a don Rosirán qué quería hacer de sí, porque su determinación era acabar donde el otro caballero recibió sus heridas, o ver si las podía vengar.

—Yo —dijo don Rosirán— tórnome a Londres con estas sus armas, y amostrallas al rey de cuya mano fué hecho caballero, que las mande guardar y tenellas en tanta veneración en la muerte como sus obras merecían en la vida.

—¿Sabríadesme decir —dijo el de la Fortuna— a qué parte está esta fortaleza donde todos acaban?

—No lo sé, ni creo que nenguno lo sabe —dijo él.

Luego se despidieron el uno del otro, siguiendo cada uno su viaje.

CAPITULO OCTAVO

LA LIBERTAD DE LOS CABALLEROS

Tanto que el caballero de la Fortuna se apartó de Rosirán, no anduvo mucho por el valle abajo que no se abajase del caballo, echándose al pie de un árbol con propósito de dormir lo que de la noche quedaba por pasar, mas no lo pudo hacer con el

dolor que las heridas del caballero del Salvaje le hicieron, pasándole también por la memoria la tristeza en que vivía de no saber cuyos hijos fuesen; esto le hacía desear hacer obras con que todas esotras cosas se olvidasen, deseando ya verse en la torre de Dramusiando y esperimentar su fortuna o a hacer fin juntamente con los otros; tanto que la mañana esclareció, Selvián le llegó el caballo y en él empezó a caminar por aquella tierra, preguntando siempre por nuevas del castillo del gigante; todos lo sabían tan mal que nunca halló nuevas de lo que deseaba, y puesto que cada día pasase cerca de él, no quería Eutropa que entrase en el sitio defendido hasta que los gigantes y su sobrino estuviesen en disposición de hacer batalla; así que desta manera andó atravesando aquel reino por espacio de más de cuarenta días (*en uno de los cuales Daliarte, el encantador que protegía a su familia, hizo llegar a sus manos un escudo invulnerable*); al fin dellos, estando ya el gigante Dramusiando y su gente para sufrir cualquier trabajo, se halló dentró del valle de la Perdición, a riberas del río, de la parte de arriba; pareciéndole el sitio y tierra tan fresca, la juzgaba por la mejor cosa del mundo; yendo ocupando los ojos en la verdura del campo, la clareza y mansedumbre del agua y el cuidado en su señora Polinarda, comenzó hacer entre sí mil diferencias enamoradas que le llevaban tan sin acuerdo, que solamente para pensar en el peligro en que estaba no

tenía memoria; acordó deste pensamiento a las voces que Selvián le daba hallándose junto de una torre y don Duardos en medio de la puente apercebido de justa.

En esto vió que don Duardos le dió voces que justase, y abajando las lanzas, cubiertos de los escudos, se encontraron de todas sus fuerzas; la lanza de don Duardos fué hecha pedazos en el escudo del de la Fortuna; el escudo de don Duardos fué falsado y las armas también, y él algún tanto herido, mas no de muerte, y porque no tenían más lanzas para poder justar, y batalla de las espadas don Duardos no la podía hacer según la ordenanza del castillo, fué luego abierta la puerta de mano de aquel temido Pandaro; don Duardos se recogió mal tratado del encuentro; el de la Fortuna, que ya deseaba esperimentar la suya, entró tras él; Pandaro, que no esperaba otra cosa, tanto que le vió dentro le cerró la puerta cubierto de su escudo, con su maza en la mano hecha de nuevo se vino a él; el de la Fortuna le recibió cubriéndose con su fuerte escudo, adonde los golpes hacían tan poco daño como si dieran en una roca, hiriendo también al gigante tan mortalmente, que en pequeño espacio le trató tan mal cuanto él nunca se viera de las manos de otro si no fué del caballero del Salvaje; y porque sintió cuán poco daño hacían sus golpes en el escudo de su contrario, se esforzó tanto para sostenerse en la batalla, que aquel día fué en que

mostró el fin de sus fuerzas y el esfuerzo. El caballero de la Fortuna andaba tan vivo, que allende de le tener deshecho el escudo en el brazo, le tenía hiriéndole por tantas partes, que Dramusiando y Primaleón y don Duardos, y los otros que miraban la batalla, hallaban en ella por milagro, loándole tanto cuanto su ardideza era dina de hacello.

En este tiempo andaba el gigante tan flaco, que cerca no se podía tener; el de la Fortuna, conociendo su flaqueza, le cargó de tantos golpes, que le hizo venir al suelo tan sin acuerdo como aquel que del todo era muerto; luego le desenlazó el yelmo para le cortar la cabeza, mas no lo hizo, lo uno por no ser necesario y lo otro porque Daligán no le dió tanto espacio; y puesto que en aquella hora hobiese menester descansar, comenzó de defenderse, viendo que la intención del gigante no era tal; mas en menos de una hora él le paró tal, que le hizo desear reposar un poco; mas luego se apartaron afuera. El caballero de la Fortuna, mirando hacia sí, vió su escudo tan sano como si no le hubieran dado ningún golpe, mas las armas estaban rotas por algunos lugares, y pasándole por la memoria los peligros de aquella casa, conoció que sin un compañero tal como él traía no lo pudiera sufrir. Daligán estaba mal tratado, y Dramusiando puesto en tamaño recelo que no sabía qué se pensase. En esto se tornaron a juntar Daligán y el caballero de la Fortuna con mayor ímpetu y braveza,

mas la batalla duró entrellos poco, que puesto que el esfuerzo de Daligán no fuese pequeño, el de la Fortuna, vió las ventanas y almenas llenas de sus amigos, y acordándose que estaban presos y la confianza que en él tenían, combatióse con tal esfuerzo, que dió con él a sus pies, y desenlazándole el yelmo le cortó la cabeza.

Dramusiando quedó tan enojado, que luego pidió sus armas; el de la Fortuna se asentó en un poyo tan cansado que no se atrevió a subir la escalera sin tomar algún reposo, y de ahí estuvo hablando con algunos sus amigos; don Duardos le rogó que se quitase el yelmo, que le deseaba ver; *otro cautivo,* viéndole dudar, dijo:

—Caballero, quien esto pide es don Duardos.

El de la Fortuna, oyendo nombrar a don Duardos, puso los ojos en él, y en el parecer de su persona juzgaba que debía de ser él; entonces, quitándose el yelmo, quedó tan abrasado del trabajo pasado, que el mismo trabajo le hizo parecer más hermoso de lo que era él de su natural.

—Ya yo creo —dijo don Duardos— que quien Dios hizo en el parecer tan diferente de los otros, que no le guardó sino para en todas las otras cosas lo ser; pidos por merced que si vuestra buena ventura llegase al cabo con ese gigante que agora allá va para hacer batalla con vos, que uséis con él de toda cortesía, porque nunca vistes hombre de su manera tan merecedor della.

El caballero de la Fortuna le quisiera responder, mas vió que Dramusiando estaba ya abajo, y no tuvo tiempo para más que enlazar el yelmo, poniéndose a una parte del patio cubierto de su escudo a esperalle. Dramusiando, como algún tanto viniese señoreado de la ira por la muerte de Daligán, quiso luego gastar el tiempo en su batalla antes que palabras, y juntándose entramos comenzaron a ferirse de tales golpes, que en pequeño tiempo se hicieron mucho daño; los de Dramusiando entraban por el escudo del de la Fortuna tan gravemente como si fuera alguno de los otros, de que al de la Fortuna nació algún recelo y temor, si bien conoció que quien se le envió le debió de hacer ansí, para que si la vitoria de tamaña impresa hobiese de alcanzar, no fuese todo atribuída a la fortaleza del escudo, y guardándose de Dramusiando con mayor tiento de lo que hasta allí hiciera, hacíale dar sus golpes en vano, que de otra manera cualquier dellos que le acertara en lleno le pusiera en gran peligro; mas no se podía guardar tanto que no le diese algunos, de que le hacía andar bien maltratado, el escudo todo deshecho; las armas andaban eso mesmo; puesto que las del gigante no le llevasen ventaja, la sangre que les salía era mucha, así que en ellos no había más que la braveza con que peleaban, y esta era tal, que allende de destruír a ellos, hacía dolor a quien con amor los estaba mirando; mas sus corazones incansables, y que en

aquel tiempo podían sufrir mal reposo, no los dejaba descansar, antes renovando la batalla se trabaron de manera que quien de fuera los miraba no juzgaba que nenguno dél no quedaba para poder entrar en otra parte, que los más de aquellos príncipes y caballeros sentían tamaña pena que antes tomaran por partido ser siempre presos que libres si su libertad había de ser con la muerte de tal caballero. Dramusiando y él se quitaron a fuera por tomar algún descanso; Dramusiando, temiendo que aquel sería el destruidor de sus fuerzas y que allí se cumplía lo que Eutropa siempre anunciara, pensó en si le cometería algún partido con que dejase la batalla; después, acordándose que tal cometimiento para su honra era dañoso, quiso antes dejarse morir en ella que vivir con tal menoscabo a su honra. El caballero de la Fortuna, que en el mismo recelo estaba metido, comenzó a decir entre sí: —Si mi muerte ha de ser por causa de la libertad de tantos, aquí mejor que en otra parte es ella bien empleada—; mas volviendo a su señora, decía: —Señora, si algún tiempo esperáis acordaros de mí, sea éste, o al menos para que sepáis que con vuestro favor se alcanzó tamaña vitoria—. Estándole encomendando el peligro de su batalla vió que Dramusiando venía contra él tomada la espada con entramas manos, porque ya nenguno tenía escudo con que se amparar, y apartándose del golpe le hizo dar en vano, como todos los otros, dando los suyos

de manera que le hacía muchas heridas: mas por eso Dramusiando no dejaba algunas veces de empecelle, de manera que se llevaban poca diferencia; ya se habían parado tales que casi no se podían tener. Los que miraban la batalla estaban pasmados de la ver; mas como les fuese faltando la sangre y aliento, fué tan grande la flaqueza de Dramusiando, que cayó en el suelo sin nengún sentido, y el caballero de la Fortuna se sentó no pudiéndose tener en pie; luego bajaron de lo alto de la fortaleza todos los prisioneros, y don Duardos quitó el yelmo a Dramusiando para que le diese el aire, pidiendo al de la Fortuna, pues la vitoria claramente era suya, no quisiese más venganza, que de lo hecho se contentase.

—Pues que mi intención era otra —respondió el de la Fortuna—, dejaré de le cortar la cabeza pues vos lo mandáis, y también porque pienso que será escusado, que él y yo estamos tales que más muertos que vivos nos podéis contar.

El príncipe Primaleón, Polendos y otros señores le tomaron en brazos; viendo que con la falta de sangre le venían algunos desmayos, tenían esta vitoria con mucho descontento hasta ser ciertos de la salud de tal caballero; en esto llamaron a la puerta de la torre con mucha priesa; Platir fué a abrir, por ver quién era, y halló un hombre antiguo a manera de griego, que entró dentro, y dos doncellas con él; cada una traía en la mano una bujeta dora-

da, en que venían algunos ingüentos necesarios; a tal tiempo y sin más detenerse le buscó las heridas, tomando la sangre así al uno como al otro, untándolos a entramos con igual diligencia, sin consentir que otro nenguno tocase a ellos, y mandando llevar cada uno a su cama, dijo contra aquellos señores que se consolasen, que no eran aquellas heridas de que nenguno dellos peligraría, por donde el placer fué algún tanto; mas sabiendo que en el vencimiento del gigante se quebraban los encantamentos de aquel valle, y que la salida estaba en ellos, tuvieron más de que se contentar.

CAPITULO NOVENO

LAS FIESTAS DE LONDRES

Días después fué enviado a la corte de Inglaterra, con noticia de lo que en el castillo de Dramusiando había ocurrido, uno de los caballeros que habían estado allí prisioneros y es imposible describir la alegría que en todos produjeron tan dichosas nuevas. Cuando las heridas de los caballeros lo consintieron, pusiéronse en camino para la Corte los antiguos cautivos de Dramusiando, llevando a éste con el mayor honor entre ellos, por la afección y gratitud que en todos había despertado la gran hu-

manidad que con ellos en toda ocasión había usado, aunque fueran sus prisioneros.

Con placer caminaron hasta que estuvieron a vista de la cibdad; la gente que de la cibdad salía era en tanta cantidad, que todo el camino venía lleno, de manera que los de a caballo no podían andar; unos se llegaban a don Duardos por velle por el gran amor que le tenían; algunos después de velle a él iban a ver al gigante Dramusiando y al caballero de la Fortuna, teniendo por cosa espantosa por un caballero ser vencido un hombre como aquél; así allegaron a vista de la gran ciudad de Londres, adonde viendo don Duardos por entre los otros edificios el aposento de Flérida, no pudo estar tan libre que sus ojos no sintiesen la soledad de tanto tiempo; mas acordándose cuán cerca estaba de vella, le hizo olvidar con la gloria presente toda la tristeza pasada, y esforzóse lo mejor que pudo para que ninguno le sintiese aquella flaqueza; llegando junto de la ciudad, el rey los vino a recebir con una solene fiesta; el rey recibió a cada uno según la valía de su persona; don Duardos llegó de los postreros con Dramusiando, y después de besar la mano al rey con las rodillas por el suelo, le dijo:

—Señor, si ante vuestra alteza yo puedo valer alguna cosa, sea hacerme tanta merced que a este gigante trate, no como hijo de su padre, sino como el mejor hombre del mundo, pues él lo es.

El rey levantó a don Duardos, tomándole por

entre los brazos le apretó consigo, derramando muchas lágrimas le dijo:

—Hijo don Duardos, ¿quién es el que tanto deseara veros y que en este tiempo os negara ninguna cosa?

Entonces volvió hacia Dramusiando, que le quería besar las manos, y abrazándole, dijo:

—Por cierto, Dramusiando, mal pensaba yo que quien tanto mal me hizo quisiese tanto; mas vuestras noblezas pudieron tanto conmigo, que allende de me hacer perder el enojo, volví la voluntad tanto de vuestra parte, que agora no sé ya quién puede ser vuestro enemigo que también no lo fuese mío.

En esto vió que el caballero de la Fortuna se venía para él, y tomándole en los brazos comenzó a decir:

—¿Quién me dijo a mí siempre que si algún bien me había de venir había de ser por vuestras manos?

—Por las de Dios puede vuestra alteza decir, que así lo quiso —respondió él—, que las mías no son para tanto.

Acabado este razonamiento, se fueron para la iglesia principal de la cibdad, adonde oyeron misa con tanta solenidad como era razón; acabada la misa, aquellos príncipes y caballeros casi por fuerza hicieron cabalgar al rey, y ellos le fueron acompañando hasta el palacio, donde hallaron a la reina y a Flérida que los salieron a recebir; entramas juntas tomaron a don Duardos, aun no creyendo que

le tenían allí. El rey tomó a la reina por la manga de una ropa que traía, diciendo:

—Señora, vuestro hijo ya está en vuestra casa, y cada día le podéis ver; agora hablá a estos príncipes y caballeros, a quien tanto debemos por el peligro que por nosotros se pusieron con deseo de la libertad de don Duardos.

Entonces, mostrándole a Primaleón, la reina le recibió como a tan gran persona convenía, y luego a todos los otros príncipes y caballeros mancebos.

De allí a poco, en un brillante torneo que se celebró en honor del emperador de Alemania, que había venido a visitar al rey de Inglaterra, lucharon de un lado los caballeros ingleses y del otro los de Constantinopla que habían venido a libertar a don Duardos, menos el de la Fortuna, que no tomaba parte por expreso deseo del soberano. Los caballeros griegos, a pesar de sus muchas proezas, iban de vencida cuando en esto entraron por medio del torneo tres caballeros de parte del emperador *de Constantinopla,* armados de armas amarillas y leonado; el uno traía en campo negro en el escudo el dios Saturno, cercado de estrellas; el otro traía en campo negro la casa de la tristeza; el tercero traía el suyo cubierto con un cuero negro, de manera que no se parecía la devisa; éstos, viendo que la sobra de los muchos hacía perder la bondad de los pocos, abajando las lanzas arremetieron, con las cuales, antes que las quebrasen, derribaron algunos caballeros; sacando

sus espadas, en pequeño espacio, por su esfuerzo, cobraron los del emperador lo que habían perdido, con tanta ventaja que los contrarios, no pudiendo sostenerse, comenzaron a retraerse. *Así quedó la victoria por los caballeros del emperador griego.*

Aquella noche, después de un banquete, hobo sarao real en el aposento de Flérida, adonde la emperatriz y la reina aquella noche cenaron; al cual vinieron los más caballeros que en el torneo se hallaron; ya que se quería recoger cada uno a su aposento, entraron por la sala los tres caballeros esforzados que en el torneo fueron en ayuda de los del emperador, vestidos de las mesmas armas que en él tuvieron, tan bien dispuestos y de tan bien parecer, que no hubo allí nenguno que no tuviese codicia de sus obras y parecer, y con este contentamiento, cada uno les daba lugar para que allegasen adonde estaba el rey; siendo ya al pie del estrado donde él e los otros príncipes estaban, hízose una escuridad en la sala, de tal manera que nenguna persona se vía a otra; en las damas fué el miedo tan grande que cada una se abrazaba con el que más cerca de sí hallaba; esto no duró mucho, que la escuridad se deshizo y allí delante de todos quedó un león y un tigre envueltos en batalla, hiriéndose tan sin piedad como aquellos que no la sabían tener de sí mesmos; en esto entró por medio de la sala una doncella con un bastón dorado en las manos, y tocándolos a entramos cayeron en el suelo tan muertos como si nun-

ca tuvieran vida; mas esto no fué tan presto hecho, cuando ellos se tornaron a levantar en figura de toros grandes y fieros, que la mayor parte de la gente estuvo para huír de ellos, sino algunos caballeros famosos, que allende deste miedo hacer poca impresión en ellos, consolaban a las damas de vellas los colores perdidos, riéndose del temor que recebían. Los toros se apartaron el uno del otro algún poco, y arremetiendo el uno al otro, se encontraron con tanta fuerza, que la sala parecía asolarse, e de la fortaleza con que se encontraron vinieron entramos al suelo, echando por la boca y narices un humo tan negro, que se tornó a escurecer la sala como la primera vez; deshecha la escuridad, que no duró mucho, quedaron los tres caballeros armados de sus armas con los rostros descubiertos, y el que de antes traía el escudo cubierto hallóse con él desatapado, y en él la devisa que solía, que era en campo blanco un salvaje con dos leones por una traílla: llegándose al rey, que ya le quería abrazar por habelle conocido, le besó las manos, diciendo:

—Señor, haga vuestra alteza honra a este caballero que aquí está, que es el gran sabio Daliarte, vuestro servidor, a quien vuestro cuidado siempre dolió mucho para lo sentir y deseo para os servir en todo.

El rey, que ya le conoció por su fama, tomándole en los brazos con mucho amor, decía:

—Por cierto, Daliarte, aunque yo no os debiese

más que entregarme vivo a Desierto, cosa que yo no esperaba, es cosa que no se puede pagar.

—Señor —dijo Daliarte—, la razón que yo tengo para serviros es tamaña, que ella me puso siempre en esta obligación, por donde vuestra alteza me es en menos cargo que lo que piensa; y porque el mayor servicio que yo en alguna hora os podía hacer está aún encubierto, siéntese vuestra alteza y óigame, porque querría que mis palabras acrecentasen estas fiestas con más razón de las que ellas se hacen.

El rey, puesto que no sospechaba lo que podía ser, por ser cosa que el tiempo traía olvidado, creyendo que sería alguna cosa de placer, se tornó a sentar y llamó junto consigo a Desierto, que estaba de rodillas hablando con Flérida y con don Duardos; después de todos sosegados, el gran sabio Daliarte, puniendo los ojos a todas partes, los afirmó en Flérida, diciendo:

—Por cierto, señora, claro está que la vista de don Duardos os quita de la memoria el acuerdo de las otras cosas, y mucho más la de vuestros hijos, e para vos acordar desto no debía ser así, porque a quien sus obras más placer dieron fué a vos, e la fortuna, que en su nacimiento los puso en trabajo y estado que su alta sangre estuvo para ser sacrificada a dos leones por mano del salvaje que los hurtó, esa les tornó a poner en tamaña alteza de fama en las armas, que no tan solamente pasaron a los de su tiempo, mas en el otro pasado no hubo

quien tanta gloria dejase como la suya será, ni por venir por muy largos años yo no alcanzo quien con mucha parte los iguale; pues quien tales hijos perdió no debía vivir tan sin cuidado de tamaña pérdida que los otros placeres la hiciesen ausente deste acuerdo; por tanto acuérdeseos de las palabras que Pridos os dijo el día de su nacimiento, y del perdimiento de don Duardos, que le dijera una doncella; ya veis cuán verdaderas salieron; vuestros hijos están juntos con vos, y son tales, que han sabido pagar el pesar que ya os dieron. Vedes allí a Palmerín de Inglaterra, que tantas lágrimas os tiene costado y a quien vos posistes el nombre por su nacimiento conforme al de vuestro padre, y después el emperador su agüelo, sin lo saber, le tornó a confirmar casi por espiración divina; pues Floriano del Desierto no es otro sino este caballero del Salvaje que vos como madre criastes y como a hijo ajeno tenéis olvidado.

Flérida puso los ojos en don Duardos tan reciamente turbada, que no sabía de sí, porque también el placer como el pesar hace aquestas mudanzas en quien las recibe de cosa que no espera; y don Duardos puso también los suyos en ella, y así Palmerín en Desierto; mas conociéndose se fueron abrazar, y el rey, que su edad no era para tan grande sobresalto, se acostó en la silla, llamando a Daliarte le dijo:

—¡Oh Daliarte!, no quisiera este placer tan sú-

pito, porque mi flaqueza no es para sufrir sobresalto tamaño y tan poco esperado; ruégoos que me digáis cómo sabéis vos esto, que puesto que siempre lo sospeché, no lo creo por el placer que de ahí recibo.

Daliarte le dijo:

—Señor, yo os mostraré la verdad tan clara como es necesario para creer lo que digo.

Entonces sacando un pequeño libro del seno, leyó poco por él, porque aquello bastó para hacer venir ante sí al salvaje que los criara y a su mujer, y entrando por la sala como personas que nunca en otra parte como aquella se vieron, Palmerín, que le conoció por haber menos días que le viera, se fué a abrazar con él, y Floriano con su mujer, y Selvián su hijo, asimesmo con la rodilla en el suelo, cortesía poco acostumbrada entrellos; mas Selvián no por la naturaleza, mas por la crianza lo aprendiera; mas ella, con lágrimas en los ojos, no sabía cuál primero recibiese. Después que Palmerín tuvo metido en acuerdo al salvaje, llególe al rey, que juntándole consigo le preguntó por estenso la crianza de aquellos infantes, e informado públicamente de lo que pasara, apretando consigo a Palmerín, puestos los ojos en el cielo, decía:

—Señor, esto era el postrero bien que deseaba ver; ruégote que agora me lleves antes que la fortuna no me enseñe algún revés dél.

Entonces, tomándolos a entramos por la mano,

los entregó a Flérida, a la cual con las rodillas en el suelo besaron las manos muchas veces; ella los tuvo abrazados algún tanto, saliéndole algunas lágrimas de placer acordándose de la batalla en que ya los viera dentro en Londres, e cuán presto estuvieron de morir en ella. Don Duardos los abrazó, no pudiendo encubrir tan grande alegría; porque cuando es grande o de cosa que mucho se desea, puédese más disimular, y luego por su mandado hicieron su cortesía al emperador *de Alemania y los demás caballeros principales* como a personas que de nuevo conocían, puesto que Palmerín, cuando llegó a Primaleón a le hacer su acatamiento, acordándose ser padre de su señora, fué con mucha más obidiencia que a los otros, cosa que a todos pareció que lo hacía por ser hijo del emperador, cuyo criado era; en palacio fué el placer tan grande, que bien se parecía que era general; la reina estaba con sus nietos tan contenta que no quería que nadie los gozase sino ella. El salvaje y su mujer, con Selvián, tan alegres de le ver tan gentil mancebo y fuera de su traje como de cosa no esperada.

Y en la corte y fuera de ella fué indecible la alegría de ver acabado con tanto bien y dicha lo que había tenido principios tan fieros.

INDICE

AMADÍS DE GAULA

	PÁGS.
LIBRO PRIMERO: *La Corte de Lisuarte*	9
CAP. I.—El Doncel del Mar	9
CAP. II.—La sin par Oriana	13
CAP. III.—La bola de cera	25
CAP. IV.—La guerra de Gaula	30
CAP. V.—Los anillos del rey Perión	39
CAP. VI.—Don Galaor	45
CAP. VII.—El manto y la corona	51
CAP. VIII.—Las Cortes de Londres	56
CAP. IX.—Los ardides de Arcalaus	61
CAP. X.—La prisión del Rey	67
CAP. XI.—La libertad de Oriana	71
CAP. XII.—Las proezas de don Galaor	78
LIBRO SEGUNDO: *Beltenebrós*	85
CAP. I.—La Insola Firme	85
CAP. II.—El Arco de Los leales Amadores	91
CAP. III.—Los celos de Oriana	98
CAP. IV.—El ermitaño	104
CAP. V.—La Peña Pobre	109
CAP. VI.—El castillo de Arcalaus	114
LIBRO TERCERO: *El Caballero de la Verde Espada*	125
CAP. I.—La muerte del Endriago	125

PÁG.

Cap. II.—Las coronas de la Infanta..... 137
Cap. III.—Las cuitas de Oriana..... 148
Cap. IV.—La batalla naval..... 151
Libro cuarto: *La guerra por Oriana*..... 160
Cap. I.—Los tres ejércitos..... 160
Cap. II.—El primer día de lucha..... 166
Cap. III.—El fin de la batalla..... 172
Cap. IV.—Las gestiones de paz..... 176
Cap. V.—La derrota de Arcalaus..... 181
Cap. VI.—Las bodas..... 188

PALMERÍN DE INGLATERRA

Cap. I.—La floresta encantada..... 201
Cap. II.—Los mellizos de Flérida.. 206
Cap. III.—Desierto y Palmerín..... 212
Cap. IV.—Primaleón..... 219
Cap. V.—El torneo..... 226
Cap. VI.—El Caballero de la Fortuna..... 233
Cap. VII.—Los enemigos hermanos..... 237
Cap. VIII.—La libertad de los Caballeros..... 240
Cap. IX.—Las fiestas de Londres..... 250

207165
LS.C
T5127k
Author Tenreiro, Ramon Maria (ed.)
Title Libros de Caballerias.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

EXCVDIT SILLICI
SCIN TILLAM